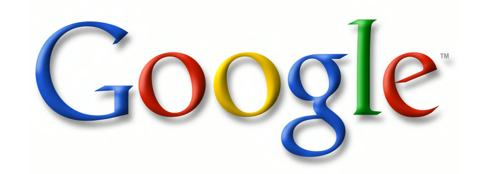
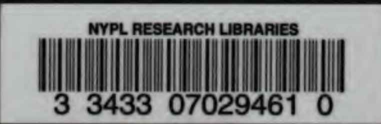








295

ZMTI

[Th]os. A. Janvier
New York, March 6, 1889
abadianos sale — .10 cts

DE LOS JESUITAS
Y DE
SU INSTITUTO:

OPÚSCULO

Gustave François Xavier de Lacroix de

DEL P. X. RAVIGNAN, 1795-1858,

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS,

TRADUCIDO DE LA CUARTA EDICION DE 1844

Por ***

Tempus est loquendi, quia jam praeteriit tempus tacendi..... Ulterius enim tacere diffidentiae signum est, non modestiae ratio.

«Pasó ya el tiempo del silencio, y ha llegado la ocasion de hablar..... Proseguir callando, seria manifestar mas bien que modestia, desconfianza de la justicia de nuestra causa.»—SAN HILARIO.

MEXICO: 1845.

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDES,
calle de las Escalerillas número 13.

EL TRADUCTOR.

HACIA *observar pocos años há un autor estimable, que ya no se ataca tanto á la religion con discursos y disertaciones, como con novelas y poesías; atribuyendo principalmente este hecho, que cada dia estamos palpando, á la corrupcion del corazon que va sucediendo al delirio del entendimiento.*

Este mismo cambio se nota tambien en los ataques que la impiedad dirige todavia á los Jesuitas; pues confundida totalmente en todos ellos por centenares de victoriosas apologías, por los testimonios de los hombres mas distinguidos é imparciales, por las mismas confesiones de sus enemigos, y por el tiempo que todo lo descubre y aclara; ya se avergüenza de presentarse con los absurdos folletos, con las contradictorias imputaciones é hipócritas denuncias de otra época; y no atreviéndose su impotente rabia á exhibir acusaciones en nombre de la razon, lo hace en nombre de la fantasía, y envueltas en frívolos cuentos ó en rebozadas alusiones, como desesperando de que su zizaña pueda fructificar sino en el terreno de la ficcion, y con el riego de una deslumbradora elocuencia.

Tal fué el plan que se propuso Eugenio Sue en su impia y calumniosa novela el Judio-errante, *que se há tenido la imprudencia, por no decir otra cosa, de traducir en nuestro idioma, y hacer circular por todas partes, como se ha hecho tambien con su otra escandalosa produccion titulada* Misterios de París: *ese irreligioso é inmoral escritor, que aunque dotado de un gran talento y de una viveza de espíritu singular, parece haber entregado su corazon, no tanto* á conocer la sabiduría y la doctrina, *como aconseja el Sábio,* cuanto los errores y nece-

dades de los hombres [*]. *Así es, que retratándose á sí mismo, descubriendo la grande disposicion que tiene*

(*) Entre los mas funestos dones con que han regalado á la Francia ciertos escritores, ocupan un lugar muy preferente las novelas-folletines, ó mejor diremos, una especie de albañales en que se amontonan todo género de inmundicias, adulterios, asesinatos, suicidios, etc. con que bajo la capa de moralidad, de amor á la religion, y de encómios al órden, se pintan mil cuadros voluptuosos é intrigas infernales, y se hacen sin número de revelaciones vergonzosas, que manchan la imaginacion de los lectores, corrompen los corazones, y ofrecen un mortífero veneno á la candorosa juventud de ambos sexos, que si al principio de su lectura se sonroja, acaba tal vez por el deseo de emular la vergonzosa gloria de esos tipos de la inmoralidad y corrupcion. Hoy se hace burla de aquellos elogios de los bandidos y salteadores, y de los fastuosos romances de sus hazañas que se vendian al pueblo en los pasados tiempos. Héroes por héroes valian mas estos, y en cuanto á sus proezas eran menos halagüeñas y menos fáciles de imitar; y tenian su escarmiento en la horca; pero los de Balzac, Sue y Soulie....!

«Como en nuestras imitaciones, dice un periodista es»pañol, tenemos siempre el admirable instinto de imitar lo »peor, tal vez por disposicion de la Providencia, que no ha»biéndonos destinado para imitadores quiere escarmentarnos, »hemos tomado por flor y nata lo que no era mas que la es»puma, y nos hemos apresurado á trasladar religiosamente, »sin alterar un ápice, cuanto publica París del sobredicho triun»virato de escritores para sus corrompidos salones, ó para »sus enjambres de modistas. Así es que los *Misterios de Pa»ris*, última obra del *inmortal* Sue, asqueroso diálogo de ru»fianes y galeotes, original y pedantesco código de nuevos »procedimientos judiciales, obra en fin que en los mismos »tribunales de París fué citada como eminentemente inmo»ral, y contra la cual casi todos los periódicos de aquella »ciudad, sin distincion de colores, levantan la voz unánime»mente; esta ejemplar obra, pues, ha merecido los honores »de la traduccion en esta capital (*Madrid*) y en provincia al »mismo tiempo. No desconocemos que esto al fin son tra»ducciones, y que entra en ella mas la moda ó la especula»cion que la malignidad de miras; pero si no tan maligno, no »sé si es por lo menos mas estravagante el ir á buscar á le»janas tierras, para trasplantarla á la nuestra, la planta pon»zoñosa que no nació en ella por fortuna» —*El Católico*, núm. 1115.

su alma para la cabála y la intriga, y manifestando sin ningun embozo su refinado deismo, ha tomado por blanco de sus sátiras y por objeto de sus mas venenosos tiros, á la ilustre y venerable Compañia de Jesus, esta órden religiosa de tanta celebridad en todas sus edades, tan grande en sus glorias como en sus padecimientos, tan digna de la consideracion de todo hombre filósofo y cristiano en todas las épocas de su existencia, tan apreciada, en fin, hoy por todos aquellos que á la vista de una sociedad toda destrozada y llena de heridas por la impiedad y la falsa política, solamente aguardan de aquella el remedio de tantos males, y el espíritu que debe revivificar á todas las naciones.

En efecto, valiéndose de las innumerables sátiras que la heregía ha vomitado en todos tiempos contra los Jesuitas, puestos en el mundo por Dios para hacer una guerra sin tregua á los enemigos de la iglesia, como lo confiesa esta misma al elogiar á su santo fundador; y sirviéndose de una calumniosa produccion, llena de falsedades y embustes, que en estos últimos años se habia publicado en Francia contra los actuales miembros de la Compañia de Jesus, y á la que ha pulverizado sólidamente y sin réplica el P. Cahour, Jesuita francés, ha dado suelta á su fecundo y corrompido ingenio, para atribuir á todo el cuerpo y por toda su existencia, los mayores delitos que pudo inspirarle el infierno, exornando su narracion con tal arte, que al par que capta la curiosidad de sus superficiales lectores, les impide reconocer las impias y detestables máximas de que está plagado su escrito: y semejante á la prostituta de Babilonia, ofrece á los espíritus incautos, en copa dorada, un veneno confeccionado de blasfemias y maldiciones contra Dios y sus santos.

Los verdaderos católicos han visto con horror un romance, digno solo de la pluma de los Calvinos y Luteros, de los Sciopplos y Arnaldos, de los Voltaires y Argensones; y talentos muy grandes y elevados se ocupan en la Europa de combatir con todas las armas de la religion, de la filosofia y de la historia, ese infame tegido de calumniosos embustes y de perniciosas máximas. Sus sábias producciones seguirán al Judio Errante *por donde quiera que se presente á corromper el buen sentido y á seducir con sus artificiosos rasgos á las personas sen-*

cillas é incautas, que por desgracia no sabiéndose ocupar de lecturas útiles y sérias, devoran esta clase de obras para sobreponerse al tédio de una fastidiosa ociosidad.

Nosotros, que nada amamos mas que la pureza de la religion y el honor de sus ministros, y sabemos muy bien, „que para herir á la iglesia pasan los hereges primero los costados de la Compañia y la señalan como víctima á sus espadas” [*]*; entretanto reunimos materiales para entrar en esta lid, vamos á presentar en esta obrita, si no una impugnacion directa á los delirios de* Eugenio Sue, *á lo menos un argumento muy fuerte en su contra, y una excepcion que no puede ser legalmente desatendida, sino por la pasion y el ódio mas desenfrenado. En efecto, si cuando á un hombre honrado se le atribuyen crímenes, su primer alegato es demostrar la incompatibilidad de ellos con sus principios y costumbres; ¿por qué se negará este derecho á un cuerpo religioso? ¿por qué se le disputará á una comunidad respetable, que sus mismos enemigos, cuando obran con buena fé, no han podido dejar de recomendar en los términos mas honoríficos? Bastaría para destruir todos los vanos sueños del* Judio, *citarle algunos de estos testimonios, tales como el del duque de San Simón, uno de los mayores adversarios que han tenido los actuales Jesuitas en Francia, el que en medio de los transportes de la ciega animosidad con que los ha odiado y perseguido, no titubeó en confesar:* que son recomendables por la rigidéz de una vida toda consagrada al estudio, á la defensa de la fé católica contra los hereges, por la santidad de su instituto y de sus primeros padres.... su piedad, su aplicacion á instruir á la juventud, y la estension de sus luces y de su saber producen además sumos bienes (†): *pero á pesar del sumo valor de esta clase de armas, nosotros no queremos por ahora valernos de ellas, contentándonos con dar á conocer la corporacion que se calumnia; haciendo ver, que solos sus reglamentos, sus máximas y calidad de sus ocupaciones, son bastantes respuestas á cuantas imputaciones se les hacen actualmente, que aunque al parecer tan flamantes, no son de otro género que las que siempre han sido en un todo refutadas*

---

[*] Florim. Lermeo, calvinista. *De origin. haeres. lib.* V. *cap.* 3.

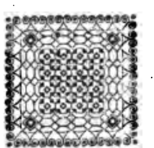
[†] Bellemare. *El colegio de mi hijo*, en el prólogo.

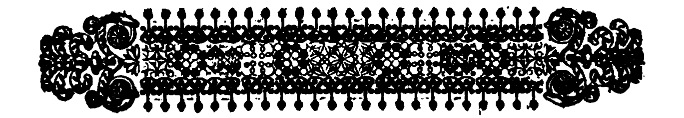
por sus apologistas, y que hoy, como ha dicho Bayle, de las de su tiempo, vuelven á presentarse al mercado como acabadas de salir de la casa de moneda.

En la publicacion de esta obrita llevamos igualmente otro objeto. Los que no conocen á los Jesuitas, están en la falsa inteligencia, de que nada es mas facil que la formacion de estos religiosos, especialmente para el ministerio que mas constituye su gloria, y al que dedican á los sugetos más escogidos. Hablamos de las misiones que la Compañia de Jesus ha desempeñado con tanto acierto en las tribus bárbaras, y que han merecido los mas imparciales y honoríficos elogios, aun de los enemigos del catolicismo. La utilidad é importancia de este ministerio impulsaron el año de 1843 *al gobierno provisional á dar un decreto, facultando á los Jesuitas para establecer misiones en los departamentos que confinan con las tribus bárbaras, con el* esclusivo *objeto de que se dediquen á civilizarlas por medio de la predicacion del evangelio. Estas intenciones son por sin duda loables; pero querer limitar esclusivamente á esta todas las tareas apostólicas de la Compañia de Jesus, es no tener una idea exacta de todas las pruebas y esperiencias, de todo el caudal de letras y virtudes que ella exige de sus misioneros; de lo que se sigue, que si el cuerpo no se establece entre nosotros en toda la plenitud de su instituto y con toda la libertad que él requiere, jamás se llegará á realizar la interesantisima conquista de la multitud de naciones salvages que nos rodean, ni serán desempeñadas estas funciones con el fruto con que lo fueron en los pasados tiempos. Podrán venir de Europa algunos varones apostólicos ya formados, á ocuparse de su reduccion; pero tal vez su número será insuficiente, y no se logrará el fin deseado. ¿Pero por qué no abrir las puertas á los mexicanos para que ellos mismos, animados por el espíritu de este santo instituto, emprendan por sí mismos tan glorioso apostolado? ¿Por qué privarse nuestra República de la suma utilidad que deben producirle esos zelosos operarios, mientras tanto se ponen en disposicion de emprender esta interesante tarea? ¿Por qué, en fin, dejar esta árdua empresa, toda nacional, á solos los estrangeros, y no facilitarla á hombres, en quienes debe dominar por su nacimiento el amor pátrio?*

Basta lo dicho, así con respecto á los que odian á los

Jesuitas, como á los que desgraciada y ligeramente se dejan prevenir en su contra por los libelos de los hereges y libertinos; y concluyamos con una reflexion de Enrique de Bonald, cuya importancia sujetamos á la sagacidad del lector. „Todos los hombres de bien, dice, *no son aún "amigos de los Jesuitas; pero todos los malvados son sus "enemigos, y este argumento, mas filosófico de lo que se "piensa, es decisivo en su fávor. Toda la escoria de la so- "ciedad está el dia de hoy en fermentacion contra todo po- "der, contra toda institucion que pueda devolver el amor "de la religion y del órden, la obediencia á la autoridad "de los legítimos gobiernos, y una sumision filial à la au- "gusta cabeza de la iglesia; y bajo este respeto, la Com- "pañia de los Jesuitas, debe inspirár á ciertos hombres "vivos temores y ódios violentisimos. Es posible, en fin, "que una densa nube de preocupaciones y errores oculte "todávia por algun tiempo a los ojos de algunos hombres "estimábles, todo lo que esta Compañia ha hecho en las "cuatro partes del mundo por los progresos de la civili- "zacion y del cristianismo, que es la fuente, el medio y el "término de tantos sudores y trabajos; pero llegará "tiempo, y tal vez no está lejos, en que estas nieblas sean "disipadas, y en que se hará justicia á unos hombres, cuya "dispersion y ruina debieron preceder á la dispersion de "los sacerdotes, y á la ruina del órden social en Fran- "cia, y en una grán parte de la Europa."*





INTRODUCCION.

LA prudencia tiene sus leyes, así como sus límites. Hay circunstancias en la vida, en que las esplicaciones mas esplícitas se vuelven una obligacion que debe cumplirse.

Yo lo confieso: desde que la falsedad ha recobrado entre nosotros un imperio que parecia abolido; desde que rencores viejos y ficciones rancias, se han presentado de nuevo á corromper la sinceridad del lenguage, y á desnaturalizar los derechos de la justicia, yo esperimento la necesidad de declarar, que soy Jesuita; es decir, religioso de la Compañía de Jesus.

Esta declaracion la debo á mí mismo; la debo á mi ministerio, á mis hermanos en el sacerdocio, á la juventud, á todos los fieles que me honran con su confianza; la debo á la Iglesia, á Dios.

Nada nuevo descubro al mayor número de las personas; pero satisfago á la necesidad de mi conciencia, á las exigencias de mi posicion y de mi libertad.

Es además demasiado grande en este momento la cosecha de ignominias y de ultrajes, que hay que recoger bajo este nombre, para que yo no reclame públicamente mi parte de semejante herencia.

Ese nombre es el mio; lo digo con sencillez: y los que se acuerden del evangelio podrán comprender, que lo digo tambien con alegría.

Aunque en la actualidad soy Jesuita, no lo he sido desde mis primeros años: en ellos seguí otra carrera que me dejó preciosos recuerdos y amigos fieles, que me son de mucha honra.

Antes de hacerme sacerdote y Jesuita, yo era hombre de mi tiempo, yo lo soy aún; era francés, no he dejado de serlo.

Haciéndome religioso, no he pretendido renunciar á mi pátria, ni violar sus leyes, ni hacer dimision de mis derechos, y deberes de ciudadano.

Yo he tenido prevenciones contra la Compañia de Jesus; Pascal y las tradiciones parlamentàrias me habian seducido como á otros muchos.

Y debo decirlo, llegué á conocer la verdad sobre los Jesuitas á pesar mio. No quiero ocupar al público de mi historia; ni hay para que referir aquí, ni por qué camino plugó á la divina providencia hacerme pasar á otro estado, ni cual fué el trabajo interior de mi conciencia de que Dios tiene el secreto, cuyo recuerdo es indeleble en mi alma, y que trayéndome la luz produjo en mí un cámbio tan completo de existencia.

Pero sí puedo declarar, que mi conviccion fué formada y tomado mi partido en la situacion mas completamente libre de toda influencia: ni jamás ha habido disposicion en mí para admitir ninguna.

Lo que puedo tambien afirmar es, que cabalmente las cosas que mas se desconocen, se desfiguran y combaten en los Jesuitas, fueron las que me determinaron á hacerme uno de ellos. Voy á esplicarme.

Si; el espíritu que me parece animar á la Compañia de Jesus, la obediencia misma que profesa, el apostolado que ejercita, las doctrinas que abraza, tuvieron sobre mi vida esta inmensa influencia.

Conocí que Dios me llamaba allá; yo entré en ella.

Y el dia de hoy, aunque la opinion se halla estraviada, de un modo tan estraño; aunque ciertas palabras pronunciadas con menosprecio ejercen á veces sobre espíritus, en lo demás esclarecidos, una tiranía increible; no por eso dejaré de esforzarme en hacer escuchar la voz libre de la verdad.

La ceguedad de las prevenciones no se detiene ante las mas enormes locuras. En un cierto lenguage que muchos hablan con la mayor sangre fria, todo eclesiástico y aun todo verdadero católico es un Jesuita.

Este nombre es feliz para el ódio: él dispensa de la verdad; él remplaza á la justicia.

En la actualidad él tendrá el terrible poder de sublevar las pasiones populares, y acaso de desencadenar de nuevo las revoluciones.

Bien se conoce esto; ¿y no es tal el motivo porque se quiere inspirar terror de este nombre; el terror que siempre ha sido el mas laxo y pésimo consejero?

Es evidente, además, que al clero en su totalidad, y con él á la religion y á la iglesia, es á quien se ataca bajo nues-

tro nombre; yo debo al clero, yo debo á todos el desembarazar las posiciones.

No ver en la iglesia de Francia, sino la dominacion y el despotismo de los Jesuitas, es una suposicion tan absurda, que no puede ser avanzada con seriedad por ningun hombre de buen sentido.

Pero hay otra cosa aun mas inconcebible que esta arbitraria suposicion: y es la credulidad que le da acogida.

Esta imputacion no es nueva, Fenelon la marcaba desde su tiempo: "No se quiere ver sino los Jesuitas, decia, en "todo lo que se hace sin ellos. Escuchad al partido (*jansenis* "*ta*): Los Jesuitas han hecho las censuras de las facultades de "teologia de que ellos son escluidos; han presidido á las "asambleas para arreglar las deliberaciones de la iglesia de "Francia: han conducido la pluma de los obispos en sus or- "denanzas: han dado lecciones á todos los papas para com- "poner sus breves: han dictado, en fin, las constituciones de "la santa sede. La iglesia entera hecha imbécil, á pesar de "las promesas de su divino Esposo, solo es el órgano de esta "Compañia pelagiana. No debe escucharse á la iglesia, por- "que ella es conducida por los Jesuitas en lugar de serlo por "el Espíritu Santo. ¿No es esta la razon porque los protes- "tantes han recusado al concilio de Trento, como un tribunal "seducido por sus enemigos? Los Jesuitas deben servir á la "iglesia y obedecerla en lugar de gobernarla" (*).

Y sin embargo, en el siglo de Luis XIV se hubiera podido, en mi juicio, con alguna apariencia, atribuir un gran influjo á la Compañia de Jesus en Francia.

¿Pero puede hacerse el dia de hoy de buena fe?

¿De qué, pues, se trata?

Algunos franceses, algunos sacerdotes, doscientos seis en toda la Francia (†), libres en lo interior de su conciencia para elegir el género de vida y las costumbres que les convengan, han elegido hacer los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y profesar el instituto de la Compañia de Jesus que el concilio de Trento ha declarado piadoso, *pium eorum institutum* (‡).

---

[*] *Fenelon.* Instruccion pastoral sobre el sistema de Jansenio. *Obras completas t.* 15. *pág.* 120, *Paris,* 1823.

[†] *Doscientos seis sacerdotes diseminados en veinte diócesis: véase toda la Compañia de Jesus en Francia. Los novicios y hermanos no son comprendidos en este número.—Es cierto tambien que trescientos quince Jesuitas franceses están empleados en los paises estrangeros en la enseñanza y en las misiones.*

[‡] Conc. Trident. sess. 25. cap. 16.

En esto no hay, ni puede haber infraccion de alguna ley, ni el menor daño para el estado, y sí el pleno ejercicio de la libertad de conciencia, inesplicable de otra manera.

Y aunque no voy á ocuparme en este escrito de discutir la cuestion de nuestra existencia legal (*), no puedo sin embargo omitir lo que ni el buen sentido permite callar, ni la buena fé consiente que se recuse.

---

[*] *Esta cuestion ha sido tratada en Francia victoriosamente en favor de los Jesuitas desde* 1828, *en algunos periódicos religiosos y en varias obras muy apreciables, como* Los Jesuitas ante las cámaras, El fin de los Jesuitas y el de otros, *y últimamente en el pasado de* 844 *en la* Memoria de Mr. Vatimesnil: «*Un escrito de menor importancia, dice Bellemare, y al que su autor no dió toda la estension de que era capaz, es el que el señor conde de Merode ha publicado con este título:* Los Jesuitas, la carta, los ignorantines, la enseñanza mútua, todo puede existir, dígase lo que se quiera. *Es sensible que solo tocara ligeramente los puntos que ha tratado; porque todos los derechos y todas las razones se encuentran reunidas en su pequeño impreso. Su juicio es de tanto mas crédito y peso en esta cuestion, cuanto que se presenta lleno de títulos para la popularidad, y con opiniones marcadas por el espíritu de la época. Pues bien, este mismo hombre que se declara partidario de las nuevas ideas, del nuevo sistema de libertad, del nuevo régimen legal de Francia, es el que se ha encargado de probar que los derechos de los Jesuitas descansan sobre las mismas garantías que los de todos los franceses, y que al atacarlos, no solamente se viola el espíritu de la carta, sino que se turba el reposo de las familias.* Tuerto ó derecho, *dice*, estos colegios disfrutan de la confianza de una multitud de padres cristianos [*en* 1828 *pasaban de seis mil*], de casi todos aquellos que intentan, de toda preferencia, el educar á sus hijos en un espíritu católico. ¿Y cómo podia ser de otra suerte? Los establecimientos dirigidos por seculares no ofrecen, bajo el respeto de la instruccion católica, ninguna garantia suficiente. Que se examine, en general, la opinion de los alumnos que salen de ellos, y se verá que los hechos confirman lo que me atrevo á avanzar. Si los colegios de los Jesuitas tienen enemigos encarnizados, tambien cuentan con ardientes partidarios. ¿Cómo, pues, violentar á un tan gran número de padres estimables en sus afecciones mas íntimas, en sus intenciones mas positivas? ¿Los indiferentes, ó los adversarios del catolicismo tendrán el privilegio esclusivo y constitucional, de imponer su sistema de educacion á los que tienen otras miras? Ninguna tiranía hay mas detestable que la que se ejerce sobre la educacion.—¡Qué anomalía,

Como católico y francés, gozando de todos los derechos de ciudadano, asegurado de la libertad de conciencia por la ley fundamental, sentí un dia la necesidad de procurar la perfeccion evangélica hasta donde me fuese posible; y conocí que ella se encontraba en la profesion de la vida religiosa, que por una parte está aprobada por la iglesia, y por otra es del dominio esclusivo de la conciencia.

Es cierto que los votos que constituyen al religioso no están reconocidos por la ley. ¿Pero qué importa? La ley no se ocupa de ellos: el que se hagan, ó que se violen le es indiferente.

Pero no puede proscribirlos sin armar el poder de la inquisicion y de la tolerancia mas odiosa.

Prohibir á hombres que se proclaman libres, el hecho todo interior y privado de la vida religiosa, es caer en una contradiccion palmaria; es atentar á la libertad de conciencia, en lo que tiene de mas íntimo y sagrado.

A los ojos del estado, los hombres, los eclesiásticos reunidos en habitudes comunes y puramente religiosas, pueden no tener sin duda ningun derecho político ó civil de corporacion; y nosotros nada reclamamos bajo este aspecto; pero estos eclesiásticos que aunque reunidos, no ejercen en lo público otras funciones que para las que autoriza á los demás sacerdotes la jurisdiccion episcopal, son legalmente inatacables; ó la libertad religiosa es una mentira, y el derecho público de los franceses, la ley fundamental, un engaño: por-

---

grita en otra parte Mr. de Merode, qué anomalía, en un pais en que reina la libertad de los cultos! ¡Una universidad distribuyendo diplomas para permitir enseñar y aprender, haciendo recorrer las provincias por sus inspectores, percibiendo derechos fiscales sobre las materias de enseñanza; todo para que los franceses vean la educacion de sus hijos dirigida, no como ellos la entienden, sino como la quieren á su vez MM. Fontanes, Royer-Collard, Frayssinous ó Vatismenil! Estos sugetos por sin duda son muy distinguidos; pero ninguno debe ser forzado á participar succesivamente de sus ideas, y sufrir su influencia mas ó menos contradictoria sobre lo que él poseé de mas querido.—*En fin, el citado Sr. conde todavia espresa mejor el convencimiento de que está penetrado, declarando: que si los Jesuitas sucumbiesen bajo la persecucion brutal que pide su destierro, él se veria tentado á mandar á su hijo en su compañia hasta Tobolsk; aunque no eran ellos los que lo educaban en Francia. Seguramente no se podia estender á mas el argumento, ni manifestar mas deseo en sostener los derechos de los padres de familia.*»—T.

que entónces las palabras han perdido su verdadero sentido, y no espresan ya las ideas.

¿La carta ha proclamado la libertad de conciencia? ¿sí ó no?

¿La perfeccion evangélica es un derecho de la conciencia? ¿sí ó no?

Pues bien, la vida religiosa no es sino la perfeccion evangélica: esta es la declaracion solemne de la iglesia, como la libertad de conciencia es la promesa solemne de la carta.

Luego si yo francés, quiero ser en Francia religioso benedictino, domínico, ó Jesuita, ¿qué derecho habrá para impedírmelo?

No demando ni existencia pública y reconocida, ni ninguna renta del estado; demando solamente respirar como los demás el aire libre de la pátria. Pretendo en mi vida privada y en mi conciencia, poder hacer votos y seguir con mis hermanos, en una habitacion y paz comun, unas reglas aprobadas por la iglesia católica.

¿En qué, pregunto, coacta esta libertad la comun? ¿En qué menoscaba cualquiera otra?

Pero en Inglaterra, en la Bélgica, en los Estados-Unidos, allá donde la libertad de conciencia es una realidad, los religiosos, los Jesuitas, como los otros tienen públicamente colegios y establecimientos numerosos de todo género; y ninguno piensa que sea justo ni legal proscribirlos.

¿Por qué, pues, lo ha de ser en Francia, donde ellos no poseen seguramente una parte tan ámplia del derecho comun?

Felizmente para honor del pais, ninguna de las leyes actualmente en vigor, sabria comprenderlos y herirlos en el derecho sagrado de su existencia personal y de la libertad de su conciencia.

¡Cómo! ¡una manera tan legítima, tan sencilla, tan pacífica, tan obscura de existencia, es la que subleva las mas violentas tempestades de la opinion! ¿se habla sériamente?

Dígase pues, ¿qué hemos hecho los sacerdotes de la Compañia de Jesus? ¿De dónde viene este ruido? ¿De dónde nacen tantas tempestades? ¿Cómo nos hemos convertido nuevamente en objetos de tantos ódios, en blanco de tantos ataques, en la causa de tantos temores?

Los que atraen sobre nosotros, eclesiásticos, franceses, ciudadanos libres y reconocidos, todo el rigor de las proscriciones, ¿nos conocen? ¿nos han visto? ¿nos han escuchado?

¿Qué palabra salida de nuestra boca ha comprometido la tranquilidad pública y el respeto debido á las leyes, á pesar de que nuestras doscientas voces han resonado en un gran

número de púlpitos, desde las ciudades mas populosas hasta los mas humildes cortijos?

¿Dónde están las autoridades civiles que nos acusan? ¿Dónde las eclesiásticas que nos condenan?

¿Se nos imputa acaso algun solo hecho positivo y reprensible?

Las prevenciones, las susceptibilidades, las presunciones no bastan: ellas no deben tener lugar ni de hechos, ni de pruebas; y la culpabilidad de un cuerpo no puede tener una espresion práctica y justa, sino en las faltas de los que lo componen. A ellos, á los individuos pertenece la accion, el crimen, la virtud.

¿Cuáles son entre nosotros los culpables?

La vida é influencia política nos son estrañas: servidores de la Iglesia, nosotros vivimos para ella, y proseguimos con ella en todos los tiempos, en todos los lugares, bajo toda especie de gobierno, la obra del ministerio apostólico.

Se nos trasforma en enemigos de las libertades y de las instituciones de la Francia: ¿quién lo es de nosotros, y por qué motivo?

Y cuando somos los únicos amenazados, ó tal vez los solos escluidos de los beneficios de una legislacion liberal; ¿cómo se nos convierte en opresores? ¿No es esto tan ridículo como injusto?

Una polémica ardiente se ha suscitado para reclamar la libertad de enseñanza prometida por la carta; nosotros debemos participar, y participamos sobre este punto de la opinion unánime del episcopado francés y del clero (*); ¿qué puede reprochársenos?

Multitud de escritos han aparecido: los Jesuitas de hoy, como los de antaño, lo han hecho todo, todo lo han inspirado, todo lo han dictado contra la universidad.

---

[*] *Este es el pretesto que se ha tomado hoy para perseguir á los Jesuitas en Francia; pero la parte que tiene en esta persecucion la impiedad y la envidia, se conocen bastante por la* Denuncia *del conde de Montlosier, y el discurso ante la cámara de los pares del vizconde de Laine. El primero, sin ningun embozo, los ha acusado como los mas temibles del* partido eclesiástico: *el otro de haber despoblado las escuelas públicas, asegurando que en* 1826 *«tenian mas estudiantes los siete pequeños seminarios á cargo de la Compañia, que los treinta y ocho colegios reales.» Hé aquí reproducida á los tres siglos la misma pugna de los calvinistas y la universidad de Paris contra los Jesuitas. ¿Y triunfarán de esta como de la pasada? El tiempo lo dirá.—T.*

Aunque los autores de los libros se nombran y son conocidos; sin embargo, porque sus ataques desagradan, se supone que han tomado nombres falsos, y que los verdaderos autores son los Jesuitas.

Pero si como dice un proberbio, el sol luce para todos; ¿por qué se han de estinguir la justicia y el buen sentido, cuando se trata de nosotros? Pues lo cierto es, que en un gran número de personas hace mucho tiempo que dura esta obsecacion.

Voy, pues, en este escrito á llamar la atencion de los hombres reflexivos, y á proponerles que resuélvan, en fin, sériamente ellos mismos, las cuestiones que se agitan cuantas veces se pronuncia nuestro nombre.

Es necesario que estas cuestiones sean resueltas: necesitamos de esta resolucion por nuestras personas, y por los jóvenes que vienen diariamente á presentarse á los umbrales de nuestras casas, solicitando participar de nuestra existencia. Nosotros debemos decirles, y ellos deben saber, si realmente las leyes escluyen del suelo pátrio á los franceses católicos que abrazan la vida religiosa.

Pero tal declaracion debe hacerse con una mano sobre el pecho para escitar la voz de la conciencia, y la otra sobre la carta, para protestar su observancia: fuera declamaciones; nada de injurias; alguna cosa, en fin, de seriedad.

Yo diré, pues, lo que somos: se ignora; yo lo esplicaré con precision. Cuatro cosas nos harán conocer bien.

El espíritu que tomamos en el libro de los *Ejercicios espirituales* de S. Ignacio.

La obediencia que sus constituciones nos impone.

El apostolado que la Compañía ejerce en las misiones.

Las doctrinas que ella abraza.

Hablo de lo que sé; ninguna cosa en mi vida me ha sido mas cierta y conocida, que las que voy á esponer, y que son la pura verdad. Los hombres pueden rechazarla: Dios la vé y me juzga (*).

(*) *No es una apología la que voy á hacer. Si se desean conocer las respuestas perentorias á todas las acusaciones, ya antiguas, ya nuevas contra la Compañía de Jesus, se hallarán en las obras siguientes:* La verdad defendida, *quince tomos en octavo, impresos en Venecia en* 1761.—La Iglesia, su autoridad, sus instituciones, y la órden de los Jesuitas.—Apología del instituto de los Jesuitas *por Cerutti.*—La verdad probada por los hechos, *por el P. Rozaven.*—Vida de S. Ignacio, *por el P. Bouhours.*—Documentos históricos, críticos y apologéticos, concernientes á la Compañía de Jesus.—Res-

CAPITULO I.

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES USADOS EN LA COMPAÑIA DE JESUS.

EL libro de los *Ejercicios espirituales*, es un manual de retiro, un método de meditacion, y al mismo tiempo una coleccion de pensamientos y de preceptos, propios á dirigir al alma en el trabajo de la santificacion interior, y en la eleccion de un estado de vida. Este libro no se ha hecho para ser leido, sino para ser puesto en práctica; mas claro, no puede realmente apreciarse con alguna justicia, sino despues de haber pasado por la escuela de la experiencia.

Estos religiosos *Ejercicios* han sido poco há estrañamente desfigurados, equivocándose completamente sobre el sentido, objeto y sistema de los documentos que ellos contienen; yo volveré á todo su verdadero carácter.

El libro de los *Ejercicios espirituales* (*) es la obra de un soldado, no menos estraño á las ciencias humanas que á las letras sagradas, cuando lo compuso.

Ignacio de Loyola fué herido en el sitio de Pamplona, en 1521. En el estado de inaccion forzada á que lo redujo su herida, pidió á los que lo asistian algunos romances ó libros de caballería para distraerse. Sin duda debia haber pocos libros en la casa de sus padres: se le lleva la vida de Jesucristo y de los santos: él las lee. Su alma se conmueve; una viva luz brilla á sus ojos: él abandona el castillo paterno. Peregrino y mendigo voluntario, el guerrero convertido busca una soledad en que pueda libremente, lejos del comercio de los hombres, estudiar y penetrar los secretos de su alma, conversando con Dios. La gruta de Manresa le sirve de asilo. Allí, entre los rigores de la penitencia, armándose del

puesta á la coleccion de aserciones.—De los Jesuitas por un Jesuita. *Esta última obra, en dos partes, es la rectificacion exacta de los testos y de los hechos alterados en los ataques recientes.=Además de estas obras citadas por el autor, puede verse la que con el título de* Defensa de la Compañía de Jesus, *se ha publicado en cinco tomos estos últimos años en Mésico, y el Opúsculo impreso tambien recientemente, titulado:* Importancia del restablecimiento de los Jesuitas para la pública educacion.—T.

[*] *Exercitia spiritualia—Institutum Societatis Jesu.* 2. tomos en folio. Praga 1757. tom. II, pág. 384. *Esta es la mejor edicion del Instituto y la que se citará aquí siempre.*

valor perseverante de la oracion, lucha, se ocupa con el mayor empeño en investigar las sendas seguras del espíritu, y sufre pruebas crueles que trastornan todo su ser. Pálido, extenuado por las maceraciones, postrado bajo la ceniza y el cilicio, él parece como aniquilado. Una mano poderosa lo levanta, y conduce á la gran luz de las ilustraciones divinas y hasta las regiones mas elevadas de la caridad apostólica.

Entónces, volviendo, por decirlo así, atrás, y contando todos sus pasos, Ignacio mide la carrera que ha recorrido; reconoce y comprueba un admirable encadenamiento de verdades y de luchas interiores, que purifican el alma, la colocan en presencia de la voluntad divina muy frecuentemente desconocida, y la consagran generosamente á Dios.

Ignacio en Manresa, despues de haber experimentado la virtud de estas prácticas por sí mismo, piensa que seria útil trazar para los otros la sucesion de estas verdades, y el arreglo de estos caminos: así es como fué compuesto el libro de los *Ejercicios espirituales.*

Estos *Ejercicios* no son nuestro instituto; ellos no hacen tampoco, hablando propiamente, parte de nuestras reglas; pero convengo en que son su alma y como la fuente. Sí, los *Ejercicios* han criado á la Compañía: ellos la mantienen, la conservan y la vivifican: ellos están destinados á formar al cristiano generoso y tambien al apóstol: las constituciones forman al Jesuita; las misiones lo ponen en accion; las doctrinas lo guian y lo inspiran.

Conozco que voy necesariamente á hablar un idioma estraño para una gran multitud de lectores.

Voy á esplicar el trabajo interior de la regeneracion verdadera; voy á contar esta transformacion de una alma que pasa del mundo á Dios, y que se reviste de una vida sobrenatural, á pesar de la violencia de las inclinaciones de la naturaleza.

No solamente he leido, mas he practicado este libro de los *Ejercicios.* Hace mas de veinte años que él está á mi vista; él fué, y es todavia el tesoro de mi vida; yo lo estudio, yo lo medito sin cesar con fruto y con amor; yo he hecho, con este libro en la mano, los *Ejercicios* que él indica.

Me es imposible espresar la luz de libertad y paz interior que ellos me trajeron; sin embargo, no me lisongeo de poseer la ciencia oculta en este pequeño libro (*); yo tengo

[*] *San Ignacio deseó que su libro fuese examinado escrupulosamente en Roma. El papa Paulo III. nombró censores á ese fin, y despues de dos exámenes de que se le dió cuenta, publicó la bula:* Pastoralis officii *de 31 de julio de 1548, á rue-*

aún necesidad para adquirirla, de meditaciones prolongadas y recogidas, y no me asombra seguramente que él haya sido un libro desconocido y sellado para muchos.

Estos *Ejercicios* seguidos y meditados con constancia, fueron los que dieron á la Iglesia, á S. Carlos Borromeo, S. Francisco Xàvier, S. Francisco de Borja, y una multitud de otros Santos; S. Francisco de Sales, cuya piedad no debe hacer olvidar su génio, decia de este libro, que él habia salvado tantas almas cuantas letras contenia.

Yo ruego encarecidamente á los hombres sérios y reflexivos, y aún á los demas, se sirvan leer con atencion el rápido análisis que voy á presentarles.

Me lisongeo de que en él hallarán alguna cosa proporcionada á las inteligencias elevadas y á los corazones generosos.

El libro de los *Ejercicios* está dividido en cuatro semanas: yo seguiré este órden.

1—Primera Semana de los Ejercicios.

El objeto de las meditaciones, su distribucion en el curso del dia, los avisos y pensamientos que deben dirigir los diversos *Ejercicios*, será lo primero que llame y suspenda de un golpe nuestra atencion.

Los graves recuerdos de la fé se apoderan de una alma: esto sucede aún, gracias al cielo; la luz de Dios no está estinguida en el mundo; ella vá algunas veces á buscar á los que menos la esperan y solicitan.

Un hombre sigue un engañoso camino en la vida; él se estravia en sendas tortuosas al través de las locas opiniones, y de las pasiones desordenadas. La ambicion, las vivas afecciones de la juventud, tal vez la fortuna, le han prodigado todos sus gozes; él los ha agotado. Sin embargo, él se sienta triste á la orilla del camino, como el viagero cansado y falto de aliento.

---

go, en mucha parte, de S. Francisco de Borja, entónces duque de Gandia. En ella se leen estas notables palabras: „Habiendo reconocido que estos documentos y ejercicios estan llenos de »piedad y santidad, y son muy útiles y saludables para la edi»ficacion y provecho espiritual de los fieles.... De ciencia cier»ta y por nuestra autoridad pontificia, en virtud de las presen»tes, aprobamos, alabamos y confirmamos los dichos ejercicios y »todo lo que contienen.»—Inst. S J. *tom. II. pág.* 387.—*Ignoro, que haya otro ejemplo de un libro tan formalmente aprobado por una bula de los sumos pontífices.*

El siente de un golpe la necesidad de encontrar alguna cosa mejor, de lanzarse ácia aquel bienestar, cuya ausencia lo aflige. Preséntase á su atribulado pensamiento Dios; él lo busca, quisiera abrazarlo y aproximarse á él, á fin de elevar su alma abatida, y de calmar las angustias que ella experimenta en presencia de los terribles juicios de la conciencia.

Oprimido de un indefinible deseo, él rompe sus lazos. En una de estas horas, que Dios conoce y marca con el sello de su infinita sabiduria, aquel nuevo discípulo del arrepentimiento huye á la soledad, á donde el Señor lo llama para hablarle al corazon. El resuelve vivir durante algun tiempo desconocido, oculto, distante de estas ilusiones que lo fascinaran, y lejos de este tumulto que lo aturde. ¡Noble esfuerzo! ¡Generosa empresa! Porque nada es tan difícil como arrancarse á la agitacion, al rùido, y á todas estas poderosas trabas, que al par que se deploran se aman.

Así es que nada es mas penoso que el principio; pero á muy poco se comienza á entrever la dicha, y á reconocer que despues de tantas crueles fluctuaciones cesa de estar agitado: esta es la tempestad que lo ha arrojado en el puerto. Se siente tambien que se acaba de encontrar el amigo necesario, el amigo desinteresado que faltaba, el padre de una nueva existencia: se escucha la voz de Dios en el sacerdote ilustrado, que aconseja y dirige. Este es el que aprende á manejar las armas espirituales de los *Ejercicios*, y las distribuye oportunamente para los combates que se preparan.

El género desertor vá, pues, á fijar su tienda en la soledad por treinta dias, (*) y á cumplir la grande obra de los *Ejercicios* que regeneran y transforman: como otros tantos antes que él, vá á renacer á la vida pura, fuerte y verdaderamente feliz.

El fin de la empresa está por otra parte, propuesta sin rodeos: yo leo el título: *Ejercicios espirituales para vencerse á sí mismo, y ordenar su vida sin determinarse por afeccion alguna, que desordenada sea.* (†)

Aun todavia recuerdo la impresion que produjeron en mí estas palabras, cuando las leí por la primera vez: yo ví en ellas todos los compromisos de mi porvenir. ¡Objeto inmenso, me dije, vista generosa de una filosofia superior, que se aplica á fundar en una alma el soberano imperio de la verdad, de la gracia y de la virtud!

---

[*] *Este plazo que fijó S. Ignacio á sus primeros ejercicios, y que aún usan alguna vez los Jesuitas, se ha reducido por la comodidad de los demas fieles que los toman, al de ocho dias.*—T.

[†] *Exercitia.—Inst. Soc.* t. II, pág. 393.

Síguese el curso de este aprendizage interior y espiritual, que ocupa cuatro semanas. Pero es necesario comprenderlo bien, y esto es lo que se escapa facilmente á una lectura ligera y superficial. Todas estas formas necesarias de exámen, de meditacion, de contemplacion, de oracion vocal ó mental, y las restantes operaciones, que se llaman *Ejercicios espirituales*, son movimientos piadosos y regulares, que deben encaminar al alma ácia el grande objeto; que no es otro, sino el de arrancar todas las perversas pasiones que han turbado y deshonrado la vida, y demarcar á cada uno el estado que le conviene en este mundo, para el libre cumplimiento de los eternos destinos (*). Esto será hacer entónces una noble obra: esto será reponer á la criatura en toda la dignidad verdadera que puede pertenecerle aquí abajo.

Con este objeto, tan digno de las reflexiones y de los esfuerzos de un cristiano y de un sábio, S. Ignacio pone de un golpe el principio de todo bien moral. El hombre ha sido criado por Dios y para Dios: aunque rey del universo, él no debe ambicionar y elegir en todo lo que está sujeto á su imperio, sino apoyos para elevarse hasta su criador, y conseguir su fin supremo. Todas las criaturas que le rodean y le sirven, no tienen otro destino que cumplir. Aquí es por lo mismo donde el hombre debe llamar en su ayuda toda la energía de su voluntad y todo el fervor de la oracion, para investigar estos medios saludables (†), y conquistarlos á toda costa.

Mientras mas me adelanto, advierto mucho mas, que habló un idioma que convendría mejor á la enseñanza de la cátedra; pero puesto que se ha querido marcar con el sello del ridículo el libro de los *Ejercicios*, es indispensable decir lo que se encuentra en él de sério y de elevado.

El alma colocada así por un violento y generoso esfuerzo, bajo la ley eterna de tendencia ácia Dios: el alma ya sometida y consagrada, como es justo, á las voluntades del criador, debe emprender un gran combate.

Un mal enemigo, un tirano cruel nos oprime y persigue; aquel mismo que sujetó al primer hombre, y que corrompe aun á la humanidad entera: el pecado; excision voluntaria entre la criatura y su autor, por la infraccion de las leyes divinas; sublevacion funesta, que arrastrando al alma lejos de la magestad y de la hermosura infinita, degrada y mancha sus mas nobles facultades.

Para romper este yugo, y para expiar tambien el dilata-

[*] *Exercitia Annot. prima.—Inst. Soc.* t. II pág. 390.
[†] *Ibid.* pág. 398.

do imperio del mal, el atleta de los *Ejercicios espirituales* se armará de su propia humillacion y de sus mas dolorosos recuerdos.

Con la antorcha de la divina justicia en la mano, él descenderá á las profundidades de su conciencia; recorrerá con una mirada escrutadora las manchas vergonzosas impresas por la iniquidad sobre todo su ser en el curso de los años transcurridos. El vendrá á levantar, por decirlo así, succesivamente, y á pesar con el peso del santuario las potencias envilecidas de su alma. (*).

Esto es lo que S. Ignacio ha nombrado en su libro el *Ejercicio de las tres potencias del alma*, ó la meditacion propiamente dicha. La memoria, el entendimiento, la voluntad, tienen succesivamente su funcion y su deber que cumplir; de suerte, que todo el ser espiritual y moral del hombre sea repuesto en la *santidad y justicia de la verdad*, como dice S. Pablo.

El alma comienza á considerar en rápidos preludios los rasgos horrorosos del pecado, que deben excitar el vivo deseo de la reparacion penitente. Despues la reflexion pacífica, semejante al arado que rompe un campo, ejercita succesivamente cada una de las facultades, por la vista severa de los caractéres y castigos de un mal, que se habia desconocido largo tiempo, y por la accion de los motivos imperiosos que nos presenta de odiarlo y deplorarlo.

Tal es la meditacion de S. Ignacio, como ella se encuentra en el libro de los *Ejercicios* (†).

Ella se hace de dia; se hace tambien de noche. Ella ocupa con regularidad el curso de las horas, y deja al reposo ó al descanso silencioso los intervalos necesarios. Este misterioso combate para sostenerse cumplidamente, exige una constante energia; sin embargo un sábio é inteligente regulador vela cerca del combatiente: él consulta y considera la medida de las fuerzas. La accion interior y las fatigas de los ejercicios no deben jamás excederlas: esto es facil de concebir.

En los límites de una justa discrecion S. Ignacio quiere, pues, que al medio de la noche, como otras veces los ilustres penitentes del desierto, el solitario de los *Ejercicios* sea llamado del sueño á la lucha. Bajo la religiosa impresion de la obscuridad y del silencio el mas profundo, se pasa una hora lentamente en el trabajo del pensamiento y de los afectos,

---

[*] *Exercitium.... secundum tres animae potentias.—Inst. Soc.* t. II. pág. 396.

[†] *Exercitia.—Inst. Soc.* tom. II pág. 397.

que estimulan y purifican al alma. ¡Feliz noche, la que así añade á los dias las mejores ocupaciones! Ella llevará frutos abundantes de luz y de paz.

Por la mañana, al despertar segunda vez, la primera hora que nos vuelve á nosotros mismos, deba volvernos á Dios y á las leyes austéras de la meditacion. Otras dos horas en el discurso del dia deben madurar todavia las ideas adquiridas, y hacer crecer los sentimientos de la noche y de la mañana.

Aunque este trabajo es amable, me acuerdo, no obstante, que hace desear que termine el dia; este á veces se hace demasiado largo. Esto quiere decir que la vida del espiritu fatiga á la carne. Y con todo, venida la noche se percibe contento; se conoce que el dia ha sido bueno, y se reposa en la alegría de la conciencia.

Es por demas advertir, que la ley que preside á todo en el curso de los ejercicios, es la de la soledad y del silencio: él debe ser siempre religiosamente guardado (*): la soledad y el silencio: estas dos grandes cosas que acercan tan inmediatamente á Dios, que parecen darnos alguna idea de la naturaleza divina en sí misma, y sumergirnos mas adentro en su inmensidad, para templar nuestras almas ya dispuestas. La soledad es la pátria de los fuertes; el silencio su oracion. Allí Dios habla y obra en ellos; él les inspira los generosos deseos y las valerosas empresas.

El hombre esclavo de la carne y de la sangre, tiene horror de la soledad y del silencio: los hombres del mundo lo saben; ¡y cuantas veces me lo han confesado! Les pesa la soledad porque en ella hallan á Dios; porque allí se encuentran á sí mismos. Ellos lo sienten, y por esto su vida entera es un continuo esfuerzo para evitar hallarse solos. Refiero lo que he visto con la mayor frecuencia. ¡Deplorables debilidades del alma, cuya consideracion me inspira un mas profundo y tierno interes por mi libertad presente!

II.—Segunda Semana de los Ejercicios.

Tal es, pues, el primer aspecto de los *Ejercicios*. Yo resumo aquí los hechos principales.

El alma puesta por la meditacion á la vista de Dios, ha sido fuertemente ejercitada en medio de los trabajos, de los pensamientos y dolores que purifican y reparan; ella ha concebido un horror profundo al mal que la degrada, y un justo

---

[*] *Exercitia —Annot.* 20 *addit.* 7, 8, 9.—*Inst. Soc.* t. II. pág. 393 y 400 .

desprecio de sí misma y del mundo. Este es un gran paso que ella ha dado. (*).

Entónces Jesucristo se presenta á sus miradas, como un rey valiente y glorioso; y durante los dias de esta semana, este divino salvador y los misterios de su vida, van á ser el objeto que el libro de los *Ejercicios* ofrecerá constantemente á la meditacion.

Jesucristo aparece, pues, al principio, bajo el velo de una parábola militar, que recuerda al guerrero y al apostol; S. Ignacio fué uno y otro; y se desconoce completamente su espíritu, si no se sabe ver en sus *Ejercicios* y sus constituciones la fuerte union de estos dos caractéres. El apóstol de la Compañía de Jesus debe llevar á los combates, á que su Dios lo llama, la disciplina, la franqueza, y la abnegacion militar. El Jesuita es soldado, y esta es acaso la razon porque encontramos tan vivas y generosas simpatías, entre esos guerreros valientes é intachables, que conservan la piedad magnánima de los héroes cristianos como la antigua herencia del valor francés.

Muchos han creido, y es un error harto comun, que la piedad debilita los brios; no, antes los fortifica y los exalta; y en la meditacion atenta de las verdades de la fé, las mas nobles imágenes de la vida del soldado se presentan como por sí mismas al corazon que de ellas se nutre.

Jesucristo, este divino héroe, y como lo nombra Bossuet, este divino capitan, se muestra bajo la figura de un rey marchando á la conquista de las regiones infieles, y buscando soldados animosos que se consagren á seguir sus huellas y á partir sus fatigas. El que se hace atrás cuando Jesucristo llama, es un cobarde, dice S. Ignacio, *ignavus miles aestimandus* (†).

Por eso ahora el libro de los *Ejercicios* quiere, que el alma solitaria, durante las horas dedicadas á la meditacion, se conserve constantemente al lado de este divino modelo. Todos los adorables misterios de la historia evangélica se desarrollan sucesivamente á sus ojos; y estos misterios deberán contemplarse como si en la actualidad se hallasen presentes. (‡).

S. Ignacio ordena recogerse muy profundamente con el auxilio de la oracion, para aislarse algunos instantes de toda la vana fantasmagoria del mundo, y establecerse en el seno mismo de las realidades divinas siempre vivas.

[*] *Exercitia.—Tert. Exerc.* 1 *hebd.— Inst. Soc.* t II. *pág.* 399.

[†] *Exercitia.—Contemplatio regni Jesu Christi.— Inst. Soc.* t. II. pág. 402.

[‡] *Exercitia.—Inst. Soc.* t. II. pág. 403.

Una observacion importante tiene aquí su lugar; ella esplica no solamente el secreto y el poder de los *Ejercicios* de S. Ignacio, sino que tambien nos revela el sistema y la razon de la litúrgia y de las fiestas sagradas del cristianismo. Los hechos del hombre Dios obran siempre la redencion del mundo; estos no son simplemente unos recuerdos é historias de lo pasado; su verdad, su poder infinito, vive y dura siempre presente, pronto á curar, y pronto á regenerar en todo tiempo al alma dócil.

No se han comprendido estas cosas. Hombres estraños á estos caminos interiores y á su idioma, no han visto allí sino un triste y frio mecanismo, una sujecion estudiada, propia solamente á detener el impulso de la inspiracion religiosa. ¡Ah! ¡que no hayan ellos esperimentado, como se me concedió á mí algun dia, toda la santa y generosa libertad, que se siente en medio de este sistema saludable de los *Ejercicios*? Desde ese dia venturoso, conocí no hallarme ya sujeto á una funesta y tiránica arbitrariedad; y encontré la uncion y luz divina de la gracia, en el órden mismo que se me habia trazado; adquirí, en fin, una guia y un apoyo para este grande viage. Fuélo en efecto el ministro de Jesucristo, cuya esperiencia paternal templa y modifica, segun la necesidad, la forma, la naturaleza de los *Ejercicios* y su duracion, segun las disposiciones y las fuerzas. Este es quien devuelve al camino, al menor desvio que percibe, y el que inculca sin cesar las lecciones y los ejemplos del divino maestro; porque en los *Ejercicios* el alma es continuamente gobernada; pero únicamente para ser mejor puesta por los consejos del director bajo la accion divina: y no se ha querido comprender, que las reglas y el método demarcado, son el medio y no el objeto: que sirven para dirigir, no para encadenar.

El alma no permanece menos libre bajo la mano de Dios. Su libertad se fortifica y eleva; y los que pretenden hallar un yugo deshonroso en una direccion favorable, no ven que rehusan el auxilio del práctico que se les ofrece, para no ser arrastrados por las encontradas corrientes de un caudaloso rio, y el del conductor que los dirija con seguridad por desconocidas veredas. Porque precipitarse entre las profundidades de las cosas divinas, aventurarse en los vastos desiertos de la contemplacion, sin regla ni guia, y seguir solamente el impetu espontáneo y el capricho de la inspiracion, es abrazar todos los peligros de las ilusiones estremas y de las mas desastrosas manías (*).

[*] *Exercitia.—Addit.* 4. *Notand. tertium II. hebdo.—Colloq. de Incarn.—Annot.* 15, 17 y 18.—*Inst. Soc.* t. II. pág. 400, 404, 408, 393.

III.—Eleccion de un estado de vida.

No debe creerse, que el libro de los *Ejercicios* se ha hecho para ocupar santamente los ócios del espíritu; él ha sido escrito sobre todo, para decidirse y obrar. No sirve solamente para reparar lo pasado, sino para fijar lo porvenir; para decidir sobre el tiempo y la eternidad: no es un puro recreo contemplativo. El guerrero de Pamplona ha trasportado aquí una de las muchas ideas que le sugirió su genio militar: los soldados no hacen el *ejercicio*, sino para prepararse á la guerra.

Véase por qué, en medio de esta santa carrera, debe tener lugar una grave deliberacion, en presencia de los divinos ejemplos de Jesucristo, que fijan el bello ideal de la perfeccion para todos: para los que son llamados á la vida de apóstol, y para los que lo son á la del mundo y de familia. Llega en los *Ejercicios* el tiempo de lo que en ellos se llama la eleccion; es decir, la que se ha de hacer de un estado de vida. El alma, libre todavia, debe considerar maduramente el género de vida que le conviene abrazar, con la mira de la gloria de Dios y de su porvenir eterno. Considerando fielmente al Redentor divino; ella se pregunta, investiga su interior, se consulta á sí misma, y continúa siempre orando.

Tal es el grande negocio de la eleccion de un estado de vida; este es el centro de los *Ejercicios*, este el foco donde todo viene á terminar, y el lazo poderoso que une nuestras esperanzas y nuestros destinos.

¡Cuántas existencias míseras y desacertadas en el mundo! ¡Cuán larga y triste su historia! Ellas no fueron deliberadas y escogidas á los pies del soberano dueño de la vida, á la fuente de los pensamientos religiosos.

¡Ah! Si compasivo el hombre consigo mismo, y generoso ácia el Criador, se dignase arrancar al torbellino que le arrastra, algunos dias, ó algunas horas antes de correr á ojos cerrados á las funciones tan diversas del órden social: si aun en la edad juvenil no se adoptara una determinacion para lo futuro, sino en presencia del que prodigó su sangre y su vida por la salvacion de todos; entonces se comprenderia la alta mision de todo cristiano, de todo hombre grande en este mundo: y como magistrado, militar ó diplomático, como padre ó esposo, literato ó sabio, pontífice, eclesiástico ó religioso, se marcharia bajo el estandarte de la fé con prudencia y decision, para remediar los males, para acrecentar los bienes comunes y para desempeñar cumplidamente las respectivas obligaciones personales, y este seria el cristianismo

realizado en su mas alto grado en beneficio de la humanidad; pero casi no se sabe ya deliberar, elegir ni orar, y *la desolacion cubre la tierra*.

A vista de tan lamentable indiferencia de la mayor parte de los hombres, fué como S. Ignacio se resolvió á colocar en el centro de los *Ejercicios* esta deliberacion decisiva. Para conseguirlo mejor, previno á los que se hacen sus discípulos realizasen lo que él observó primero; y al efecto les presenta la meditacion que le inspiró en la gruta de Manresa el recuerdo reciente de la carrera de las armas, y de las brillantes esperanzas que ella le habia ofrecido.

En ella se representan dos estandartes, dos capitanes, dos ejércitos, dos espíritus. Satanás, príncipe del mundo aparece en Babilonia. El ruido, la agitacion, la turbacion, un falso brillo lo rodean. Sobre su estandarte están escritas estas palabras en rasgos inflamados: *Riqueza, honor, orgullo*; porque él no representa de un golpe el atractivo de los *placeres* al alma á quien los dolores del arrepentimiento han regenerado: él ordena á sus ministros hacer resaltar por todas partes el lustre de sus promesas, y establecer á lo lejos el imperio de sus poderosas ilusiones.

Jesus, sentado en un humilde llano, cerca de Jerusalen, ofrece á los ojos de todos la tierna y divina imágen de la paz y de la dulzura. Se leé en su estandarte: *Pobreza, oprobios, humildad*. ¡Noble y valerosa divisa! Jesucristo ordena á sus soldados propagar á lo lejos su poder y sus beneficios. Es necesario elegir: S. Ignacio en la calma constante que jámas abandona sus documentos, llama entónces la atencion sobre el medio mas eficaz para el acierto. Se debe orar y recurrir con fervor á María, para que nos coloque y mantenga bajo la bandera de su Hijo; aunque siempre en el grado y rango marcados por la divina voluntad. Esto es lo que se denomina la meditacion de las *vanderas*. Por una parte se ofrecen los placeres que dan la muerte; por la otra los sacrificios que atraen la vida (*).

Una triste reflexion se me presenta con mucha frecuencia, y aun me hace exhalar á veces dolorosos lamentos. ¿Por qué ciertos jóvenes resueltos, no osan casi nunca afrontar en el silencio del retiro, el combate de las pasiones y de los pensamientos, á fin de conquistar la seguridad y la dicha, que solamente dá una vocacion divina conocida y abrazada, sea cual fuere? A lo que diré siempre: si el mundo se vé agitado por tantas inquietudes y tantos movimientos en sentido contrario, esto consiste en que multitud de naturalezas fuer-

[*] *Exercitia.—Inst. Soc.* t. II. pág. 406. y 407.

tes y ardientes; no están en el lugar que la providencia les habia marcado. ¿Pero quién se recoge en su corazon para ocuparse en conocerlo?

Mas los *Ejercicios* reservan para este momento un magnífico espectáculo. Ellos nos presentan el mas noble y el mas bello uso de la libertad humana; esta es la situacion mas elevada para el hombre, y la mas solemne en todo el tiempo de su vida, y aun Dios no ha tenido sobre él un objeto mas importante. Es el mismo que tuvo en la creacion. Dios no pone jamas una alma aquí abajo, sin decretar que habrá para ella un momento en que hará bien ó mal la grande eleccion. Cuando esta se hace bien, se ejercita la mas sublime prerogativa; entónces la criatura elige lo que Dios ya le habia elegido.

El alma, por tanto, en este momento de los *Ejercicios* se coloca en presencia de Jesucristo y de su evangelio, en presencia del fin supremo de todo hombre viador sobre la tierra, en presencia de todos los estados y de todos los medios legítimos. Ella es libre, aunque sometida al trabajo interior de una doble accion y de influencias contrarias. ¡Cuántas turbaciones á veces, y violentas tempestades! ¡Cuántos combates y alternativas! Está como un mar agitado en que ya se levantan y ya bajan las olas. Un balance inmenso como el de dos mundos se hace sentir. Y realmente el alma está entre dos mundos y entre dos eternidades.

Es cosa verdaderamente admirable el observar como Ignacio con una seguridad incontrastable conduce á su discípulo al través de todos los escollos, y lo introduce en un puerto tranquilo.

La accion del espíritu de Dios es diversa: tan pronto parece como águila que hiende los aires y se eleva; tan pronto como la paloma que reposa y descansa dulcemente.

Una gracia poderosa viene á apoderarse y derribar por tierra al perseguidor Saulo en el camino de Damasco; entónces casi no es posible elegir otra cosa. „Pablo, hasta ahora "Saulo, levántate; vé á llevar mi nombre delante de las na-"ciones." El alma obedece.

Otras veces la accion divina, por atractivos dulces y constantes, inclina tambien ácia una eleccion claramente mostrada, y cada dia se hace sentir mas en medio de una dulce calma: si se secunda, lo que se elija formará un porvenir bendito del Señor.

Pero estos signos privilegiados no aparecen siempre con una claridad indudable; entónces la razon ilustrada por la fé, deberá desempeñar su mas alta funcion, y su mision mas augusta sobre la tierra.

Cuando el alma se halla tranquila, cuando posee en paz todas sus potencias, ella balanceará y pesará los motivos opuestos, consultando á Dios en la oracion. Ella se colocará sobre el lecho de muerte, á los piés del soberano Juez, ó bien ante un desconocido que encontrado por la primera vez en la vida, espusiera sus dudas, pidiése la resolucion, ó invocase todo el desinterés del mas libre consejo.

La luz se encuentra así; la eleccion se determina; el ejercitante inmola sobre el altar del sacrificio todas las repugnancias de la naturaleza. Jesucristo ha vencido, y el discípulo fiel, vencedor con él, canta y celebra su triunfo, consagrando al Señor sus fuerzas, sus trabajos, y su vida toda entera, ya se quede en el mundo, ó ya abraze la vida religiosa (*).

¡O Dios! yo os bendigo y doy gracias: así fué como vos fijasteis mi vida, y asegurásteis para siempre la felicidad de mi existencia.

IV.—Tercera y Cuarta Semanas.

La grande obra de la eleccion es cumplida; la vida está fijada. Mas lo que debe notarse muy bien, y lo que S. Ignacio no podia olvidar, es, que en cualquiera estado que se haya abrazado, la cruz, la cruz y sus pruebas, deben ser contempladas en su realidad mas positiva y mas presente. Nada es mas necesario ni mas sábio. ¿Qué tiempo, qué lugar, qué estado estuvieron jamás libres de sufrimientos? Las cruces están por todas partes; cuando se huyen, se las encuentra. Los mas dichosos son los que las abrazan. ¿La tierra no es por ventura un inmenso calvario? Es necesario saber, como el hijo de Dios, reducirse por obediencia al estado de muerte voluntaria, para resucitar, para vivir de su vida, para obrar y hablar en su nombre con poder, para seguirlo en la carrera elegida, consagrándose á todos los trabajos de la abnegacion, de la mortificacion y del apostolado (†). ¿Y entónces qué resta? una sola cosa, que comprende y resume todos los ejercicios; que asegura y fecunda el porvenir criado por su virtud: el amor divino.

La filosofia conoce muy poco la dignidad de su mision entre los hombres, cuando descuida en sus altas especulaciones unirse á la fé, para celebrar el deber, el poder y la felicidad del amor de Dios.

Los mas grandes génios del paganismo lo habian á lo

[*] *Exercitia.—Inst. Soc.* t. II. pág. 407, 410.
[†] *Ibid.* t. II. pág. 410, 414.

menos presentido: Sócrates y Platon querian, que el hombre se adhiriese á lo que ellos llamaban en su idioma con una palabra, que significa á un tiempo *lo bello* y *lo bueno;* es decir *lo perfecto* (*). Platon espresa admirablemente la grandeza y el heroismo de este amor, cuando hace decir á Sócrates en su festin: „Que hay alguna cosa de divino en quien ama.... "que el amor hace un Dios por la virtud.... que los que "aman solo quieren morir por otro" (†).

La filosofia profundamente cristiana de Leibnitz contiene sobre este punto una sublime doctrina: „Es un excelente "pensamiento, dice, hablando de la Providencia, de que Dios "es un padre comun, y esta idea nos debe asustar menos, que "la de un mundo huérfano abandonado al acaso.... Si "hay quienes juzguen de otra manera, tanto peor para ellos; "estos son descontentos en el estado del mas grande y del "mejor de todos los monarcas, y hacen mal de no aprove"charse de las muestras que él les ha dado de su sabiduria y "de su bondad infinita, para hacerse conocer no solamente "admirable, sino tambien amable mucho mas que todas las "criaturas" (‡).

En fin, queriendo establecer los fundamentos de la sólida devocion, Leibnitz recuerda que Jesucristo vino á traer la ley del amor, y marca sus verdaderos caractéres: „El "amor es esta afeccion que nos hace hallar placer en las per"fecciones de lo que se ama; y nada hay mas perfecto que "Dios, nada que deba embelezar mas. Para amarlo basta "mirar sus perfecciones; lo que es muy facil, pues que encon"tramos en nosotros mismos como formar idea do ellas. Las "perfecciones de Dios son las de nuestras almas; pero él las "posee sin límites, él es un océano del que nosotros no he"mos recibido sino gotas.... El órden, las proporciones, la "armonia nos encantan.... Dios es todo órden.... El ha"ce la harmonia universal; toda la hermosura es una emana"cion de sus rayos" (§).

No tengo necesidad de citar á Fenelon, cuyo génio eminentemente filosófico, y cuya tierna piedad supieron hablar tan bien el idioma del puro y noble amor de Dios (¶).

---

[*] *Hemos omitido la palabra griega que cita el autor.*—T.

[†] *Fenelon:* Testimonio de los paganos sobre el amor puro.—*Obras comp. t.* 18 *pág.* 322. *edicion de París de* 1823.

[‡] Pensamientos de Leibnitz, t. I. pág. 252. París 1823.

[§] *Leibnitz*, obra citada, t. II. pág. 338, y 339.

[¶] *Fenelon, obra y tomo citados pág.* 307.

El soldado educado de un golpe en la gruta de Manresa en la mas alta filosofia, la de la santidad, no habria podido omitir esta última consumacion y esta corona de las virtudes por la divina caridad. El, segun su uso, mas bien indica que desenvuelve; él abre una rica vena, y entrega el alma á sus pensamientos.

¡Pero cuán sublime bosquejo delinea en esta contemplacion final, *para alcanzar el amor!* (*)

Supone dos principios fecundos y prácticos. Primero; el amor se acredita principalmente por las obras; segundo, él consiste en la comunicacion recíproca de los bienes. Dios mismo vá á servirnos de regulador y de medida. Lo que Dios hace, lo que él nos dá, nosotros debemos esforzarnos á hacer y darlo por él: esto es justicia.

El alma se trasporta al medio de los ángeles, á fin de contemplar mejor con ellos las riquezas inagotables, que el Señor en su amor por el hombre le ha prodigado.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, á vos, Señor, lo vuelvo, todo es vuestro; disponed á toda vuestra voluntad: dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta.

Dios vive, Dios habita en las criaturas; él vive y habita en mí; él cria en mí sin cesar la vida, el sentimiento, la inteligencia; él me ha hecho su templo augusto, donde brilla su divina imágen; yo viviré pues de su vida, y yo viviré para él unido incesantemente á su inmensidad siempre presente.

Dios obra, él trabaja por mí en todas las criaturas; su mano se abre y por su accion él llena de sus beneficios á todo lo que respira. Yo trabajaré, pues; yo obraré á mi vez, yo consumiré todas mis fuerzas por Dios, y esta será la correspondencia legítima del amor.

La carrera ha fenecido: los treinta dias han pasado; el hombre está dispuesto; los *Ejercicios* lo han trasformado: es necesario sin embargo, que él persevere, crezca y se consagre al amor divino, que él combata y se renuncie siempre á sí mismo (†).

Tal es el libro de los *Ejercicios*. Se conoce ahora el pensamiento que él inspira, el objeto á que se dirije, los medios que indica para conseguirlo.

Yo he dicho, he referido, y no he formado una obra de polémica, en que tanto se arriesga la pérdida de la caridad.

---

[*] *Exercitia.—Inst. Soc.* t. II. pág. 414. 415.
[†] *Exercitia.—Inst. Soc.* t. II. pág. 410.

Pero por mucho dominio que yo quiera tener sobre mí mismo, no puedo quitar á mi corazon el derecho de esplayarse. Es necesario que diga, cuan dolorosamente se ha afectado, al ver un libro, para mí tan querido y venerado, espuesto hace poco á las risas del mundo, bajo un indigno disfraz.

Para calumniarlo se ha confundido todo, todo se ha alterado, se ha querido reconocer en él, *el éxtasis reducido á sistema*, *el entusiasmo de las cosas divinas* cambiado *en mecanismo embrutecedor*, para hacer salir de todas las pruebas el *autómata cristiano y el instrumento servil* del pavor.

Acaba de leerse la respuesta.

Este admirable libro no es sino *espíritu y vida*. S. Ignacio espresa en él su propia historia, y la gruta de Manresa, testigo de sus luchas interiores y de sus valerosos triunfos, no podia inspirarle otro pensamiento que el de trazar caminos seguros para corresponder fielmente á la gracia, para unirse á la fuerza y á la verdad divina, para pasar á la noble libertad de los hijos de Dios.

Mas lo que ofusca el juicio de ciertos hombres en estas circunstancias como en otras muchas, es el universal error del tiempo en que estamos, de no ver el entusiasmo sino cabalmente donde él se manifiesta por estravios, cifrar el triunfo de la verdad en la ostentacion de sus pretensiones orgullosas, de no verificar, en fin, la libertad humana, sino por el abuso que hace de sí misma.

Nuestro punto de vista para nosotros, el del evangelio; el de S. Ignacio es totalmente diverso: nosotros creemos que el entusiasmo bien regulado, se purifica y se eleva á toda la distancia que separa el cielo de la tierra: nosotros creemos que la voluntad del hombre, renunciándose y sometiéndose á la de Dios, adquiere la mas ilustre de sus victorias: nosotros creemos que la libertad nunca testifica mas alta y dignamente todo aquello de que es capaz, que cuando aprende á obedecer.

A esto se reduce toda la cuestion que traemos con nuestros adversarios. (*)

---

[*] *Aun hoy mas. Si se consulta ese admirable libro de los Ejercicios de S. Ignacio, que apreciaba S. Carlos Borromeo mas que á una muy selecta biblioteca, se encontrarán en él mil sábios y prudentes documentos sobre los mas delicados puntos de la vida espiritual, entre otros acerca de las penitencias corporales, en que es tan fácil abusen los que reconociendo á la luz de las verdades eternas toda la fealdad de sus culpas y lo terrible de los juicios divinos, se dejan arrastrar de un indiscreto fervor para tomar una santa venganza de sí mismos. No han faltado personas que oprimidas del peso de estas sérias*

CAPITULO II.

LAS CONSTITUCIONES DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

SE ha visto cual es la fuente de donde tomamos nuestro espíritu, el crisol en que afinamos nuestras almas.

Este conocimiento solo de por sí basta, en nuestro concepto, para hacer formar una idea exacta de las constituciones de la Compañia: cualquiera, pues, se convencerá que antes de tratar de ellas, era indispensable el análisis del libro de los Ejercicios que ha precedido.

¡Pero cuántas veces nuestras constituciones han sido combatidas y desfiguradas! Para justificarlas yo las esponHdré sencillamente.

No es mi ánimo ilustrar á los espíritus que lo rehusan; pero siendo necesario que de una vez se hable la verdad en toda su pureza: voy á decirla. . . . .

El noviciado, los estudios, el tercer año de *probacion* y los diversos ministerios que desempeñamos, el gobierno de la Compañia, nuestro voto de obediencia, son los puntos principales de que voy á tratar.

S. Ignacio de Loyola es el único autor de las constituciones como de los Ejercicios.

Cuando yo estudié esta reunion de leyes, tan sabiamente concebidas, y tan apropiadas á todas las necesidades de una sociedad religiosa, cuando quise saber á fondo lo que iba

---

consideraciones, hayan pasado los primeros dias de este retiro sin probar alimento; y son muy pocas las que no se entreguen en él al ayuno y á otras austeridades. Sin embargo, el autor del Judio errante *y los demas de su calaña,* quorum Deus venter est, *tienen la impudencia de pintar á esas gentes devotas, cuyo pan son las lágrimas del arrepentimiento, saboreándose con regalados manjares y embriagándose con generosos vinos. . . . Por fortuna este importantísimo ministerio, en que los Jesuitas sabian jugar con tanto acierto estas poderosas armas, con que siempre triunfaron del infierno y sus ministros, aun subsisten despues de su caida, y diariamente crece el número de testigos que depongan contra los delirios y extravagancias impias de Eugenio Sue. Lo gracioso es, la consecuencia de todas las acusaciones de los adversarios de la Compañia. Los Ejercicios fueron llamados en el siglo XVI. por los calvinistas, la caverna de Trophonio y la cueva de S. Patricio, donde se moria de hambre y espanto, y en el XIX se han convertido tantos horrores en embriagueces y banquetes. ¡Cuán cierto es que la iniquidad se desmiente á sí misma!*—T.

á servirme de regla para toda mi vida; ví con toda claridad, que el verdadero espíritu del evangelio era el que las habia dictado.

Para un católico esta es una asercion fuera de toda duda. El instituto de la Compañia de Jesus ha sido aprobado por veinte papas. Si Clemente XIV. lo suprimió, fué sin condenarlo, antes en su mismo breve llamó *santísimas* sus leyes (*); y Pio VII, lo ha restablecido, aprobándolo de nuevo. El concilio de Trento habia declarado: „que no tenia nada que "innovar, ni por que impedir que los clérigos regulares de "la Compañia de Jesus sirviesen al Señor y á su iglesia, segun "su piadoso instituto aprobado por la santa sede" *Sancta Synodus non intendit aliquid innovare, aut prohibere, quin Religio Clericorum Societatis Jesu, juxta pium eorum Institutum à Sancta Sede Apostolica approbatum, Domino et ejus Ecclesiae inservire possit* (†). Este es un testimonio muy grande y solemne.

Muchas veces la iglesia de Francia, por la voz de sus obispos reunidos, se ha pronunciado abiertamente á favor de la Compañia de Jesus; y es público que en el siglo último protestaron casi todos contra el decreto de supresion (‡).

En ciertas épocas se ha podido decir de algunas órdenes religiosas, que se habian relajado del espíritu de su primitivo instituto; jamas se ha dicho esto de la Compañia de Jesus; nunca se le ha echado en cara haberse alejado del espíritu de su fundador, ni de las constituciones que él les dió (§).

---

[*] *Aun hay mas: en una memoria sobre la estincion de la Compañia de Jesus por el conde Alexis Saint Priest, que se publicó en Paris el año pasado de* 1844, *se dice refiriéndose á la correspondencia del cardenal Bernis, embajador de Francia en Roma:* „*que el papa Clemente XIV. murió entre los mas "grandes terrores, protestando que se le habia violentado para "la supresion de aquella orden, y aun se citan las palabras "que repetia incesantemente en sus últimos momentos:* compul-"sus feci; compulsus feci"—T.

[†] *Concil. Trid. sess.* 25. *cap.* 16.

[‡] *Véase el Informe de los obispos y la Instruccion pastoral del Illmo. Beaumont, en la obra titulada:* La Iglesia, su autoridad, sus instituciones y la orden de los Jesuitas.—*París* 1844. *y en los* Documentos importantes concernientes á la Compañia de Jesus.—*París* 1837.

[§] *El autor de las vidas de los Santos ingleses, que es un distinguido profesor de la universidad de Oxford, acaba de tributar sobre este punto homenage á la justicia.* „*Ahora admitamos,* dice, *como un hecho la degeneracion de los institutos*

Y en este solo hecho; ¿no hay alguna cosa que deba inspirar aprecio á semejante institucion? Si es cierto que despues de tres siglos ella conserva la fuerza y la vida; ¿no hay un interes en estudiarlo, que crece con esta favorable presuncion?

Yo propongo este estudio de las constituciones de la Compañia de Jesus á los hombres reflexivos y sensatos. De buena gana volveria yo á comenzarlo con ellos, porque este me ha hecho lo que soy: que él los haga justos ácia nosotros, lo que seria una felicidad para todos.

Pero aun prescindiendo de las graves circunstancias en que nosotros nos hallamos; no deja de ser una materia muy curiosa para un observador, una legislacion, objeto á la vez de tantos ataques y de tantos aplausos.

¿Y no sería un gran problema histórico y moral, el de investigar, como religiosos fieles á sus leyes, á unas leyes que la iglesia ha aprobado, han podido verse espuestos á semejante crítica y oposicion? Porque ciertamente, no es arrogarse un elogio el asegurar, que jamas ningunos hombres fueron succesivamente odiados y detestados, estimados y apreciados, en igual grado que los Jesuitas, y que hayan sido tampoco el objeto de prevenciones mas violentamente horribles y mas cumplidamente favorables.

Acaso ha llegado ya el tiempo de resolver el problema y de exijir de la opinion pública un decreto definitivo. Yo al menos creo la ocasion oportuna, y tengo no poca confianza de que los espíritus sincéros querrán darse cuenta, del singular contraste que ha presentado una sociedad religiosa; como un cuerpo consagrado, segun unos, á todos los trabajos y á todos los sacrificios del apostolado; como un foco permanentemente, segun otros, de intriga, de ambicion y de maldades.

Cuando la voz que me llamaba se hizo escuchar en el fondo de mi corazon, cuando balanceaba en mí mismo el diverso peso de estas estrañas contradicciones, hubo un dia en que dije: Pascal, vuestro génio ha cometido un grande crimen, el de establecer una alianza, tal vez indestructible entre la mentira y el idioma del pueblo frances: habeis fijado el Diccionario de la calumnia. El hace regla todavia, pero no la hará para mí.

"*monásticos, y confesemos, si se quiere, que ella ha tenido lugar* "*en algunos casos, á poco despues del primer fervor;* pero exceptuemos siempre como la verdad nos obliga á hacerlo, á "la muy noble y gloriosa Compañia de Jesus; la cual des- "pues de la iglesia visible, quizá puede ser considerada como "el milagro mas grande existente en el mundo"—*Lives of the English Saints num. VI. Toovey* 1844.—T.

Esa perpetua autoridad que adquirió la mentira por los encantos del lenguaje, ese reino imperioso que hace dos siglos ejerce un calumniador de génio, (para tomar á Mr. de Chateaubriand este rasgo de su elocuencia reparadora) no me impidieron por mas tiempo el tomar y ejecutar mi resolucion de entrar en la Compañia. Yo debo decirlo, pensamientos mas altos me preocuparon; ¿me será permitido confesarlo en toda la sencillez de mi fé y de mis convinciones? El ódio que persigue sin cesar, se me representó como un poderoso motivo de estimacion y aprecio. La filosofia antigua anticipándose en algun modo al evangelio, ha proclamado esta máxima por su órgano mas sublime. Nada es mas grande y honroso que sufrir persecucion por la justicia. "Y Dios mis"mo, añade en cierta parte Bossuet, ha juzgado este destino "tan glorioso, que no ha encontrado otro mas digno de su hijo sobre la tierra".

Ahora mismo, y al cabo de veinte y un años de haberme entrado á la Compañia de Jesus, este constante ódio me anima y consuela. Lo que yo temeria mas que todo esto, seria la molicie que bastardea á las almas; pero la molicie no se halla entre nosotros: delante de los asaltos repetidos de la persecucion y de la injuria, ninguna cosa se ablanda.

Yo no pretendo aquí quejarme; antes mas bien estoy lleno de regocijo: lo confieso. No me presento á justificarme; si hablo, no es tanto en mi defensa, cuanto para dar un simple testimonio de la verdad.

Richelieu y otros políticos profundos vieron en las constituciones de S. Ignacio la obra maestra del génio; yo llamo á la obra de mi padre un monumento de sabiduria, de prudencia y de santidad inimitables.

Dos palabras lo abrazan todo: el objeto y el medio: el objeto es la gloria de Dios y la salvacion de las almas: el medio, la obediencia.

Por lo demas, es muy importante para conocernos, que se quieran comprender estas cosas; voy á decir lo que las hará entender mejor. Esto no es una ficcion, es la verdad desnuda y sin atavios.

Un hombre fastidiado del mundo, lo abandona. Acaso las pasiones ardientes de la juventud han traspasado violentamente su alma; él solicita un abrigo, concibe un profundo deseo de vengarse de sí mismo y de Satanás, y no encuentra otro que mas lo satisfaga, que el dedicarse á trabajos útiles al prójimo.

El cree entónces, y aun lo cree el dia de hoy, que el grande mal de nuestro tiempo es la carencia total de subordinacion entre los hombres. Desengañado de las vanas ilu-

siones y delirantes quimeras del espíritu de independencia, él está sediento de obedecer, resiente esa necesidad inmensa, é invoca la obediencia como el asilo salvador, que debe proteger su dignidad de hombre, y asegurarle la posesion de su verdadera libertad.

El trabajo de los Ejercicios espirituales acaba de mostrarle la luz y de marcarle la senda: el llama á la puerta de la Compañia de Jesus.

Lo que lo mueve desde la entrada, es la paz profunda que reina en la morada religiosa. El aspecto de estas paredes silenciosas, la marcha recogida de los que las habitan, el ruido de los pasos que resuenan como en el desierto, el órden, la pobreza que se encuentra en todo, la acogida agradable y la espresion cortés del buen hermano que introduce, la dulce gravedad del padre que recibe, no sé que aire suave y puro que se respira, una presencia de Dios mas íntima, me parece, y mas familiar; todo en esta morada cuando por la primera vez se visita, todo hace sentir al estrangero que viene de lejos y sacudido por las tempestades, una impresion que no se puede definir completamente, pero que debe llamarse la impresion de Dios. Un principio desconocido, un espíritu bienhechor alivia las penas, repara las fuerzas, y dá un gusto anticipado de una nueva y feliz existencia. En fin, no se tiene al rededor de sí, sino corazones sincéros y piadosos, frentes serenas; la palabra que rara vez interrumpe un largo silencio, es siempre simple y fraternal, las relaciones francas, placenteras y fáciles.

Colocado aun sobre el umbral, el candidato de la vida religiosa conoce anticipadamente en esta hora solemne, toda la estension de los deberes que la Compañia de Jesus dicta á sus miembros; él debe saber, y él sabrá cual es el espíritu que la anima en toda su verdad: siendo libre, él se decidirá.

¿Estais pronto, se le pregunta, *á renunciar al siglo y á toda su posesion, como á toda esperanza de los bienes temporales?*

¿Estais pronto á mendigar, si fuere necesario, vuestro alimento de puerta en puerta por amor de Jesucristo? (*)—Sí.

¿Estais dispuesto á vivir en cualquiera pais del mundo, y en cualquiera empleo, sea el que fuere, en que los superiores juzgaren que sereis mas útil para la mayor gloria de Dios, y la salvacion de las almas? (†)—Sí.

---

[*] *Exam. c.* 4. §. 1, 12, 26, 27. *Const. part. VI. c.* 2. §. 10; *Instit. Soc. t I. pág.* 345. *y sig., y p.* 410.

[†] *Exam. c.* 4. §. 35. *Const. part. III. Cáp.* 2. *litt.* G. *Inst. Soc. t. I. pág.* 350. *y* 378.

¿Estais resuelto á obedecer á los superiores, que tienen para vos el lugar de Dios, en todas las cosas en que no juzgareis que la conciencia se lastima por el pecado? (*).—Sí.

¿Os sentís generosamente determinado á rechazar con horror, sin excepcion, todo lo que los hombres esclavos de preocupaciones mundanas aman y abrazan; y quereis aceptar, y desear con todas vuestras fuerzas lo que amó y abrazó nuestro Señor Jesucristo? (†)—Sí.

¿Consentís en vestiros de la librea de ignominia que él llevó, á sufrir como él, por amor y respeto suyo, los oprobios, los falsos testimonios y las injurias, sin que hayais dado ocasion?.... (‡).

Es necesario responder; y gracias inmortales sean dadas á la bondad de Dios, yo he contestado, sí: *Vos pasareis por loco.*—Sí, lo acepto, esto me conviene.

Jamás ha herido los oidos humanos pregunta mas estraña; nunca, acaso, el evangelio de la cruz y su locura sagrada, fueron mejor presentadas en su rudeza nativa. Por lo demas S. Ignacio pretendió con tanto empeño, que los soldados de su Compañia fuesen verdaderos discípulos del Dios crucificado que segun atestiguan los historiadores, durante su vida rogó con la mayor instancia al Señor, que la Compañia fuese siempre perseguida: y es menester convenir en que fué bien escuchado.

Pero en fin, la pregunta está hecha: ella está justificada como lo está una profecia exacta por un cumplimiento permanente; y cuando el postulante, todavia libre, ha respondido, es admitido al noviciado, donde comienza para él un nuevo orden de cosas.

I.—Noviciado.

El novicio pasa dos años en un profundo retiro; tiene para reflexionar este tiempo, de que bien necesita antes de ligarse por compromisos irrevocables. Las pruebas morales que debe sufrir son graves: así es, que su determinacion despues de dos años de noviciado, será libre, ilustrada y fuerte.

Durante este mismo espacio de tiempo, todo estudio es-

---

[*] *Exam. c.* 4 §. 29. *Const. part. III. c.* 1. §. 23. *et passim. Inst. Soc. t. I. pág.* 373.

[†] *Exam. c.* 4. §. 44. *Inst. Soc. t. I. pág.* 352.

[‡] *Indui eadem veste, ac insignibus Domini sui, pro ipsius amore ac reverentia.... contumelia, falsa testimonia et injurias pati.* Ibid.

tá prohibido (*). Concepcion atrevida y poderosa, que no sabrá apreciarse bien por la sola teoría. Es necesaria la esperiencia.

Es tan inmensa la distancia que separa la vida mundana y la religiosa; son tan diversos los empeños y las disposiciones de un hombre destinado á marchar en las sendas del siglo, y las del religioso reservado á los trabajos apostólicos; que para el alma llamada á este género de vida en la Compañia de Jesus, ha querido su enérgico y prudente legislador criar en alguna manera un medio nuevo, y una existencia toda nueva. El echó el mejor cimiento para los estudios futuros en la humildad y en las virtudes sólidas, durante el noviciado; y á esto sirve la prohibicion, mientras se está en él, de todo estudio (†).

La oracion, las meditaciones prolongadas, el estudio práctico de la perfeccion, y sobre todo de la mas entera abnegacion de sí mismo, la reforma valerosa de las inclinaciones de la naturaleza, la lucha diaria y fiel contra el amor de un vano honor y falsos placeres, el uso familiar de los Ejercicios espirituales y de la conversacion con Dios, el conocimiento de todo un mundo oculto en el fondo del alma, y de una vida interior; es lo que ocupa las horas del noviciado (‡).

Discúlpeseme, si hablando de un tiempo tan alejado ya de mí, encuentro en él mis mas dulces recuerdos; entónces se cumplieron los dias mas venturosos de mi vida. ¡Cuna querida de mi infancia religiosa, crisol laborioso de mi alma, depuracion fecunda de la inteligencia y del corazon, no os olvidaré jamás!

Allí es adonde vienen á morir los últimos recuerdos del mundo y sus vanas agitaciones. En la escuela de la penitencia y oracion, es donde se despoja poco á poco el nuevo religioso de esta vida falsa, de estos intereses facticios, de estos afectos inferiores, que impiden aspirar á los combates y á los triunfos de la mayor gloria de Dios y de la conquista de las almas. Pero en medio de eso, la uncion de los coloquios divinos, los atractivos poderosos de la gracia, y la felicidad íntima de una concordia y de una paz inalterable, penetran, animan y consuelan.... ¡Ah! Es necesario decirlo: estos primeros años se pasan con una bienaventurada rapidéz.

[*] *Const. part. III. c.* 1 §., 27 *Inst. Soc. t. I. pág.* 374.

[†] *Ad praeparandum earum fundamentum, humilitatis scilicet, ac omnis virtutis. Const. part. III. c.* 1. §. 27. *Inst. Soc. t. I. pág.* 374.

[‡] *Const. part. III. c.* 1. *Exam. c,* 4. §. 41. *Inst. Soc. t.* 1. *pág.* 370 *y* 371.

El novicio, arrancado así á las ilusiones de la vida del siglo, y fortalecido para siempre contra el peligro de su regreso á él, no está ligado todavia por ningun compromiso; es libre. Frecuentemente y con la mayor repeticion se invocan sus reflexiones, sobre los grandes deberes que imponen los votos; y tiene que pasar por pruebas repetidas y decisivas. (*) El delibera; se le examina; es juzgado, él juzga tambien con una entera libertad: él se ofrece en fin, y la Compañia lo acepta. Despues de dos años él se entrega al Señor por una consagracion irrevocable de su parte,

Yo no intentaré decir lo que se pasa entónces en el alma.

La obra del noviciado es bella: el noviciado es este trabajo regenerador del espíritu, que pone á la gracia divina, cuanto es posible, en posesion plena de las facultades, de las fuerzas y de los hábitos del alma. Es una especie de creacion, una transformacion poderosa, que debe franquear la libertad religiosa de las innumerables trabas con que la embarazaban los intereses, los deseos, los afectos y las pasiones de la naturaleza. Es la fragua, donde el hierro se ablanda para tomar un nuevo ser; la lima que desvasta, que quita el orín, que prepara el instrumento y lo hace útil en las manos del obrero. Entónces se imprime una direccion, que reemplaza en el hombre todas las direcciones puramente humanas, por la única ambicion de la gloria divina y de la salud eterna de todos.

A esto se encaminan todas las pruebas que el novicio debe sufrir, todas las reglas que debe observar, y las luces que le son predigadas. Y S. Ignacio con una constancia que no se desmiente jamás, espresa casi en cada página este fin sublime de su obra. *Ad Majorem Dei Gloriam:* esta gloria por la que hemos sido criados, que comienza aquí abajo por la sumision fiel de la criatura racional á su autor, y se consuma en el cielo en el seno de la bienaventuranza y de las perfecciones infinitas.

Ad Majorem Dei Gloriam: vosotros no podeis creer en esta política toda sobrenatural y sagrada: y no me asombro de ello. ¿Pero con qué derecho osais substituirle otra en vuestras afirmaciones inconsideradas, para presentar al juicio de las generaciones, como culpables de un pensamiento que ni tienen ni tuvieron jamás, una Compañia de hombres, para quienes la justicia y la verdad han sido hechas lo mismo que para vosotros?

Pero prosigamos. Dos años han transcurrido: los votos se han hecho; la hora de los estudios ha sonado; el religioso de la Compañia entra en una nueva carrera.

---

[*] *Exam. c.* 1. §. 9. *Inst. Soc. t.* 1. *pág.* 347.

II.—Estudios.

Ademas del poder del ejemplo y la vida del espíritu, es necesaria tambien al hombre apostólico la ciencia conveniente, para ayudar mejor á sus hermanos á conseguir el entero cumplimiento de sus destinos.

„Cuando, pues, dice S. Ignacio, los que son admitidos "entre nosotros hayan echado el cimiento de la abnegacion, "y hecho el progreso necesario en las virtudes, se tratará de "que construyan el edificio de sus conocimientos científi-"cos (*)".

Es necesario, sin duda, poner cuidado, en que por consecuencia del fervor de los estudios, no venga á entibiarse el amor de las virtudes sólidas y de la vida religiosa; pero es necesario tambien poner sábios temperamentos á los ejercicios de mortificacion y de piedad, porque los estudios exigen en alguna manera al hombre todo entero, *quodammodo totum hominem requirunt* (†). Así se vé en las constituciones balancearse todo, y conformarse á las reglas de la moderacion mas oportuna de la mas elevada prevision.

Entre los hombres, es pequeño el número de los que son al mismo tiempo virtuosos y sábios: *boni simul et eruditi pauci inveniuntur*. Así el pensamiento de los primeros fundadores de la Compañia fué el de admitir en su seno personas jóvenes, para formarlas á la ciencia y á la virtud, que es la doble condicion, necesaria á la vez, para trabajar con fruto en la salvacion de las almas.

Estas son las propias palabras de S. Ignacio; ellas contienen el sentido, el objeto y la razon de nuestros estudios (‡).

El curso debe ser regular y fielmente seguido, cuando la edad, la falta de aptitud ó de salud, cuando las necesidades del santo ministerio, ó la desgracia de los tiempos no presentan obstáculo invencible.

Los dos años que siguen á los del noviciado, se dedican en un todo á la retórica y á la literatura; tres años, y á veces mas, á la filosofia y á las ciencias fisicas y matemáticas (§).

Sigue luego lo que llamamos la *regencia*, ó la enseñanza de las clases en un Colegio. Se hace de suerte que el jó-

---

[*] *Const part. IV. Proem. Inst. Soc. t.* 1. *pág*. 378.
[†] *Const. part. IV. c.* 4. §. 2. *Inst. Soc. t. I. pág*. 383.
[‡] *Const. part. IV. Proem. litt. A; Ibid. pág*. 379.
[§] *Const. part. IV. c.* 5. §. 2. *et* 3. *Rat. studior. Reg. Prov.* 17, *et* 18. *Inst. Soc. t. I. pág*. 385: *t. II. pág*. 372.

ven profesor, comenzando por una clase de gramática, asciende succesivamente, y recorre todos los grados del profesorado, uno despues del otro: cinco ó seis años se pasan así en el curso de regencia. Encuéntrase en esto, sumo provecho para sí y para los otros, al mismo tiempo que el maestro repasa y aprende mas, llena todos los deberes de un grande zelo para con la juventud, que es tan digna de él, por el cumplimiento de unas funciones, que acaso son las que lo requieren mayor (*).

[*] *Todo el mundo es testigo del grande acierto, con que la Compañia de Jesus supo desempeñar este importantísimo ministerio en los siglos pasados, y despues de su restablecimiento ha vuelto á ocuparse de él. Gresset en una de sus mas famosas comedias* (Lé Mechant) *hacia votos; porque „el interés del univer»so y la estimacion de todas las edades conservaran en beneficio »comun sus establecimientos; se respetasen y subsistiesen esos »asilos, en que el saber y la virtud habian fijado su domicilio; y »que para el bien de la Francia, todos concordes y unanimes »pusieran una barrera á la ignorancia y un freno á la irreli»gion»: Chateaubriand se lamentaba de la pérdida irreparable que la Europa habia sufrido en los Jesuitas, porque la educacion pública no habia vuelto á restablecerse desde su caida; y un sábio viagero protestante [Mr. Le-Roux] habla así de los nuevos seminarios de la Compañia: „En dos ó tres provin»cias he visto estos colegios apreciables, en donde se enseñan »los grandes principios de la religion, las ciencias y la litera»tura, recibiendo en ellos su primera instruccion un gran nú»mero de niños, herederos de ilustres nombres. Las sábias y »piadosas comunidades que los dirigen, no forman hasta ahora »corporaciones decentes; pero si pudiesen constituirse en breve »como tales, se colmarian todas las esperanzas de la pátria». Si Eugenio Sue, dotado de tanto talento como Boileau, tuviese la honradéz de este imparcial crítico; ¿no se hubiera negado como él [Proemio á la sátira XII.] á formar alianza con los enemigos de la Compañia, de esos hombres sin pudor que para saciar los furores de su injusticia é impiedad, procuran cubrirse con grandes nombres?...¡Ah! Nos equivocamos. El nombre del escritor del* Judio Errante *nunca será grande. Deslumbrarán por algun tiempo sus escritos, seducirán á los ignorantes y superficiales; él merecerá momentaneamente los elógios de los malignos é impios; pero él caerá en el olvido como los Litomisenos, Arnaldos y Pasquieres, y contribuirá á su vez como estos, al triunfo de la religion que ha insultado, y al de los Jesuitas, á quienes ha colmado de injurias y calumnias.—T.*

La educacion ocupa un gran lugar en nuestro sistema de vida, cuando se nos permite seguir nuestras constituciones sobre este punto.

Acia la edad de veinte y ocho ó treinta años, se envia al religioso á aprender teología. Este estudio, con el de la escritura santa, del derecho canónico, de la historia eclesiástica y de las lenguas orientales, ocupa cuatro años, y aun seis para los que manifiestan disposiciones muy notables. El sacerdocio no es conferido sino al fin de los estudios teológicos, y rara vez antes de los treinta y dos ó treinta y tres años.

Al fin de cada uno de ellos, durante el curso de estudios, se sufre un exámen severo; ninguno pasa al del año siguiente, sino cuando hayan formado los examinadores un juicio favorable, sobre el año que ha precedido.

Concluidos todos los estudios, los que hayan salido felizmente en los exámenes anuales, sufren uno general sobre la totalidad de las ciencias filosóficas, fisicas y teológicas. Obtener tres sufragios favorables entre cuatro en este último exámen, es una de las condiciones necesarias para ser admitidos á la *profesion* (*).

Tal es el órden de los estudios para la Compañia de Jesus.

El es conforme al objeto que el santo fundador se propuso. Para la mayor gloria de Dios y el mayor bien de las almas, un largo aprendizage prepara á los operarios evangélicos á todas las posiciones, á todos los ministerios sagrados. S. Ignacio quiere, tanto como es posible, hombres sólidamente instruidos, hombres que no se estravien jamas, que marchen con paso seguro en las sendas de la verdad, y á quienes las sanas doctrinas esclarezcan y conduzcan siempre; hombres que sepan todo lo que debe saberse, que se coloquen fielmente en presencia del movimiento de la ciencia, y se mantengan á su nivél; que en todo, en historia, en fisica, en filosofia, en literatura como en teologia, no queden abajo de su siglo, sino que puedan seguir y aun ayudarlo en sus progresos, aunque sin olvidar jamás, que ellos están dedicados a la defensa de la religion y á la salvacion de las almas.

Se nos ha reprochado no haber formado hombres de génio. Pero si entre las mas bellas glorias de la Francia se cuentan Corneille, Racine, Moliere, La-Fontaine, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Condé, Turena, Descartes y Pascal; de estos once grandes hombres, siete fueron discípulos de los Jesuitas (†).

---

[*] *Const. part. IV., et Rat. Studior. Reg. Prov. passim.*

[†] *¿Y en qué pais no puede asegurarse lo mismo? En el*

*

En cuanto á nosotros mismos, permítasenos recordar esa multitud de hombres útiles que la Compañía ha producido en todos los ramos de los conocimientos humanos, como en todo género de funciones evangélicas.

Y si se quiere ser justo; ¿no se hallarán los caractéres del génio teológico en Suarez y Vasquez, á quienes Benedicto XIV llama, „las dos antorchas de la teología: *duo luminaria teologiae*" y en Belarmino y Lugo; el génio de la elocuencia del púlpito en Séñeri y Bourdaloue, de quien decia Bossuet *este hombre será eternamente nuestro maestro en todo;* en fin, el génio de la ciencia en Petau, Sirmond, Ricciolo, Kircher, Clavio, Gaubil, Grimaldi? (*).

Despues de todo, S. Ignacio ha querido formar hombres apostólicos y sábios; y no temo decirlo, las diferentes edades de la Compañía han realizado bajo ambos aspectos el grande pensamiento del fundador.

Asciende á mas de doce mil el número de los escritores Jesuitas; y sin embargo recordamos con mas gusto nuestros ochocientos mártires inmolados por la fé, ocho mil misioneros, cuya vida preciosa delante del Señor se ha consumido en los trabajos del zelo entre los bárbaros y los infieles, y estos Padres, estos Hermanos venerados y queridos, cuya santidad ha canonizado la iglesia y ha colocado solemnemente sobre los altares.

Pero volviendo á mi asunto: las pruebas del Jesuita no terminan en el noviciado, y se le manda volver á otro segundo despues de concluidos los estudios, como vamos á ver.

III.—Tercer año de probacion, ó última prueba antes del ejercicio del santo ministerio.

Puedo decir que aquí es donde se descubre la obra maes-

nuestro por ejemplo, los Revilla-Gigedos, los Gamboas, los Mercadillos, los Zambranos, los Portillos, los Sarterios, Serrutos y Torres, fueron discípulos de los Jesuitas.—T.

[*] *Lalande ha escrito: „Entre las absurdas calumnias, "que exhaló contra ellos la rábia de los protestantes y jansenistas, me llamó la atencion La-Chalotais, que llevó la ignorancia ó la obsecacion hasta el grado de decir en su* pedimento, *que los Jesuitas no habian producido matemáticos. Estaba yo haciendo entónces la tabla de mi Astronomia, y puse en "ella un artículo sobre los Jesuitas astrónomos: su número me "pasmó......"*

ta de S. Ignacio. El hombre que él destina al ministerio apostólico, pasa dos años de noviciado en recogimiento y silencio; tiene despues nueve de estudios, y cinco ó seis de enseñanza; se ordena de presbítero, y todavia no se dedica á las funciones del sacerdocio, sino que en este estado, ya sacerdote, religioso, literato, profesor público, se le vuelve á un segundo noviciado, y por un año entero renuncia á todo estudio y á toda relacion esterior. Se ponen grandes cuidados en cultivar su inteligencia, y debe entónces por última prueba y postrera preparacion, ejercitarse segun la espresion notable de las constituciones, en la escuela del corazon, *in schola affectus.* La palabra es difícil de comprender: yo necesité de pasar ese año para penetrar su sentido; y sin embargo, me es imposible esplicarlo aquí.

Solo diré, que en ese año el Jesuita adquiere grandes conocimientos en el orden espiritual, y que en la soledad, la oracion y el silencio, mas presente á Dios y á sí mismo, antes de entregarse á los otros, se afirma y avanza en una humildad sincéra, en una abnegacion general de la voluntad propia y aun del propio juicio, en el despojo de las inclinaciones inferiores de la naturaleza, en un conocimiento mas profundo, en un amor mas grande de Dios, *in schola affectus;* de esta suerte, despues de haber fortificado su alma, despues de haber penetrado mas íntimamente esta vida verdaderamente espiritual; él podrá mejor ayudar á los otros á avanzar en los mismos caminos para la gloria de Dios (*).

Véase lo que llamamos en la Compañía *el tercer año de probacion,* el último de preparacion y de prueba. Se pasa bien pronto este tiempo de un santo reposo, que no volverá mas. Yo he gozado de él, ya no me será concedido el gozarlo ántes de mi muerte; y cualquiera que sea el número de los años que Dios me reserva aun sobre esta triste tierra, no volveré á tener otro de reposo.

Entónces se recorre el curso entero de los *Ejercicios* durante un mes: entónces la oracion, la meditacion se prolongan; y se estudian nuevamente y profundizan el espíritu del instituto y las condiciones del apostolado, la pobreza, el sufrimiento, la obediencia y todo lo que constituye los deberes del religioso.

Algunas esplicaciones de la doctrina hechas á los niños, algunas misiones en los pueblos, son las únicas que interrumpen la soledad, y sirven de prelúdio á otros mayores ministerios, por que tanto anhela el corazon de un apostol. Confie-

---

[*] *Const. part. V. c. II.* §. 1. *Exam. c.* 4. § . 16 *Inst. Soc.* t. I. pág. 403, y 348.

so que recuerdo con gusto, aquel tiempo en que me fué concedido evangelizar algunas pobres poblaciones de las montañas; yo lo he estrañado despues, cuantas veces el apostolado de las grandes ciudades ha entristecido mi espíritu y fatigado mi corazon.

Despues de pasado el año, los superiores se informan religiosamente de los progresos hechos en la virtud y en la ciencia, y segun el juicio que el Padre general hace por sí mismo sobre las informaciones remitidas, se concede el grado [*gradus*]. Esto es decir simplemente, que se haya admitido para pronunciar los últimos votos de *coadjutor espiritual* ó de *profeso*. Porque estas son las dos clases de religiosos entre nosotros. Ambos son iguales en todo, y ninguno de los dos goza de ningun privilegio ó prerrogativa, y aun se prefiere á veces para superiores á los coadjutores espirituales, y los profesos mismos les están subordinados con la mayor frecuencia. Hay, sin embargo, algunos pocos empleos reservados á estos esclusivamente, y tienen tambien el derecho de asistir á las congregaciones, ó asambleas provinciales y generales de la orden.

Estas reuniones son muy raras y limitadas á ciertos casos.

Así despues de los dos años de primer noviciado se hacen los tres votos de religion, simples, pero perpétuos; despues de quince ó diez y seis años de pruebas y de estudios, y de un tercer año de noviciado, siguen los votos solemnes de profeso, ó los últimos votos de coadjutor: tal es la graduacion ordinaria (*).

Si se dignase reflexionar gravemente sobre esta economía religiosa de pruebas y de trabajos preparativos; si se quisiese dar cuenta de esta legislacion tan prudente, tan fuerte, tan digna del génio apostólico de S. Ignacio, se creeria ver á este santo fundador como á un diestro operario, inclinado con ardor sobre su obra, para formarla y perfeccionarla; ensayándola, volviéndola á tomar de nuevo para pulirla mas y rehacerla; y no entregándola á su destino sino cuando ha agotado todos los recursos de un arte paciente y valeroso.

El religioso de la Compañia de Jesus así es preparado largamente y como trabajado: se le forma, se le ensaya, se le vuelve á tomar en seguida y se templa en el foco de las fuerzas activas del espíritu, en el taller de la soledad y del silencio. No es esto todo: cada dia de su vida, durante largas horas, él deberá entrar en el retiro interior del alma, para despo-

[*] *Exam. c.* 1. §. 7, 8, *y* 9. *Const. part. V. c.* 1. *litt. A. Inst. Soc. t. I. pág.* 340, *y* 342.

jarse de todas las influencias de la tierra y de los pensamientos mundanos, y para reconquistar las vistas elevadas de la fé, de esta brújula divina, con cuyo auxilio pueda atravesar mejor en seguida al través de las olas agitadas de los errores y de las pasiones humanas, y tender la mano á los pobres naúfragos, que debe esforzarse en conducir al puerto de la salvacion eterna.

Ya se sabe como se forma un religioso de la Compañia de Jesus. Ciertamente ningun fundador ha multiplicado ni prolongado las preparaciones y las pruebas, tanto como el nuestro. No parece sino que él ha querido imitar laboriosamente la educacion instintiva del ave que discurre por los aires.

El quiere que sus discípulos, hechos estrangeros á las bajas regiones de los afectos terrenos, se eleven hasta contemplar fijamente en su carrera al divino sol de justicia, y sepan renovar incesantemente las fuerzas de su alma, y acrecentar el vigor de su accion al calor vivificante de sus rayos.

¡Dígnese la gracia de Dios cumplir en nosotros el pensamiento de nuestro santo Padre! ¡Podamos todos, por humildes y generosos esfuerzos, corresponder á los votos de su grande alma, y marchar por las sendas que él nos ha trazado!

Llega en fin el tiempo de obrar para la mayor gloria de Dios, y el servicio de sus hermanos; y entónces el Jesuita será ya totalmente indiferente á todos los lugares, á todos los empleos, á todas las situaciones (*). El no arrojará lejos de sí, por una denegacion invencible, sino los honores y las dignidades (†). El los respeta y los admira en los otros, como la muestra de consagracion y de una gloriosa servidumbre. El se consagra tambien; pero siempre para obedecer, nunca para mandar, sin reserva, sin excepcion, sin réplica.

La clase de mínimos en un colegio; la penosa vigilancia del dia y de la noche entre las paredes de una sala de estudio ó de un dormitorio; la China, las Indias, los bárbaros, los infieles; el árabe, el griego; las repúblicas, las monarquías; el ardor de los trópicos, los hielos del norte; la heregía, la incredulidad; las campiñas, las ciudades; las resistencias sangrientas del salvage, las luchas delicadas de la civilizacion; la mision, el confesonario, el púlpito; las investigaciones científicas; las prisiones, los hospitales, los lazaretos, los ejércitos; el honor, la ignominia; la persecucion, la justicia; la libertad, los calabozos: el favor, el martirio: con tal que Jesucristo

[*] *Const. part. VII. c. 2. §. 1. in fine; pág.* 417. *et alibi passim.*

[†] *Const. part. X. § 6, Inst. Soc. t. 1, pag.* 446.

sea anunciado, la gloria de Dios propagadá, y las almas salvadas; todo es para el Jesuita de una igual indiferencia. Tal es el hombre que las constituciones han querido dar al apostolado católico (*). Sin duda nosotros podemos llevar delan-

---

[*] *Los que conocen verdaderamente á los Jesuitas, no en novelas ni romances, sino por la historia, la tradicion de los mayores y los restos de sus trabajos científicos y religiosos, se admiran, de como este famoso cuerpo sabia destinar á cada uno de sus miembros al empleo para que tenia capacidad; pero al haber visto las pruebas que hacia de los que abrazaban su instituto, y el largo tiempo que los esperimentaba antes de presentarlos en público, habrá cesado su pasmo. „Si el Jesuita, habla »Chateaubriand, solamente manifestaba aquellas gracias y cul»tura propias de la sociedad, y que agradan al mundo, se le en»viaba á la capital, ó á la corte entre los grandes. Si su génio »era recogido y solitario, se le retenia en lo interior de la Com»pañia destinado á las bibliotecas. Si descollaba en la orato»ria, se abria la cátedra á su elocuencia; si era de un enten»dimiento claro, justo y sufrido, se le hacia profesor en los co»legios; si ardiente, intrépido, lleno de zelo y de fé, iba á mo»rir bajo el acero del mahometano ó del salvage; y, en fin, si »mostraba talentos propios para gobernar á los hombres, el Pa»raguay le llamaba á sus selvas, ó bien la órden á la direccion »de sus casas.» Véase por qué esta célebre congregacion se adquirió tanta fama en todos sus ministerios; pero limitándonos únicamente al lustre con que supieron cultivar todos los ramos de la literatura, oigámos nuevamente al citado Sr. vizconde y nos formarémos alguna idea: „Ellos, continúa, eran natura»listas, químicos, botánicos, matemáticos, maquinistas, astróno»mos, poetas historiadores, traductores, anticuarios, diaristas; »y, en una palabra, no hay ramo alguno de las ciencias que no »hayan cultivado los Jesuitas con esplendor...» Este amor á las letras con que tanto sirvieron á la sociedad, no se estinguió ni aun en medio de los crueles padecimientos de su destierro y proscricion. Consúltese solo con respecto á los Jesuitas españoles la* Biblioteca de Sempere, *y allí se encontrarán haciendo un papel muy distinguido á los Islas y Andrés, Eximenos y Lampillas, Masdeus, Herbas, Arévalos, etc. etc. ¿Y habrá quien desconozca los inmortales nombres de los americanos, Abad y Clavigero, Gustro y Alegre, Landivar y Campoy, Cavo, y el literato comentador de Vitruvio en la misma Roma, Pedro Marquez? Justamente el juicioso escritor* De la decadencia de las letras y de las costumbres, desde los griegos y romanos hasta nuestros tiempos, *concluye: „que esta sábia Compañia ha da»do al estado un inmenso número de hombres del primer mérito*

te de Dios de no desempeñar siempre este objeto con el valor perseverante que él demanda; pero á lo menos, es necesario confesar que él no carece de grandeza; y que consagrarle la vida, es sin duda, cosa de algun precio: yo he hablado la verdad.

IV.—Gobierno de la Compañia.

Este es acaso el punto de nuestras constituciones sobre que hay mas preocupacion. Yo lo espondré con igual sencillez que lo demas, y espero que baste lo que diga para disipar las prevenciones.

En toda sociedad, es indispensable un gobierno y un poder: en la Compañia de Jesus, para mantener el vigor de las leyes y la unidad del espíritu y de objeto, para conservar la armonia de los medios, y la subordinacion de miembros numerosos, en medio de los trabajos mas diversos, se necesitaba una autoridad. El general de la Compañia es el depositario de ella. El nunca la ejerce, á pesar de lo mucho que se ha dicho, sino siguiendo la grande ley católica, es decir, en la mas perfecta dependencia respecto del vicario de Jesucristo, gefe supremo de la iglesia (*).

Perdóneseme los detalles en que voy á entrar: es necesario referirlos, porque debo darnos á conocer enteramente; y yo afirmo que fuera de lo que voy á decir, nada puede suponerse que no sea falso sobre el gobierno de la Compañia. Seré lo mas suciuto y lacónico posible.

Cuando hay que nombrar general, la Compañia se reune en congregaciones *provinciales;* es decir, que en cada pro-

"*en la iglesia, en la milicia, en el foro,* y *en las demás profesiones y artes*". *¿Y es así como los pinta el* Judio Errante? *No; porque Eugenio Sue solo escribe fábulas, para entretener á ociosos y mentecatos, ha vendido su pluma al ódio y á la irreligion, y ha soñado atribuir á la Compañia unos crimenes, de que se halla tan distantes como la luz de las tinieblas y la verdad del error. Hoy es moda en Francia, entre cierto partido, denigrar á los Jesuitas; ellos son, pues, el blanco de las calumnias y acusaciones de los libelistas. ¡Dios quiera, que en lo succesivo no se repitan las escenas del siglo pasado! Se dió principio por esos padres, y se acabó llevándose por Paris los corazones de los mas respetables ministros del altar en las puntas de las lanzas, cantándose con una ferocidad digna de un iroqués aquella bárbara letrilla:* ¡Ah! no hay fiesta alguna cuando falta el corazon.—T.

[*] *Const. part. IX. c.* 1. §. 1. *Inst. Soc. t. I. pág.* 436.

vincia de la Compañia, los profesos y ciertos superiores son convocados y se reunen. El padre provincial y dos profesos elegidos por la congregacion provincial, se dirigen á Roma para componer la congregacion general. Esta procede igualmente por via de eleccion; y así es como la Compañia, representada por los diputados de las provincias, elige su general (*).

Ella le dá un cierto número de asistentes tomados de diferentes naciones, á quienes debe consultar para las cosas que conciernen á su administracion. La Compañia designa tambien un *admonitor*, cuyo cargo es advertir al general, sobre todo, en lo que mira su conducta personal y privada (†).

Por lo demás, la autoridad del general no tiene otra restriccion regular y ordinaria: él está obligado á oir sus dictámenes; pero es único árbitro de su última determinacion. En un caso estremo, que no se ha presentado nunca, y que esperamos en Dios, no se presentará jamás, los asistentes pudieran reunir á los diputados de las provincias y convocarlos, á fin de deponer al general que se hubiera vuelto indigno ó incapaz (‡).

Todos los superiores, todos los miembros de la Compañia están sometidos al general, y le deben obediencia. Todos pueden libremente ocurrir á él y escribirle como á los otros superiores (§). El es el padre comun, la subordinacion es grande, pero los recursos son numerosos y fáciles.

Como todas las demas órdenes religiosas, la Compañia está dividida en provincias. En cada provincia ó subdivision de pais, un provincial es el superior de todos los establecimientos que ella contiene; él los visita por sí mismo exactamente cada año; todos pueden ocurrir á él para sus necesidades y en sus penas. El provincial tiene sus *consultores* y su *admonitor* nombrados por el general; él debe tambien escuchar sus pareceres.

En fin, cada casa tiene, bajo un título ó bajo otro, su superior propio, sometido al provincial y al general. El superior de cada casa tiene igualmente un consejo y un *admonitor*. Tal es la forma del gobierno de la Compañia: la unidad de poder, la multiplicidad de advertencias consultivas. La sabiduria posee así toda su luz y la accion toda su potencia.

(*) *Const. part. VIII. c.* 6. *Inst. Soc. t. I. pág.* 430.

[†] *Const. part. IX. c.* 4. §. 4. *et c.* 5. §. 2. *Inst. Soc. t. I. pág.* 430, *y* 440.

[‡] *Const. part. IX. c.* §. 6. *et.* 7. *Inst. Soc. t. I. pag.* 439.

[§] *Const. part. IX. c.* 3. *et* 6. *Inst. Soc. t. I. pág.* 436, *y* 442.

El general es de por vida; todos los demas superiores, cualesquiera que sean, no son nombrados sino por tres años; ellos pueden, sin embargo, ser continuados; y todos se tienen por dichosos cuando llega el término y se ven libres de la carga (*).

Esta simple organizacion trae consigo mucha fuerza y dulzura, muchos elementos de órden y de paz, muchas garantias y apoyos conservadores Esta es una máquina fácil y regular, que desenvuelve tranquilamente su accion. Siempre muchas conciencias velan por deber cerca de la auteridad, y la ilustran y advierten con respeto.

Las reglas, los consejos, las libres comunicaciones, los recursos siempre abiertos y el principio interior de caridad, que es el alma de todo, se reunen para producir un estado de cosas, en que ninguna autoridad es independiente ni absoluta. Solo las leyes tienen un soberano imperio.

De esta suerte todos contribuyen en alguna manera al ejercicio de la autoridad, y todos obedecen.

Véase sin embargo, lo que se ha osado llamar despotismo, delacion, servidumbre; cuando no hay en realidad, sino órden, respeto, legítima vigilancia y verdadera libertad.

Este es el justo límite que tratándose de un cuerpo religioso y apostólico, debian tener las combinaciones y cálculos de la prudencia. A Dios mismo, á su espíritu, á su providencia atenta, debia abandonarse la conservacion y el suceso. Por otra parte, cuando se está moralmente cierto por las largas preparaciones y las pruebas que dirigen la eleccion, de no tener por gobernantes sino hombres de probidad, concienzudos, desinteresados, capaces; ¿qué otra medida podria mejor responder á un cuerpo de su porvenir? Hágase lo que se quiera, la garantía mas segura y tambien la sola eficáz en punto de gobierno, será siempre la honradéz, la religion, la dedicacion de los depositarios de la autoridad.

Los que nada quieren juzgar sino segun las vistas de la política humana, y que no toman en consideracion respecto de una sociedad religiosa, ni el elemento divino depositado en sus leyes, ni la potencia reguladora de una verdadera caridad, siempre hablarán á ciegas de nuestro instituto, de su fuerza vital y de su régimen interior. Vosotros no suponeis sino mútua desconfianza y triste esclavitud en nuestra vida; vosotros no la conoceis. No hay una sola apreciacion exacta en todos vuestros juicios. Vosotros habeis hecho mucho ruido y discursos sin verdad. Vosotros ignorais; pero cuando se ignora, el silencio es la ley del honor; y en lo que vosotros

[*] *Ibid*.

prodigais la injuria y la calumnia (*); yo sé que he dicho la verdad.

Pero si se quiere de buena fé conocernos, sépase la vida que seguimos.

V.—Diario del Jesuita.

A las cuatro de la mañana la campana suena; y un hermano recorre al momento las cámaras, dando luz y despertando con la piadosa salutacion: *Benedicamus Domino*, y vuelve al cuarto de hora para asegurarse de la obediencia puntual de todos, á este primer deber de la regla. Así es como una exacta disciplina viene siempre en auxilio de la buena voluntad personal. La costumbre llama entónces á los religiosos de la Compañia á la capilla, á venerar al Santísimo Sacramento; y á las cuatro y media entran en sus aposentos para vacar solos á la meditacion durante una hora.

El toque del *Angelus* (el Alva) pone fin á la meditacion: los sacerdotes dicen succesivamente su misa; y despues de terminada la accion de gracias, comienza el curso de las ocupaciones diarias. Ellas no nos faltan nunca; y puedo asegurar que el tiempo es un bien que muchos nos disputan y arrebatan en el interior de nuestras casas, tanto como otros fuera de ellas, el honor.

Algunas horas están siempre reservadas, sin embargo,

---

[*] *En efecto; ¿qué otra cosa ha hecho el maligno autór del* Judio Errante, *que injuriar y calumniar á los Jesuitas, atribuyéndoles esta mútua desconfianza, pintándolos como odiosos delatores unos de otros, y describiendo su estado como una detestable esclavitud, en que se les hace servir de instrumentos pasivos de las mas degradantes intrigas y maldades? El afecta conocer bien esas constituciones que denigra é infama, y las personas crédulas y superficiales lo creerán así, y alabarán una perspicacia y talento, en lo que solo hay una insulsa y fria repeticion de acusaciones ridículas mil veces refutadas. Pero el temerario que osó hacer objeto de su impía sátira, la sentencia de Jesucristo:* el que no aborrece á su padre y á su madre, y aun su propia alma, no es digno de ser mi discípulo, *presentándola de una manera tan dura como irracional; ¿trataria mejor las máximas y principios de un instituto religioso, que se honra con llevar á su frente el adorable nombre de Jesus, del salvador del mundo, venido para la salud, no menos que para la ruina de muchos, y como una señal de contradiccion:* positus est in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israël, et in signum, cui contradicetur?—T.

para el trabajo solitario y el estudio. Las unas, y éstas son en mayor número, son aplicadas á las penosas y lentas preparaciones que exige la predicacion evangélica; otras se ocupan en investigaciones científicas é históricas. Todos se emplean en las funciones del ministerio de las almas, que en general dejan poco tiempo á una pacífica ocupacion. Así es, que á menos que el religioso por una imperiosa necesidad no prohiba severamente la entrada á su aposento, se vé en él casi constantemente sitiado. Allí se le presentan libremente los hombres de todas las condiciones, de todas las opiniones: todos los géneros de infortunios, todas las aflicciones del alma vienen succesivamente á excitar nuestra compasion y nuestro zelo. La estadística de los visitadores de un solo dia al aposento de uno de nosotros, seria á veces una história bien curiosa. Frecuentemente la policia tendrá su parte, los intrigantes buscarán la suya; la mas grande quedará siempre á los que padecen, y que vienen con confianza á pedirnos consuelos y verdades. A todos se procura hacer oir el lenguage de la fé y de la caridad; unos vuelven consolados en sus afliecciones, y aun aquellos, á quienes solo conduce el deseo de tentarnos y cogernos en nuestras palabras, se retiran por lo comun confundidos, y tal vez desengañados. Así es como hombres enemigos, han venido á ser amigos declarados de los que ellos no conocian y que han aprendido á conocer.

¿Qué diré, sin embargo, de las solicitudes que se nos dirigen como á hombres que gozamos favor? ¡Buenas gentes, que acaban por creer lo que se cuenta sobre el poder de los Jesuitas! ¿Cómo desengañarlos? Pero es menester confesar que ellos nos hacen pasar entre nosotros, en nuestras horas de recreacion, algunos momentos de franca alegria.

El religioso, el sacerdote se debe á todos: las mugeres cristianas, y las que sienten tambien la necesidad de serlo, le buscan; él baja al lugar señalado para recibirlas; y la caridad no le permite dejarlas tan pronto como quisiera. Ellas lo llaman tambien al confesonario: las escucha allí; donde se encuentra seguramente un grande bien que hacer, pues se presentan á ese tribunal sagrado, ya esas almas fuertes, que son los ángeles de sus familias, las madres de los pobres, los apoyos de todas las buenas obras; y ya tambien la juventud de las escuelas y del mundo, que quiere asimismo tener confianza en nosotros, y hacernos depositarios de sus debilidades, de sus combates y de sus virtudes.

Ocupan, pues, la primera parte del dia, y frecuentemente la segunda, los ejercicios del ministerio, y otros trabajos para que se sustraen algunas horas.

Llega el medio dia; y con él se reasume la vida de co-

munidad. Un cuarto de hora antes está destinado al exámen de conciencia de la mañana, á fin de volver á hallar á Dios, y á sí mismo de mas cerca Despues se baja al refectorio; el silencio y la lectura sazonan una frugal comida, que dura como media hora. Se visita igualmente al Santísimo Sacramento, y se reunen en seguida para la recreacion. Hablando con franqueza, yo quisiera que se viese entónces desde algun observatorio á estos temibles Jesuitas: puede ser que á la libre cordialidad, á los simples desahogos, á la alegria decente de sus conversaciones, no se reconociesen mas, por esos seres tenebrosos y malhechores, que se han pintado tan frecuentemente con los mas negros coloridos (*). Estas odiosas pre-

[*] *A propósito de esas pinturas tan calumniosas que se hacen de los Jesuitas por los periodistas, véase una anécdota que se refiere en la obrita de Mr. Bellemare, titulada:* El Colegio de mi hijo. *Un viagero muy distinguido de la Rusia tenia la costumbre de leer los periódicos franceses, y mirando en ellos lo que se declamaba contra Monte-Rojo, se dejó persuadir, que este lugar era la capital de un pais nombrado* ultramontano, *que dirige al resto del mundo como un lazarillo, y amenaza destruir á todos los estados bajo el peso de su dominacion. Preocupado de estas ideas, y comprendiendo que Paris era un reducido cortijo respecto de esa gran metrópoli, que se ocupa en trastornar á todo el universo, no quiso terminar sus viages sin haberla visitado. Al efecto se puso en camino con un soberbio equipage, y á muy corta distancia de aquella capital, se encontró en la pequeña poblacion de Monte-Rojo. Atónito de no reconocer en ella la populosa ciudad que solicita, ordena á sus criados se informen de puerta en puerta, segun las señas del* Constitucional, el Correo, &c. *Ninguno comprende nada de lo que se les pregunta, hasta que por fortuna se presenta el maestro de escuela, que adivinando poco mas ó menos de lo que se trata, conduce al noble Ruso á una puerta cochera, donde la yerba crece tanto por fuera como acia dentro, y se retira diciéndole: „Esto es probablemente lo que buscais".—El estrangero se apea de su carroza, y penetra á lo interior del edificio, tanto mas facilmente, cuanto que los dos hermanos que vigilan la entrada de la célebre metrópoli, no han visto jamas sino humildes caminantes sin cortejo ni libreas. Recibe, pues, la mas franca licencia para introducirse, y aprovechandose de ella, llega hasta un solitario huerto, sembrado de las legumbres mas comunes, por el que se pone á pasear distraido en mil diversos pensamientos, comparando lo que habia leido, con la soledad y silencio que allí observa.—De esta enagenacion é interior lucha de afectos viene á sacarlo*

venciones son tan contrarias á mi naturaleza, que no puedo sin entristecerme recordarlas, y aun la mension que acabo de hacer de ellas, me lastima.

Se apartan de allí despues de tres cuartos de hora. Se vuelve al silencio, al trabajo, y lo mas frecuente al confesonario; se vuelve á escuchar la larga historia de las penas y de las enfermedades de las conciencias mundanas. Se escucha al pobre como al rico, al niño y al hombre formado. Si es necesario, tambien se vá á consolar sobre el lecho del dolor á los enfermos y á los moribundos; y es principalmente despues del medio dia cuando se cumplen estos religiosos deberes.

Pero se evita toda visita de pura distraccion, ó simple

---

al cabo de un cuarto de hora, el ruido de una pequeña campana colocada sobre el techo de la casa, y ocultándose en un rincon, vé desfilar por delante de él unos sesenta clérigos jóvenes que van á recreacion. Como él no duda que estos son los que componen la grande armada, con que los buenos periodistas amenazan la Europa, se pone á observarlos con toda atencion y queda sorprendido de las maneras graves, de la modesta conversacion y del tono de buena compañia, que distingue á los que aguardaba únicamente ver maniobrar, segun la idea que le habian hecho formar los escritores antireligiosos. Reconociendo su engaño y burlándose de su necia credulidad, se retira riendo entre sí, con estas palabras «¡Cómo! ¡este es aquél Monte-Rojo, de que yo he oído hablar tanto! ¡Esta aquella colonia, que compromete el reposo de la Francia y la suerte del género humano! Vamos, vamos; estoy bien seguro de que el mal no será tan grave; y gracias á Dios quedo muy tranquilo sobre la suerte del mundo: Ella está en buenas manos.»—Si alguno de los admiradores del Judio Errante *pudiera trásladarse invisiblemente á cualquiera establecimiento de los Jesuitas, colegio, mision, seminario, casa profesa ó de ejercicios, quedaria desengañado, cualquiera que fuese su prevencion, de lo absurdo de las fábulas de esta novela, tanto como lo estamos hoy de las embusteras imputaciones que se hacian por Celso y otros escritores idólatras á los primeros cristianos, de que adoraban la cabeza de un asno, y bebian al amanecer la sangre de un niño que sacrificaban, etc : y si de allí pasasen á la morada de Eugenio Sue y socios, tal vez verian ser ellos los autores de los excesos que atribuyen á sus inocentes contrarios, verificándose en ellos lo que de los hereges de su tiempo decia S. Agustin: »Lo »que critican en nosotros nuestros enemigos, para engañar á »los ignorantes, ellos mismos lo han hecho:»* Quod in nobis modo reprehendunt, ut decipiant imperitos, ipsi fecerunt.—T.

corteisía. Jamás un Jesuita aparece en el mundo, ni toma sus alimentos fuera de la comunidad, á menos que no esté momentaneamente separado por una mision evangélica.

Llega la noche; en ella es necesario hallar el tiempo para la oracion y el oficio divino, sino se ha desempeñado este deber en los ratos que se ha podido entre dia. A las siete la cena reune á los moradores de la casa; algunos instantes de recreacion siguen todavía; á las ocho y cuarto las letanias de los santos se rezan en comun en la capilla; cada uno se retira entónces á su aposento y dedica á solas una media hora á la lectura espiritual y al exámen de su conciencia. A las nueve se toca á descansar. Algunos, con el permiso de los superiores, bien pueden todavia prolongar el trabajo ó la oracion; otros, en la mañana adelantarán la hora comun de levantarse; pero todos obedecerán á la sábia autoridad que vela en la conservacion de la salud y de las fuerzas necesarias.

Los dias se siguen así y se asemejan todos. Ellos son llenos, frecuentemente penosos, dulces sin embargo. Y véase lo que son en realidad esos hombres que se suponen tan dañosos al estado, á la iglesia, á la causa de las libertades públicas y al bien de las familas.

VI.—La obediencia.

Concluiré el análisis de las constituciones dando la idea justa de la grande ley de la obediencia. Convengo en que ella es nuestra alma, nuestra vida, nuestra fuerza y nuestra gloria. Este es tambien el punto capital del instituto, y tambien de los ataques. En órden á ella, yo hablaré con la misma simplicidad y precision con que lo he hecho hasta aquí (*). Comenzaré por traducir literalmente las palabras de S. Ignacio.

„Todos se empeñen en observar principalmente la obediencia y aventajarse en ella.... Es necesario tener delante de los ojos á Dios nuestro criador y Señor, por cuya causa se dá obediencia al hombre". Esto es lo que la justifica y ennoblece; pues no requiere que los corazones estén sumergidos bajo el yugo del temor; por esto el santo legislador añade: „Es necesario poner todo cuidado en obrar en espíritu de amor y no con la turbacion del temor; *ut in spiritu amoris et non cum perturbatione timoris procedatur*.... En todas

---

[*] *Suplicamos á los crédulos entusiastas del* Judio Errante, *reflexionen con la mayor atencion en lo que vá á decirse, y lo comparen con las fábulas é impiedades de esa novela que tanto capta su admiracion.*—T.

"las cosas á que la obediencia puede estenderse con caridad "(es decir sin pecado), séamos tan prontos y dóciles, como "fuere posible, á la voz de los superiores, como si fuese la "misma voz de Jesucristo nuestro Señor; porque este es al "que obedecemos en la persona de los que tienen su lugar "para nosotros.... Cumplamos, pues, con grande prontitud, "alegria espiritual y perseverancia, todo lo que nos fuere or- "denado, renunciando por una especie de obediencia ciega á "todo juicio contrario: y esto en todas las cosas ordenadas "por el superior, y en que no se encuentre señal ninguna de "pecado".

Aquí se encuentra la palabra célebre y tan frecuentemente comentada: „Que cada uno esté bien convencido, que "viviendo bajo la ley de la obediencia, debe sincéramente de- "jarse llevar, regir, mover, quitar y poner por la divina Pro- "videncia por medio de los superiores, como si fuese un "muerto, *perinde ac si cadaver essent:* ó bien como el baston "que tiene en la mano un viejo y que le sirve segun su agra- "do". Y el Santo legislador, esplicando su pensamiento, agrega: „Así el religioso obediente, cumple con alegria lo que "le es ordenado por el superior para el bien comun; cierto por "esto de corresponder verdaderamente á la voluntad divina", mucho mejor, que si, bajo la inspiracion del juicio propio, hiciese grandes empresas al arbitrio de una libertad inconsiderada, y á veces por los movimientos de una voluntad caprichosa (*)

Yo desearia que se leyesen atentamente estas palabras y se procurase entenderlas bien. Se ha hecho mucho ruido; y sin embargo no se ha comprendido el sentido, ó á lo menos se ha alterado estrañamente.

Yo devolveré á las palabras su sentido, y á la buena fé sus derechos.

Me bastaria recordar simplemente, que todas las órdenes religiosas están ligadas por el mismo voto de obediencia, y todas espresan y entienden en iguales términos este voto.

Pero si se quiere descender al fondo mismo de las cosas; si se desea hablar con razon y arreglado á principios, búsquese en lo pasado lo que ha existido de mas hermoso, de mas grande y de mas apreciado entre los hombres.

¿Será por ventura lo magnífico del órden perfecto? Pues bien: el órden se encuentra todo entero en la justa subordinacion. Gravitar ácia un centro comun es el órden mismo de la naturaleza: ésta es la obediencia.

(*) *Const. part. VI. c. 1. § 1. Inst. Soc. de J. pág.* 407.

El órden y la armonía del cuerpo humano son tambien admirables: pero manda la cabeza.

La sagacidad y el acierto de los planes son prendas preciosas y bien raras en la conducta de los negocios. Pero la sabiduría del hombre, ha dicho Fenelon, no se encuentra sino en la docilidad. El verdadero sábio es el que aumenta su sabiduría con todo lo que recoge en los otros. Esto es exacto.

El hombre que está solo consigo mismo; se fia únicamente á sus propias ideas y se rehusa á todo consejo: ese no tiene ni sabiduría ni prudencia.

Luego el religioso es verdaderamente sábio; porque para él, por razon de su estado, encuentra en el superior, el consejo, el apoyo, la direccion de un padre. ¿Veis tambien una familia pacífica y bien arreglada? el alma de su prosperidad es la subordinacion y la obediencia.

Mas yo debo colocar aquí un gran principio, que no esiú duda del domínio estricto de la filosofía humana, sino que pertenece á la fé. Que se la suponga al menos por un momento, si se tiene la desgracia de carecer de ella.

¿Cual es, por tanto, el sentido de la obediencia del Jesuita, y para hablar con mas exactitud de todo religioso sin excepcion? Véase bajo el punto de vista de la fé, el solo práctico y verdadero en esta materia.

Dios, en su providencia sobrenatural y especial, ha establecido en el seno de la iglesia un género de vida y de perfeccion evangélica, cuyo fundamento y carácter esencial es el voto de obediencia.

A Dios mismo es á quien el religioso consagra su obediencia; Dios la acepta, y se obliga tambien en alguna manera á dirigir y á gobernar por una autoridad siempre presente, las acciones del que quiere y debe obedecer.

Dios vive, Dios obra, y él preside en la iglesia á las funciones de todo el cuerpo, y sobre todo á las de la gerarquia. Esta gerarquia divina y no humana, constituye, aprueba, inspira los reglamentos y los superiores de las órdenes religiosas: de suerte que la obediencia de cada uno de sus miembros, por el ejercicio de una fé cierta y pura, debe remontar á la autoridad del mismo Dios.

Yo obedezco á Dios, no al hombre: yo veo á Dios, yo oigo al mismo Jesucristo en mi superior: tal es mi fé práctica, tal el sentido de mi voto de obediencia y de las reglas que lo esplican. Déjese pues al hombre, su servidumbre ó su tiranía: dejadme á mí: yo obedezco á Dios, no al hombre.

Pero elevémonos mas: en esto hay una teoría magnífica. Ella es sobrenatural y divina: y no daña en lo mas mínimo á nadie. El superior manda con la conciencia de la

autoridad que le viene de Dios: el inferior obedece con el convencimiento de la obediencia que él debe á Dios. El superior vive de la fé; de la misma vive el inferior.

Si os agrada el quitar la fé; estinguís la antorcha de donde emana aquí toda la luz, y nos juzgais como ciegos, al través de las tinieblas que son vuestra obra.

No, no hay aquí sino un solo principio, principio absoluto y soberano que és necesario vér, y fuera del cual se delira necesariamente en materia de obediencia religiosa: Dios reconocido y respetado en los superieres.

¿Y que hay en ésto de estraño?

S. Ignacio ha insistido mucho, sin duda, sobre la virtud y la perfeccion de la obediencia; pero nada ha dicho mas fuerte, ni aun tanto como los otros fundadores de las comunidades religiosas: y esto es lo que un exámen sincéro no debia dejar ignorar á los que nos han atacado.

S. Ignacio nos permite dirigir siempre á los superiores nuestras humildes representaciones, despues de haber consultado á Dios en la oracion: nos autoriza á manifestarles con respeto nuestros sentimientos contrarios á los suyos; y con este lenguaje de moderacion y de prudencia, que él sabia hablar tan bien, ha creido deber templar el consejo de la obediencia ciega [*Coeca quadam obedientia*], adonde los otros, todos los otros lo imponen con un rigor que no admite contemplacion, con una estension que no conoce límites.

S. Benito, este patriarca de la vida religiosa en occidente, cuyos discípulos han desmontado la Europa, y á quien las letras y las ciencias deben la conservacion de sus mas bellos tesoros; S. Benito, cuyo espíritu influyó mucho tiempo sobre innumerables generaciones para civilizarlas é instruirlas; S. Benito, establecedor de la vida monástica, ordena testualmente á sus discipulos el obedecer en las cosas aun imposibles: se comprende que este es aquí el éco de la palabra evangélica; puede verse en el prefacio de sus reglas y en los capítulos 5. y 68.

S. Ignacio no ignoraba el misterio de ésta santa temeridad, que encarga á Dios el cuidado de trasportar las montañas para hacer resaltar los triunfos de la fé: mas él no nos ha dejado la leccion por escrito.

S. Ignacio exhorta á dejarse llevar y regir por la divina providencia (*) como si se estuviese muerto: *perinde ac si cadaver essent.* Esta imagen no es suya, él la ha tomado evidentemente del grande y admirable S. Francisco de Asis. Este hombre tan estraordinario, tan poderoso y tan dulce, á quien

[*] *Loc. cit.*

fué dado realizar tantas maravillas, que vino á mostrar á la tierra el evangelio viviente de la pobreza y de la cruz, en un apostolado tan hermoso y verdadero; S. Francisco de Asís no miraba como en realidad obediente, segun la relacion de S. Buenaventura, otra luz brillante de la edad media, sino al que se dejaba tocar, mover, colocar y quitar sin ninguna resistencia, como un cuerpo, sin vida: *Corpus exanime* [*]. El espresaba el mismo pensamiento, cuando decia su sentimiento á sus religiosos, instruyendolos sobre la obediencia: "Muer- "tos son á los que yo quiero por discípulos, no á vivos" *Mortuos, non vivos, ego meos volo* [†], y Casiano, mucho tiempo antes de él, se habia servido de ésta enérgica imágen para espresar la perfeccion de la obediencia (‡).

En fin, para omitir á todos los demas, S. Basilio, el legislador de los monges de oriente, y una de las mas vigorosas plantas de las antiguas iglesias asi como una de las mas bellas glorias del episcopado y de la ciencia sagrada; S. Basilio, en el cap. 22 de sus constituciones monásticas (§), quiere que el religioso obediente sea, como el instrumento en la mano del obrero, ó bien como la acha en la mano de un leñador. No dejará de confesarse, que el baston de viejo, tan singularmente reprochado á S. Ignacio, debe ser menos temible.

¡Pero qué! se dirá todavia; ¿obedecer como ciego, someter su voluntad, su juicio, es esto pensar, vivir como hombre? Sí; y es tambien haber hecho gloriosas conquistas en la carrera de la dignidad humana; esto debe aumentar mas el espanto: voy á esponer esta horrorosa doctrina.

"¡Desgraciado, dice la Escritura, del que marcha en su "camino y se sacía de los frutos de sus propios consejos! "Desgraciado del que se cree libre, cuando él no es determi- "nado por otro, y que no siente que es dominado en su inte- "rior por un orgullo tiránico, por pasiones insaciables, y tam- "bien por una sabiduria que, bajo una apariencia engañosa, "es frecuentemente peor que las mismas pasiones!" Fenelon es quien habla así (¶); yo diré despues de él.

¡O Dios mio!; ¡cuánto deseara yo estár muerto á mí mismo, y ser aniquilado, como lo entendian S. Ignacio y S. Francisco! mi ambicion toda entera seria satisfecha en este mun-

---

[*] *S. Bonan. vita S. Francisci c.* 60.
[†] *S. Francisci Asis. opera colloq.* 40 *in-fol. Lugduni.* 1653. *pág.* 80.
[‡] *De Inst. renunt. l.* 12. *c.* 32.
[§] *S. Basil. opera, edit. Bened.* t. 2. *pág.* 573.
[¶] *El cristianismo presentado á los hombres del mundo.*

do. No faltan almas piadosas y contemplativas, que aceptarán y comprenderán este lenguage; pero para hacerlo entender á todos, invocaré en mi auxilio á los elocuentes y sábios génios que han fecundado á la iglesia, y derramado en abundancia los frutos de vida en el seno de las naciones: ellos aparecerán, y dirán mejor que yo cuán necesario es morir á sí mismo para vivir bien.

Yo escucho á S. Pablo: „Vosotros estais muertos, y "vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo..... Nosotros estamos sepultados con él en la muerte.... Por lo qué "á mí toca, yo muero cada dia..... Yo estoy muerto y crucificado para el mundo, y el mundo muerto y crucificado para mí..... Pero mi vida es Jesucristo solo..... Nosotros "somos como moribundos y nosotros vivimos todavia" (*).

Si el idioma de S. Ignacio parece estraño, debe á lo menos convenirse, en que S. Pablo le habia dado un buen ejemplo. El apostol de las gentes nos revela aquí todos sus mas admirables secretos, y nos descubre la fuente en que habia ido á tomar la fuerza y la victoria entre las largas luchas de su apostolado. Muriendo, pues, de esa manera, al mundo, á sí mismo, á sus voluntades y deseos, á todo lo que no era Dios, fué como él arrostró tan increibles trabajos, corrió una carrera tan gloriosa y salvó á tantas almas.

Este lenguage de S. Pablo habia sido usado ántes de él por una boca divina. ¿Y qué otra cosa significa esta leccion: „Si alguno quiere venir en pós de mí, que se renuncie á sí mismo, que lleve su cruz y que me siga"; sino esta abnegacion íntima, que es la muerte en nosotros de la voluntad y del pensamiento propios, de esta falsa energia que nos mata, mientras que renunciándonos á nosotros, vivimos de esta noble vida que el Señor enseña?

¿Qué significa este otro documento del Salvador. „Es "necesario nacer de nuevo?" Pero para renacer, es preciso que ántes se haya muerto.... y morir no es otra cosa que obedecer: porque obedeciendo, es principalmente como el alma se despoja de esta vida facticia y corrompida, que el orgullo le ha dado, y que ella se regenere en el seno de la vida nueva, que la humildad le trae con la gracia.

Pero hay una palabra de Jesucristo, que el hombre apos-

[*] *Mortui estis et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* Coloss. c. 3. v. 3.—*Consepulti sumus cum illo in mortem.* Rom. c. 6. v. 4.—*Quotidie morior.* 1. Cor. c. 15. v. 31.—*Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Gal. c. 6. v. 14.—*Mihi autem vivere Christus est.* Philip. c. 1. v. 21.—*Quasi morientes. et ecce vivimus.* 2 Cor. c. 5. v. 9.

tólico debe meditar profundamente sobre todas las demás: "El grano de trigo, si él no muere, queda solo; si él muere "él produce mucho. Así, el que ama á su alma la perderá; y el "que ódia su alma en este mundo, la guarda para la vida eter- "na" (*). ¿Y bien? yo insisto aun en preguntar ¿qué cosa es este ódio de sí, esta muerte voluntaria y sumamente deseable para vivir y fructificar? Qué cosa es? ¿Se blasfemará contra la palabra evangélica?

Pues es la sabiduria increada la que nos dice: es necesario que vosotros murais, que seais sepultados en la tierra, que os desaparezcais en el abatimiento de vosotros mismos y en la abnegacion; y despues vosotros revivireis. Se os volverá á ver, reaparecereis llevando los frutos de vida. Por la muerte vosotros vendreis á ser la sal que conserva, la luz que esclarece, el manjar de las almas y el trigo de Jesucristo.

S. Pablo ha querido enérgicamente espresar en la persona misma del Salvador, este principio divino de gloria y de vida, cuando ha dicho: él se ha aniquilado, *exinanivit;* él se ha hecho obediente hasta la muerte, *obediens usque ad mortem*. S. Ignacio, en su ley de obediencia, no ha querido espresar otra muerte, que esta hermosa y fecunda vida, definida por Jesucristo y por S. Pablo.

¡O bienaventurado Padre mio! yo no tenia necesidad de que la autoridad de vuestros preceptos fuese jamás justificada en mi presencia. La palabra por la que me ordenais morir obedeciendo, es el mas puro y el mas generoso espíritu del evangelio. Yo lo creo con todas las fuerzas de mi alma, y lo proclamo á la fáz de este siglo, que puede ser comprenda ahora mejor mi lenguage: yo no he encontrado la paz y la vida, sino en el pensamiento de esta muerte á mí mismo.

Que se me cite uno de los grandes nombres de que se honra la iglesia católica, por quien esta sublime doctrina no haya sido enseñada. Vosotros admirais á Bossuet; tomad sus discursos sobre la vida oculta: este es un magnífico comentario del testo del evangelio, y al mismo tiempo de la célebre palabra de S. Ignacio (†) Este discurso es muy largo para

---

[*] *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.* Matth. c. 16. v. 24.—*Oportet vos nasci denuo.* Joan. c. 3. v. 7.—*Nisi granum frumenti..... mortuum fuerit, ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert.—Qui amat animam suam perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam.* Joan. c. 12 v. 24.

[†] *Bossuet, obras: t.* 10. *pág.* 315. *edic. de Versalles de* 1816.

que yo lo refiera, muy bello para que yo lo desfigure citando fracmentos. Es necesario leerlo todo entero. Yo no referiré sino esta sola palabra de Bossuet: „Lo que es un muerto para otro muerto, tal es el mundo para mí y yo para el mundo" (*).

El génio tan profundo, tan piadoso de Fenelon, no debió olvidar este estado de muerte espiritual. ¡Cuántas veces él lo presenta! „¿Qué debe hacerse? escribia. Es necesario renunciarse, olvidarse, perderse.... ó Dios mio, no tener mas voluntad ni gloria que la vuestra....— Dios quiere que yo me mire á mí mismo como miraria á un ser estraño...... que yo lo sacrifique sin rodeo, y que yo lo entregue todo entero y sin condicion, al criador de quien lo recibí...." (†). ¿Y este grito de S. Agustin, que se ha mirado como uno de los esfuerzos mas sublime de su grande alma, seria tambien una locura? „¡O morir á sí mismo, ó amar, ó ir á Dios! *¡oh perire sibi, oh amare, oh ire ad Deum!*" ¿Fenelon tambien; qué pretendia esclamando? „¡O Salvador, yo os adoro, yo os amo en el sepulcro, yo me encierro en él con vos.... yo no soy mas del número de los vivientes? ¡O mundo, ó hombres! olvidadme, arrojadme á vuestros pies; yo estoy muerto, y la vida que me está preparada será oculta con Jesucristo en Dios" (‡).

Tal es, pues, la muerte apreciable que realiza maravillosamente la obediencia religiosa: holocausto viviente y verdadero, en que el hombre por completo se inmola á Dios, á sus hermanos, á todas las obras grandes y gloriosas.

Vosotros no lo comprendeis, espíritus soberbios de este tiempo, instruidos en complaceros en todos los sueños ambiciosos de la razon humana, en todas las quimeras de independencia; yo lo concibo: pero por favor, guardaos de blasfemar lo que ignorais; lo que los santos y los mas bellos génios han conocido, lo que nos han legado al morir en sus testamentos religiosos.

Vosotros no podeis comprender, y sin embargo algunas veces gemís: ¡ah! la tierra tiembla bajo vuestros pasos, y vosotros suponeis cuestiones sábias para definir qué azote destruye á la humanidad. ¡Cosa estraña! se os vé al mismo tiempo, ébrios de un loco orgullo, cantar sobre un abismo; y sin cesar, vacilantes en la vida, celebrais el poder desenfrenado de pensarlo todo, de decirlo todo, cuyo exceso para vosotros

---

[*] *Ibid.* t. 9. *pág.* 523.
[†] *Fenelon:* Necesidad de conocer á Dios, t. 18. *de sus obras pág.* 281. y 285–*Paris* 1823.
[‡] *Ibid.* Sábado santo *pág.* 125.

mismos es temible. Vosotros triunfais con esta fuerza que trastorna todo sin edificar nunca: ¡bien! pero otros han juzgado que reconquistarian la libertad, el orden y la paz de sus almas, sometiendo su voluntad á la divina, renunciando en las manos de Dios y de una autoridad que él establece, esta potencia de error, de turbacion y de crimen, que subyuga el corazon del hombre. Sublevarse contra Dios, rechazar insolentemente su yugo, es tan facil como desastroso. Domar el orgullo violento, el pensamiento inquieto, las pasiones ciegas y todo ese *Yo* desarreglado, cuya independencia nos envilece y nos mata, esto es libertarse y vivir: esto es entrar en un imperio verdaderamente fuerte y pacífico, donde Dios reina, donde el hombre obedeciendo reina tambien; porque él hace el mas noble uso de su poder y de su libertad. Y si le es costoso morir de esta suerte á esta falsa y funesta vida; si le cuesta conformar la inteligencia y los deseos á la sábia direccion que dá la religion, y que el mismo Dios reviste de su autoridad, tambien es el mas valeroso, el mas glorioso, el mas fecundo de los sacrificios, el de sí mismo, y la victoria alcanzada sobre los mas indomables enemigos del hombre, su espíritu y su corazon.

¿Pero qué es lo que muere aquí? Lo que no es digno de vivir, lo que dá la vida al alma en apartándose de ella: el orgullo, la ligereza, la vanidad, el capricho, la debilidad, el vicio, la pasion. No debe morir, al contrario, se reanima, se fortifica lo que es digno de la vida, es decir, el olvido de sí mismo, la virtud, el ánimo, el verdadero valor.

Así es como obedeciendo el hombre, se hace dueño de sí mismo, se eleva y engrandece con una sencilléz magnánima, en toda la distancia que separa la verdadera servidumbre, de la verdadera libertad.

¡O esclavitud, que la insolencia humana no tiene vergüenza de llamar libertad! decia Fenelon; y esta es la esclamacion de una grande alma y de un bello ingenio.

Asi el religioso deja de ser ya esclavo; él no sirve mas al génio, al capricho, álos sentidos, al orgullo, ni á las pasiones; él ha puesto á los pies á sus tiranos. El es libre y vá por camino seguro: la verdad y la prudencia dirigen sus pasos. El es libre; porque obedece á la sabiduria de Dios; y él obedece, para consagrarse á todas las obras útiles, á todos los sacrificios y á todos los trabajos, por el bien eterno de la humanidad.

„Soldado, tú irás á colocarte á la cabeza de este puente; tú quedarás en el sitio, tú morirás, nosotros pasarémos.—Sí, mi general!"

Tal es la obediencia militar, *perinde ac cadaver*. Por ella

el soldado sirve y muere; y la pátria no tiene bastantes coronas, ni suficientes voces para celebrar su heroismo y su grandeza.

„Mañana partireis para la China; la persecucion allí os aguarda, tal vez el martirio.—Sí, mi padre", *perinde ac cadaver;* tal es la obediencia religiosa. Ella constituye al apostol, forma al martir, y envia sus nobles víctimas á morir á las estremidades del mundo por la salvacion de hermanos desconocidos. Y véase por qué la iglesia le eleva sus altares, le decreta su culto, sus pompas, y sus cantos gloriosos.

Tal es la obediencia ordenada á un Jesuita. Vosotros habeis creido poder entregarla á la burla pública; os plugo despreciarla; dejadme á mí pensar que hasta este dia no la habiais comprendido lo bastante (*).

CAPITULO III.

DOCTRINAS DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

EL 6 de agosto de 1762, el parlamento de París espidió el decreto que pronunció la supresion de la Compañia de Jesus. Segun su parte espositiva que se puede mirar como una sentencia motivada, que no se usaba antiguamente en los juicios, los Jesuitas son culpables de haber enseñado *en todo tiempo y con perseverancia, con la aprobacion de sus superiores y generales:* „la simonía, la blasfemia, el sacrilegio, la mágia y el maleficio, la astrología, la irreligion de todos géneros, la idolatria y la supersticion, la impudicicia, el perjurio, el falso testimonio, las prevaricaciones de los jueces, el robo, el parricidio, el homicidio, el suicidio, el regicidio".

[*] *No es inútil hacer observar aquí, que la obediencia religiosa es esencialmente libre y voluntaria. El voto no tiene yá fuerza ni valor á los ojos de la ley; el religioso no podria ser obligado por ninguna autoridad exterior y civil al cumplimiento de sus deberes, como podria serlo en otro tiempo. La conciencia es en el dia su único dueño y su solo juez. El, pues, conserva legalmente toda su libertad; y en ningun momento su obediencia podrá ser forzada. Algunos espíritus podrán así asegurarse; y no nos reputarán tan dignos de lástima en un estado que hemos escogido, y que conservamos diariamente con el libre uso de nuestra voluntad.*

Lo que en esta nota dice el autor con referencia á Francia, es aplicable á los religiosos de ambos séxos en nuestra república, por haberse quitado mucho há entre nosotros la coaccion civil para el cumplimiento de los votos monásticos—T.

El catálogo no está completo. El mismo decreto refiere muchas denuncias y ochenta y cuatro censuras, que notan y condenan la moral y la doctrina enseñadas en la Compañía de Jesus, como „favorables al cisma de los griegos; atentatorias al dogma de la procesion del Espíritu Santo; favoreciendo el arrianismo, el socinianismo, el sabelianismo, el "nestorianismo; atacando la certidumbre de algunos dogmas "sobre la gerarquía, sobre los ritos del sacrificio y de los sacramentos; trastornando la autoridad de la iglesia y de la silla apostólica; favoreciendo á los luteranos, los calvinistas y "otros novadores del siglo XVI; reproduciendo la heregia de "Wicleff; renovando los errores de Tichonio, de Pelagio, de "los Semipelagianos, de Casiano, de Fausto, de los Marcilleses; añadiendo la blasfemia á la heregia; ofensivas á los Santos Padres, á los Apóstoles, á Abrahan, á los Profetas, á S. "Juan Bautista, á los Angeles; injuriosas y blasfemas contra "la Bienaventurada Virgen Maria; conmoviendo los fundamentos de la fé cristiana; destructivas de la divinidad de Jesucristo; atacando el misterio de la redencion; favoreciendo "la impiedad de los deistas; resintiendo el epicureismo; enseñando á los hombres á vivir como béstias y á los cristianos "como gentiles"; etc. (*).

Así todas las monstruosidades del espíritu humano, todas las heregias, todos los errores, *excepto solo el jansenismo;* todos los crímenes, todas las impiedades, todas las infamias fueron enseñadas por los Jesuitas, en todo tiempo y con perseverancia. Véase lo que yo veía escrito en el umbral de la Compañía de Jesus, cuando Dios me inspiró el pensamiento de abrigar allí mi vida. Yo era magistrado, yo era hombre: yo pasaba mas allá.

Las calificaciones que De-Alembert y Voltaire han hecho de este decreto, son múy conocidas, y subsisten todavia. La ley del sentido comun, que prevalece siempre en Francia, ha sentenciado tambien sin apelacion. Yo me limitaré á citar la opinion de Mr. de Lally-Tolendal; ella es notable por su gravedad.

"Confieso desde luego, que á mi juicio la destruccion de "los Jesuitas fué *un negocio de partido* y no de justicia; que "ha sido un triunfo orgulloso y vengativo de la autoridad judicial sobre la eclesiástica, mejor diria sobre la real, si pudiese esplicarme; que los motivos eran fútiles, y la persecucion bárbara; que la expulsion de muchos millares de sugetos fuera de sus casas y de su pátria, por metáforas comu-

[*] *Coleccion de decretos concernientes á los* llamados ántes *Jesuitas, en* 4.° *t.* 1. *pág.* 367. *Paris* 1766.

"ses á todos los institutos monásticos, por librejos sepultados "en el polvo y compuestos en un siglo en que todos los ca- "suistas habian profesado la misma doctrina, *es el acto mas "arbitrario y tiránico que se pueda ejercer:* que de esta gran- "de iniquidad resultó un desorden general, y especialmente á "la educacion pública se le dió una herida gravísima é incu- "rable hasta el dia.—Mr. Seguier, obligado por su corpora- "cion á tomar una parte activa en esta guerra encarnizada "contra esos religiosos, usó á lo menos cuanta moderacion y "dulzura pudo.... educado por ellos, podia juzgar cuanto se "les calumniaba" (*).

Pero dejando esto: dos puntos sobre todo, llaman mi atencion, y pueden bastar para decidirlo todo, y satisfacer al buen sentido y á la buena fé.

1. ° ¿La Compañia de Jesus tiene doctrinas que le sean propias?

2. ° ¿Qué espíritu la dirige en la enseñanza dogmática y moral de la religion?

Diré resueltamente que la Compañia no tiene, hablando propiamente, doctrina que sea suya: ella sigue las doctrinas mas comunmente autorizadas en la iglesia; y en cuanto á las opiniones libres, deja tambien la libertad de los espíritus en la union de los corazones. Tal fué el sábio pensamiento de su fundador, quien se propuso reunir la seguridad de la doctrina, con el espíritu de caridad y de zelo evangélico.

Un cuerpo tiene, sobre todo, necesidad de armonía y de paz interior: la union entre los miembros es su vida. La diferencia de opinion y de doctrina, dividiendo los espíritus, espone muy frecuentemente tambien á la division de los corazones. Se concibe, pues, que S. Ignacio ha recomendado á los religiosos de su Compañia, el evitar, *cuanto fuere posible*, esta diversidad de enseñanza y de opinion que destruyendo la union, quita la fuerza, y se convierte en ruina de la misma verdad. Los superiores deben cuidadosamente apartar el peligro (†).

Así es que con este objeto, y para velar tambien por la integridad de la doctrina, nuestras constituciones someten á un exámen y á una autorizacion preliminar, todos los libros que un religioso de la Compañia quiera publicar (‡). Esta garantía es necesaria; ella es moralmente suficiente. Pero jamás, sin embargo, como es fácil de conocer, ha pretendido la

---

[*] *Mercurio de 26 de Enero de* 1806.

[†] *Const. part. III. c.* 1. §. 18. *Exam. c.* 3. §. 11 *Inst. Soc. t.* 1. *pág.* 372 *y* 344.

[‡] *Const. ibid. pág.* 372.

Compañia por el empleo de estas sábias precauciones, que la menor doctrina ó enseñanza de cada uno de sus escritores ó de sus profesores, se convirtiese en la doctrina ó enseñanza de todo el cuerpo; ni que la aprobacion de tres ó cuatro examinadores y de un superior, imprimiese al libro de un Jesuita una sancion de verdad irrefragable, y es menester confesar que algunos autores Jesuitas, sus censores y superiores han podido equivocarse y se han equivocado.

Pero me parece evidentemente contrario á la justicia y al buen sentido, el imputar á todo el cuerpo las opiniones ó los errores de algunos miembros; lo mismo que repugna que los individuos sean tenidos por irreprensibles, y que el cuerpo sea criminal y condenable. Porque, en fin, los miembros sanos no formarán jamás un cuerpo vicioso. ¡Cuántas veces, sin embargo, no se ha cometido respecto de la Compañia de Jesus, la una ó la otra de estas inconsecuencias!

S. Ignacio, por tanto, para llegar al objeto que se proponia, ha trazado las reglas mas convenientes.

Yo no encuentro en ellas nada de esclusivo: nada que constituya en lo mas mínimo una doctrina singular y propia de la Compañia, muy al contrario; y con la mas ligera atencion, se tocará con la mano la estraña equivocacion en que ha caido la ceguedad de las prevenciones.

¿Cuales son, hablando con toda verdad, las doctrinas de la Compañia de Jesus? Lo que hay mas aprobado en la iglesia, lo que es la voz comun de los doctores, de aquél particularmente, que con tanta justicia ha sido llamado el príncipe y el angel de todas las escuelas.

En esta sábia direccion dada á nuestra enseñanza dogmática y moral, yo no veo ninguna traza de esta pretendida servidumbre impuesta á los espíritus. Yo encuentro allí una libertad sana, una libertad muy estensa, sin traspasar la linea del órden y la caridad; traduccion fiel y verdadera de la bella máxima de S. Agustin: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. Véase pues, el sentido de las palabras de nuestras constituciones.

"Que los nuestros sigan en cada facultad la doctrina mas "aprobada, y que ofrece mayor seguridad: *securiorem et magis "approbatam doctrinam*" (*). En teología, Santo Tomás, una de las mas bellas glorias de la iglesia y honor de la ilustre órden de Santo Domingo, es declarado el doctor propio de los maestros y de los discípulos de la Compañia de Jesus (†), sin sujetarlos, no obstante, á seguir á ciegas hasta sus menores

[*] *Const. part. IV. c.* 5. §. 4. *Inst. Soc. t.* 1. *pág.* 385.
[†] *Ibid. c.* 14. §. 1. *pág.* 307.

opiniones. Así en las cuestiones libremente controvertidas entre los teólogos, el Jesuita es libre para abrazar el partido que le convenga. Solamente se le recomienda la moderacion y la caridad (*), *in omnibus charitas.* Los escritores de la Compañía están llenos de citas de autores, que disienten entre sí. Se pueden leer; ¡y en qué se convierte en presencia de un hecho tan fácil de verificar; qué viene á ser, repito, esta doctrina particular á los Jesuitas y esta enseñanza de cuerpo, propia solo de ellos? No, vuelvo á decir, nosotros no tenemos doctrinas propias; nosotros podemos tener en esto un espíritu; lo que es muy diferente.

Mientras mas reflexione en esto, me admiro mas, hasta qué punto se ha podido abusar de la credulidad pública, y no puedo dispensarme de preguntar, adonde se han ido á buscar esas mostruosas quimeras inventadas en órden á las doctrinas de la Compañia, donde se supone que un solo y misterioso pensamiento dicta y sujeta á todos los pensamientos; que el cuerpo entero habla y enseña por la boca de cada uno; que el Jesuita ya no tiene el uso de su propia inteligencia, sino que se le impone el ageno, aun con respecto á las opiniones mas libres é indiferentes.

Asombrará esto acaso, pero es indispensable tomar con seriedad estas estravagancias, puesto que se encuentran tantos que les dén crédito. Yo no exijo mas, sino que se reflexione, que nosotros somos hombres como todos, y que no abdicamos ni la dignidad ni la libertad de un espíritu racional; y al efecto, únicamente he restablecido los principios que nos dirigen y que espresan los hechos. Resulta de ellos, que la Compañia no tiene ni puede tener doctrina que le sea esclusivamente propia. Nosotros adoptamos la doctrina mas comunmente recibida en la iglesia. Cuando sobre una cuestion no hay enseñanza comun y autorizada, somos libres para elegir la opinion que nos agrade, observando la debida caridad, como lo son todos los eclesiásticos y aun los cristianos. La intencion de S. Ignacio, no ha sido la de sujetar ni embrutecer los talentos, sino la de arreglarlos; ni fué la de proscribir toda libertad de opinion, sino de prevenir los abusos que de ella pudieran nacer.

Tales son nuestras reglas, cuanto á la doctrina, y tal es el verdadero carácter que presentan los numerosos autores de la Compañia de Jesus. Los que hablan de otra manera no los conocen.

Esto es lo que hace resaltar en toda su luz, la injusticia manifiesta de las acusaciones dirigidas contra algunos de

[*] *Congr. V. Decr.* 41. §. 5. *Inst. Soc. t.* 1. *pág.* 553.

nuestros teólogos, con motivo de ciertas proposiciones reprehensibles, los cuales son en muy pequeño número cuando se las reduce, como es preciso, á la regla que decide todo en la iglesia; la autoridad de sus definiciones.

¡Y bien¡ ¿estas proposiciones con que se ha armado tanta algazara, estas sutilezas casuísticas tan condenables, se han comprobado escrupulosamente? La *respuesta á las Aserciones* contiene á este respecto pruebas irrefragables: estas proposiciones no tienen por autores á Jesuitas: ellas eran comunes á un considerable número de teólogos domínicos, agustinos, franciscanos, miembros del clero secular y doctores de la Sorbona; y ya se enseñaban ántes de que naciera la Compañia; estos son hechos públicos y demostrados (*).

Pero, bien entendido, no se ha querido hacer un crimen á los otros, ni se quieren ver ningunas malas doctrinas que sean su obra y su propiedad esclusiva: sea enhorabuena. ¡Pobre Escobar! habeis pagado por todos: y sin embargo, no sois el único criminal; otros muchos lo eran ántes que vos. Pero por una cómoda y fácil jurisprudencia, todo es permitido y legítimo para nuestros adversarios, todo es honorífico, hasta las NOVECIENTAS falsificaciones que se ha demostrado haber en la obra de los *Extractos de las Aserciones*. ¡Paz á

---

[*] *Puede citarse en apoyo de cuanto se ha dicho sobre el libro de las* Aserciones, *las palabras de un autor muy opuesto á los Jesuitas, y que escribia en el acto mismo de su destruccion en Francia. Su intencion no es ciertamente la de compadecer su pérdida; pero los disculpa de las máximas odiosas que se les han querido atribuir esclusivamente, y que sirvieron de pretesto para condenar su instituto.* „*En vez de delito [dice él] "los parlamentos no han hecho cargo á los Jesuitas, sino de al- "gunas opiniones atrevidas, ó temerarias, algunos dogmas peli- "grosos, algunos principios erróneos de moral y de disciplina re- "ligiosa, que hoy se afecta no querer tolerar; finalmente ninguna "otra cosa sino especulaciones, que aunque justamente condena- "das por estas cortes soberanas, todas habian sido aprobadas "y autorizadas por la corte de Roma, tenidas por admisibles y "probables en la mayor parte de las escuelas de la Europa ca- "tólica, disputadas á veces y combatidas por las universidades "cuando estaban de mal humor; pero toleradas en el reino por mas "de dos siglos."— Estas palabras nos descubren como se vió el negocio de los Jesuitas en Francia en aquella época, y aun entre aquellas gentes que no podian serles afectas, como lo es sin duda este autor, cuyo espíritu y opiniones se descubren, en que supone* justamente condenadas por los parlamentos, doctrinas y prácticas aprobadas y autorizadas por la corte de Roma.—T.

sus cenizas! ¿Pero será mucho, demandar, que á lo menos ellas no mientan tanto en la muerte?

Sin embargo, si queda establecido que nostros nó tenemos doctrina particular y propia; es muy cierto por el contrario que tenemos, y diré mas, que debemos tener un espíritu entre nosotros. El objeto apostólico de la Compañia, la mayor gloria de Dios que se propone, la salvacion de las almas á que especialmente está consagrada, la universalidad de los lugares y de los ministerios que abraza, exigen una especie de espíritu y de direccion religiosa, que influye sobre las doctrinas y caracteriza una enseñanza.

Todo cuerpo religioso tiene necesariamente un espíritu que le es propio, que está en armonía con su fin, con las circunstancias que lo han hecho nacer, con las necesidades que lo han movido á instruir y adoptar. Para los unos, este espíritu será relativo al alivio de los pobres, al rescate de los cautivos, al trabajo ó á la oracion solitaria, para nosotros y para otros, este es el zelo de las almas, la defensa de la verdad, la propagacion del reino sagrado del evangelio.

Por poco que se estudien con atencion los autores de nuestra Compañia, en todos se encontrará este espíritu bien marcado; y yo nó temeré chocar de frente en esa materia con la preocupacion, y avanzar con motivo del espíritu que caracteriza nuestra enseñanza y nuestras doctrinas, una asercion que vá á parecer muy singular; pero tengo necesidad de publicar mi pensamiento libremente y con franqueza; porque si es cierto que la opinion es la reina del mundo, ella señala su imperio por los mas estraños caprichos.

Lo diré, pues: se ha hecho un crimen á ciertas gentes de lo que ellas han rehusado y combatido por todas partes, y siempre mas que todos los otros; se reprocha á su enseñanza la falta del principio que hace su fondo y su alma, y cuando en seguida hay precision de reconocer la doctrina que se buscaba, entónces se les hace un crimen de profesar aquello cabalmente de que se les acusaba por no haberlo profesado.

Tal es nuestra historia: ¿se querrá una vez á lo menos estudiar con imparcialidad?

Se nos ha objetado no hace mucho, el embrutecer la razon y sujetar la libertad humana. ¡O Dios mio! todos los clamores reunidos, nos reprochaban en otro tiempo el favorecerlos mucho; nosotros eramos la Compañia pelagiana: ¿y quien ignora que Pelagio es el promovedor exagerado y falso de la razon y de la libertad natural? ¿Entre todas estas imputaciones contradictorias, á cual debe estarse? Nosotros nos hemos mantenido constantemente entre estos dos estremos firmes al lado de la columna inmutable de la verdad.

Yo puedo afirmarlo, nuestro espíritu consiste siempre en una verdadera tendencia á guardar los derechos de la libertad humana y de la razon. Lutero, Calvino, el jansenismo, un grande número de filósofos del último siglo, quisieron imponer á los hombres el dogma embrutecedor del fatalismo; nuestra Compañía lucha constantemente en favor de la libertad. ¿Es este su crimen? En efecto, ella no ha sido el blanco de un ódio tan inveterado, ni ha venido á ser la víctima de tantas persecuciones, sino por haber sin cesar rechazado de la enseñanza católica las doctrinas opresivas y desesperantes El protestantismo de Alemania y el jansenismo de Francia bastan á probarlo.

Sacar de la servidumbre realmente á las almas; volver á la libertad y á la razon humana sus verdaderas prerrogativas, sin dejarlas jamás decaer; hacerles aceptar noblemente la dignidad, los derechos eminentemente racionales de la fé y de la autoridad, que no destruyen en nosotros sino el orgullo de las preocupaciones y los sufrimientos del desorden; confortar la debilidad de la naturaleza; consolarla y darle ánimo, para conducirla bajo la accion de la gracia al grande fin de los destinos inmortales; esto es lo que una sociedad de apóstoles debia proponerse en todos sus esfuerzos; este es el sentimiento y el voto espresado por todas las doctrinas de la Compañía: tal es su espíritu.

En cuanto al probabilismo, sobre el que con la mayor frecuencia se habla sin saber lo que se dice, yo no haré aquí una leccion de teologia sobre un punto de doctrina tan largamente, sí, muy largamente controvertido. Yo no diré sino una palabra; y ella sola bastará.

Yo manifestaré únicamente la razon, sobre que se apoyan los teólogos graves y numerosos que han abrazado el probabilismo: esta razon no es despreciable. Se verá que el probabilismo no consiste en esta necedad de multitud de gentes que entienden por él, que el bien y el mal son en todos casos igualmente probables.

El hombre es libre: la ley del deber no puede encadenar la libertad, sino tanto, cuanto la obligacion es cierta. Una ley incierta ó desconocida no es una ley: ella no quita al hombre el derecho cierto de la libertad de sus actos. Luego cuando para la conciencia hay una duda prudente y fundada, tocante la existencia de la ley ó del deber; cuando se le presentan graves motivos y graves autoridades, de tal naturaleza que pueden persuadir á un hombre sábio, y que tienden á establecer que la obligacion no existe, que ella es á lo menos dudosa é incierta; entónces hay en favor de la libertad lo que se llama la *opinion probable*. Así, continúan estos teólogos, en-

la duda, despues de un exámen racional, y en estas consecuencias remotas y obscuras de la ley primera, donde la obligacion no es suficientemente cierta y definida, el hombre es libre, y no está ligado por el precepto: este precepto no es ley; es verdaderamente probable que él no existe; la libertad dura aun, y no está restringida. Véase el probabilismo entendido sanamente. El no hace sino anunciar un principio profundamente filosófico y moral: á saber, que toda ley cierta obliga, pero que una ley incierta no induce obligacion. Se podrá *aconsejar* lo mas perfecto, lo mas seguro; exhortar á ello, elegir sobre todo para sí mismo; pero *obligar siempre* á los otros, es un rigor que no está escrito en ninguno de nuestros códigos divinos. Tal es la opinion de los teólogos de que he hablado. Lo que acabo de decir hará conocer tal vez, que esto es una cuestion realmente séria, y sobre la cual la ligereza de las opiniones mundanas no tenia que mezclarse.

Muchos teólogos de la Compañia de Jesus han combatido el probabilismo. Uno de nuestros generales, el P. Tirso Gonzalez, ha escrito contra esta doctrina lo mas fuerte que conozco. Otros en grande número entre nosotros lo han admitido. Esta era además una doctrina comunmente enseñada ántes que los Jesuitas existiesen; y si de un golpe se la ha hecho salir de las escuelas, para presentarla á la gran luz de una controversia, tratada á los ojos del mundo, ha sido porque en ella se encontraba un fácil espantajo para las conciencias poco ilustradas: fué porque esta palabra de probabilismo se convertia en un grito de guerra, tanto mas propio para encender las pasiones, cuanto que él nada decia á la inteligencia.

Así á pesar del génio de Pascal, cuyas lineas mofadoras no pueden sostener una discusion séria y teológica, los excesos de algunos casuistas, sus sutilezas, las burlas y las injurias fáciles de sus adversarios, no cambian en nada los fundamentos sobre los cuales, teólogos muy sábios han creido que el probabilismo, contenido en justos límites, no era sino una espresion del espíritu de libertad y de caridad evangélica; grandes santos lo han enseñado asi tambien.

Ya no me estenderé mas sobre esto, y me limito á resumir tres hechos: ántes de la existencia de la Compañia el probabilismo era comunmente enseñado en todas las escuelas de teologia; en la Compañia él fué atacado con las mas fuertes razones; él fué sin embargo, enseñado tambien por muchos Jesuitas, y no obstante, á nosotros únicamente se nos echa en cara.

Hay otra doctrina cuyo nombre inspira el mismo terror que una tempestad, y parece todavia amontonar so-

bre nosotros sombríos nublados; yo quiero hablar del tiranicidio.

Yo no lo discutiré aquí; una ley severa de la Compañia me lo prohibe terminantemente: á 1.° de agosto de 1614 el P. general Aquaviva dictó un decreto que aun está en vigor. Por él está prohibido, en virtud de santa obediencia y bajo pena de escomunion, á todo religioso de la Compañia, afirmar en público ó en particular, y enseñar de palabra ó por escrito, ó contestando á los que piden consejo, ser permitido só pretesto de tiranía, asesinar á los reyes, &c. Yo no haré aquí de teólogo, solo referiré la historia.

En el tiempo de la edad media, la cuestion de la legitimidad del tiranicídio, *en ciertas circunstancias*, habia ocupado á los mas grandes talentos, y Santo Tomás (*de Regimine Principum* libro 1.° cap. 6 y 8) no titubeó en resolverla en sentido afirmativo. La profunda estabilidad del principio de los gobiernos, se ligaba con la profunda independencia de las teorías, en materia de filosofia y de teologia.

Vinieron tiempos en que esta formidable doctrina, que habia como dormido en los libros, fué trasportada á la arena de las pasiones políticas y de las disensiones religiosas: esto fué en el siglo XVI.

Un zelo ardiente, á veces digno de lástima, habia como absorvido la caridad, y no dejaba yá casi en los corazones, sino los instintos de la defensa; instintos tan temibles en las reuniones de hombres, como en el individuo entregado á sí mismo. Se buscaba entónces toda especie de armas; y no podian menos que apoderarse de la doctrina del tiranicídio. Católicos y protestantes en el ardor de sus pasiones inflamadas se asieron de ella.

Pero esta doctrina imputada á los Jesuitas, está tan lejos de serles particular, que la Sorbona fué en enero de 1589, quien dió la señal del desborde de las pasiones tiranicidas contra el rey Enrique III. Los mas fogosos predicadores de este dogma sangriento fueron ciertas personas, cuyos nombres quiero callar aquí; pero que notoriamente no pertenecian á la Compañia de Jesus. Las relaciones de la liga se hallan en manos de todo el mundo, y allí puede rectificarse este aserto. Algun tiempo despues se oyó hablar de la adhesion de algunos Jesuitas á esta doctrina; aunque se contentaron con reproducir la opinion de Santo Tomás. Uno solo, *Mariana*, hombre de una inteligencia superior, pero de un carácter ardiente é indócil, sobrepasa el límite fijado por el ilustre y santo doctor.

El libro *de Rege* apareció; él fué desaprobado en Roma por el P. general Aquaviva, y la edicion fue suprimida. Pero un ejemplar cayó entre las manos de los protestantes, lo que era una gran fortuna para poderlo oponer eternamente á

los Jesuitas. Por el empeño de los protestantes el libro *de Rege* fué impreso y circulado (*).

Entónces fué cuando el P. Aquaviva espidió su decreto. Así es, que desde 1614 ningun autor Jesuita ha hablado del tiranicídio, ni ha podido hablar; no importa, en 1762 todos los Jesuitas fueron condenados como fautores del regicidio, y en 1844 ellos gimen aun bajo el peso de esta absurda inculpacion. Es necesario reconocer que la justicia y la verdad son singularmente entendidas y aplicadas al gunas veces.

Yo resumo: nosotros no tenemos doctrinas que nos sean propias; seguimos las doctrinas mas comunmente enseñadas en las escuelas católicas; nosotros tenemos y debemos tener un espíritu propio, como lo tienen todas las comunidades religiosas. El nuestro que es un espíritu de zelo por la salvacion de las almas, nos dirige siempre á defender los verdaderos principios, que protejan contra todos los excesos, y mantienen en sus justos derechos la libertad y la razon humanas.

En cuanto al probabilismo y al tiranicídio, lo que yo he dicho demuestra suficientemente, como la justicia distributiva se practíca respecto de nosotros.

CAPITULO IV.

MISIONES DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

NUNCA ha habido en el mundo palabra mas poderosa y fecunda, que la que se pronunció un dia, de lo alto de una montaña de la Judea, para cambiar los destinos del universo; *Id, enseñad á todas las naciones* (†).

Entónces apareció sobre la tierra una fuerza desconocida de regeneracion moral y de civilizacion verdadera, que debia perpetuarse y vivir indestructible, en medio de las revoluciones y de las ruinas. Este poder maravilloso se nombra el *Apostolado*.

Desde los primeros momentos, la iglesia de Jesucristo abraza en la efusion de su zelo la universalidad del género humano. A los pescadores galileos se dirige este mandato profético de Dios, que queria reunir, á la claridad de la luz evangélica, bajo su reino de amor y de verdad, á las naciones estraviadas: „Id, pasad hasta esas costas remotas que me es-

---

[*] *Sobre este hecho se puede consultar entre otros monumentos una carta dirigida á la reina regente. madre de Luis XIII. por el padre Coton. Esta carta es referida por los autores de la* Respuesta á las Aserciones, *y se encuentra en diversas colecciones.*

[†] *Matth.* c. 28.

"peran. Levantad mi estandarte á los ojos de los pueblos...
"Yo enviaré, dice el Señor, á los que he elegido á las nacio-
"nes que están mas allá de los mares. Ellos lanzarán los dar-
"dos ardientes de su palabra ácia la Africa, la Lidia, la Gre-
"cia, la Italia, ácia las islas lejanas, ácia los que no han oido
"hablar de mí, que no han visto mi gloria; y anunciarán mi
"ley á las naciones" (*).

El ministerio apostólico comienza: los generosos soldados del crucificado se lanzan en la carrera; y se dividen las conquistas del universo por su palabra. Estos nuevos conquistadores van á reunir bajo la bandera triunfante de la cruz, pueblos innumerables.

El indio, el escita, el persa, el árabe, el etíope han escuchado su voz, que ha resonado como un poderoso trueno hasta las estremidades del mundo; y las naciones despiertas de un largo sueño, han saludado con alegria la luz admirable y el dia libertador del evangelio.

Pablo perseguidor, arrojado á tierra sobre el camino de Damasco, se levanta apostól intrépido. El irá á gloriarse delante de los sábios de Roma, de Atenas y de Corinto, de no saber otra cosa sino á Jesus crucificado. Su enérgico lenguage asombrará al Areópago; á su vista el proconsul romano temblará sobre su silla; el filósofo prestará oido á la estraña novedad de su doctrina; y el mismo palacio de los césares escuchará de su boca el evangelio de la cruz.

Pero será Simon Pedro, quien principalmente plantará la cruz en el seno mismo de Roma, donde regada con torrentes de sangre cristiana, vá á crecer y á fructificar como un arbol inmenso, cuyos ramos cubrirán la tierra. Bajo su sombra tutelar, muy pronto vendrán á colocarse todas las naciones dadas por herencia à Jesucristo; y Roma por la cruz, por el pontífice que la lleva, y que la levanta perpetuamente á los ojos de la gentilidad, estenderá mas lejos sus conquistas, que las habia estendido ántes por el valor de sus soldados y la fuerza victoriosa de sus armas.

Tal fué la primera mision, que aun dura y durará hasta el fin de los siglos. Siempre entrará en los designios de Dios, que el apostolado sea la gloria y la vida misma de la iglesia.

Esta repite sin cesar á sus sacerdotes la palabra del Salvador, diciéndoles: „Id, id á enseñar á todas las naciones". y desde el foco poderoso de las luces, del centro de la unidad católica, parten fielmente cada dia los generosos succesores de los apóstoles, marchando como sus predecesores á la pacífica y santa conquista de las almas.

---

[*] *Isai.* c. 60. y *sig.*

Sobre sus huellas, con la virtud y la verdad, se vén aparecer las ciencias, la civilizacion y todas las instituciones bienhechoras. Mientras que estos grandes corazones, urgidos por el zelo, parecen no obedecer sino al instinto sublime del sacro apostolado que los conduce, ellos llevan al mismo tiempo consigo, y dispensan á lo lejos sobre las costas estrangeras, todas las influencias morales y caritativas: ellos inspiran á los pueblos el amor del órden, la moderacion, la justicia, la verdadera libertad, y todas las virtudes sociales que hacen verdadera su dignidad y su dulzura á las afecciones de familia y de pátria.

Sin romper ninguno de los lazos, con que plugo á la Providencia apegar al hombre al suelo que lo vió nacer, y respetando religiosamente todas las condiciones que fundan la nacionalidad de un pais; el misionero acerca las distancias: por su medio el antiguo mundo dá la mano al nuevo; ayuda á la alianza de los dos emisférios; deja en pós de sí los caminos náturales al cambio de las producciones y las industrias; abre las capitales y los puertos á las negociaciones políticas y comerciales; y algunas veces tambien envia á la silla de Pedro y al trono de los grandes imperios los gajes de una union gloriosa y de provecho.

¡Desgraciado de mí, si yo no evangelizo! *Vae mihi, si non evangelizavero,* grita en todos tiempos, con el grande Pablo, el apóstol cristiano; y en esta inspiracion sobrehumana están verdaderamente contenidas todas las fuerzas del principio civilizador. El cristianismo se estiende por un poder que oculta profundamente en sí mismo; se derrama como las aguas ingotables de una fuente inmensa, que provee el curso prolongado de los grandes rios, y vierte por todas partes con ellos los tesoros de la fecundidad. ¡Cosa admirable! esta fé tan austéra y de que tan horrorosa idea presentan los filósofos, se dilata sin cesar, toca á todos los tiempos y á todos los lugares; y purifica, eleva, une, calma y consuela á la humanidad.

Tributemos al cielo gracias inmortales, perque no han faltado entre nosotros, ni faltarán jamás, corazones de apóstoles, que arrancándose ellos mismos á todos los lazos de familia y de pátria, vayan con alegria á las estremidades del mundo á llevar la buena nueva del evangelio.

„¡Cuán hermosos son los pasos de estos hombres, que "se vén venir de lejos conduciendo la paz, anunciando los "bienes eternos, predicando la salud y diciendo: ó pueblos se-"pultados en la sombra de la muerte, vuestro Dios reinará so-"bre vosotros" (*).

[*] *Isai.* c. 52 v. 7.

Por esta mision perseverante y por el trabajo regenerador del apostolado, la juventud de la iglesia y su gloria se renuevan sin cesar, la belleza de los antiguos dias se perpetúa; y al mismo tiempo queda probado que la civilizacion es inseparable del cristianismo: ella no se encuentra donde este no ha aparecido; desaparece cuando él se aleja.

Se ha dicho, y es muy cierto: „No se puede citar un so-"lo pais en que la antorcha del evangelio se haya estinguido, "y que no haya vuelto á recaer en la barbarie"

Pero la luz apagada volverá en el dia señalado por nuevas misericordias; el apostolado proscrito devolverá á las playas inhospitalarias la piedad y la civilizacion. Tal es su historia, tal es su irrevocable destino. El es aquél rayo divino que no se puede encadenar ni destruir. El sol no vuelve atrás sus pasos ante los clamores del ódio: la fé evangélica hace lo mismo; y el sacerdote de Dios, su invencible órgano, puede ser inmolado, jamás vencido. Muriendo se hará escuchar todavia; la voz del martir es inmortal. De su sangre se verá renacer una posteridad generosa, que perpetuará el grito de su apostolado hasta el fin de los tiempos. Porque las persecuciones pueden muy bien teñir de sangre la tierra, y poblar el cielo con sus víctimas; las potencias tiránicas, que han conocido siempre, que su tiranía debia caer en presencia del cristianismo, podrán muy bien embrabecerse y armarse por todas partes contra la iglesia y sus ministros; ¿pero qué ganarán con esto? Ellos quieren matar la fé y sus apóstoles: el apostol y la fé vivirán siempre: siempre trabajarán en sacar de la servidumbre á las almas, y se consagrarán á establecerlas en la santa y gloriosa libertad de los hijos de Dios. Por prenda de perpetuidad, ellos tienen la autoridad infalible de las divinas promesas; y vivirán para perdonar, para bendecir, para ilustrar, para curar, para luchar siempre contra todas las potencias del mal, con las armas de la verdad, de la virtud y de una inagotable caridad.

Así obran, así mueren, y viven los misioneros.

Permítaseme decir, que este fué tambien uno de los atractivos poderosos que me llamaron á la Compañia de Jesus, y me fijaron en ella con una resolucion inalterable; y quien ha arrancado ahora de mi pluma esta efusion de encomios á la gloria del apostolado católico.

S. Ignacio en su noviciado de Manresa comprendió bien el pensamiento católico y la divina institucion del apostolado; y desde entónces lo bosquejó en su libro de los *Ejercicios espirituales*, segun hemos visto.

El mismo Santo no ambicionó al principio otra gloria, que la de ir con sus compañeros á la tierra santa á anunciar

la redencion, en los mismos lugares donde se verificó y que fueron los testigos: con este objeto fué á ponerse á los pies del succesor de S. Pedro á ofrecer los votos y la sumision fiel de su Compañia naciente.

El papa lo recibe con agrado; pero la reforma acababa tambien de nacer y de turbar la Europa. S. Ignacio habia tenido el pensamiento de la tierra santa y de los paises infieles; él habia deseado conducir la luz del evangelio á los lugares que ella ilustró con sus primeros rayos. La Providencia, que en el curso de los tiempos fija su data á los trabajos del apostolado, segun las necesidades de la iglesia, marcó tambien el lugar de la Compañia de Jesus, al frente de los esfuerzos repetidos del cisma y de la heregia; y los hijos de Ignacio, fueron admitidos al servicio de la silla apostólica para combatir las funestas innovaciones de la reforma.

El grande Benedicto XIV. ha hecho solemnemente esta observacion: „Como Dios, dice, suscitó otros santos en otros "tiempos para urgentes necesidades, así opuso á S. Ignacio y "á su Compañia, á Lutero, y á los hereges de esa época"(*).

Ignacio contaba apenas diez sacerdotes reunidos bajo su obediencia: él debia enviar tres á Alemania. La Inglaterra, Portugal, Italia y España se dividieron los otros; y para comenzar desde su origen los trabajos del apostolado lejano, no hubo mas que uno para las Indias; uno solo: es verdad que él se llamaba Francisco Xavier.

Fabro, Jayo, Bobadilla, fueron á colocarse por las órdenes de Paulo III, al foco mismo del incendio del protestantismo y en lo mas fuerte de sus estragos.

Fabro, el primer sacerdote de la Compañia, se dirige desde 1540 á Wormes, á Espira y Ratisbona, donde obtuvo la confianza universal, gana todos los corazones, y afirma venturosamente la fé de los católicos vacilantes. S. Ignacio lo llamaba el angel de la Compañia: S. Francisco de Sales convirtió en capilla la cámara en que nació.

En 1542 él vuelve aún á Alemania, reforma el clero, reanima el valor de los fieles. Espira y Maguncia vieron en particular los sucesos de su zelo. En Colonia, se opone con energia al arzobispo, infectado del veneno de los nuevos errores; y se puede decir, que esta antigua é ilustre ciudad debió al P. Fabro el no ser presa de la heregia. Ella eleva hoy

[*] Benedicto XIV. breve de 1748: *Constantem omnium sensum, pontificio etiam confirmatum oraculo, omnipotentem nimirum Deum, sicut alios aliis temporibus sanctos viros, ita Luthero ejusdemque temporis haereticis Sanctum Ignatium et institutam ab eo Societatem objecisse.*—Inst. Soc. t. I. pág. 237.

su frente coronada de todas las glorias de la constancia.

Jayo y Bobadilla, ambos tambien del número de los primeros compañeros de Ignacio, fueron enviados en 1542 por el papa Paulo III, á Alemania. Su saber y su zelo opusieron un dique poderoso al torrente de la heregiá en las ciudades de Ratisbona, Ingolstad, de Dilinga, Saltzbourg, de Wormes, de Viena y otras muchas.

En 1545 y 1551, otros dos de los primeros padres de la Compañia, Lainez y Salmeron son enviados por el papa al concilio de Trento en calidad de teólogos. Se sabe la confianza que los padres del concilio les testificaron. Lainez cayó enfermo: las sesiones se suspendieron, y solo se tenian cuando él podia asistir; y al mismo tiempo estos dos hombres sábios consumados, pobres y fieles religiosos, se hospedaban en Trento en el hospital, barrian las salas, servian y curaban á los enfermos, catequizaban á los niños, y pedian limosna para vivir. Ignacio se los habia ordenado así, queriendo que se encontrase siempre la humildad apostólica, al lado del zelo y de la ciencia.

Fabro y Jayo fueron á su vez llamados del teatro de los combates evangélicos, para asistir á las sesiones del concilio, y tomar en él parte en la discucion de los intereses de Alemania.

Bien pronto, Pedro Canicio y Pablo Hoffeo, nuevos y dignos hijos de la primitiva Compañia, se vieron mas allá del Rhin ponerse al frente de la segunda generacion de los reformadores. Sus inmensos trabajos confunden la imaginacion; correspondieron á ellos sus sucesos, y el emperador Fernando II. decia de estos dos religiosos, que una gran parte del imperio les debia la fé (*).

Despues vinieron esas instituciones, esos colegios, esas universidades y esos seminarios fundados por todas partes; esas obras sin número emprendidas en beneficio público; esas controversias sostenidas con lustre; esa predicacion de la palabra de Dios, difundida con una prodigalidad inagotable; en fin, esa accion valerosa y siempre presente, por la cual los Jesuitas en Alemania, en Inglaterra, en Francia, por todas partes donde la reforma amenazaba sus invasiones, se diri—

[*] *El piadosisimo Alberto, duque de Baviera, esplicaba este mismo concepto, aplicando por lo que toca á la Alemania, á estos dos padres que llevaban respectivamente los nombres de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la antifona que en la fiesta de estos canta la iglesia:* Petrus et Paulus, ipsi nos docuerun legem tuam, Domine.— *Para todos estos hechos puede consultarse la Historia de la Compañia, part. I. pág.* 66. *y* 347.

gieron contra ella como centinelas vigilantes, como intrépidos combatientes, aun con peligro de su vida.

Otros dirán si la mision de la Compañia fué desempeñada entónces por ella, y si es cierto que fué uno de los instrumentos de que se sirvió la mano de Dios, para fijar límites á los funestos progresos de la heregia. Ilustres historiadores entre los mismos protestantes han dado siempre, á este respecto, testimonios muy diferentes de ciertas opiniones contemporáneas. Se les hallará reunidos con órden en el libro publicado últimamente con este título: *La iglesia, su autoridad, sus instituciones y la órden de los Jesuitas*. Permítaseme decir aquí en dos palabras, que segun Juan de Muller, Schoell y Ranké, por los esfuerzos de los Jesuitas, la reforma vió detenidos sus sucesos en Europa, y que ántes de estos historiadores, Bacon, Leibnitz y Grocio, los tres hombres mas eminentes del protestantismo, supieron tambien alabar bajo diversos aspectos á la Compañia de Jesus, aun viendo en ella una enemiga (*).

[*] *Grocio ha escrito entre otros en sus* Anales Belgas (*pág.* 194) *y en su* Historia (*pág.* 273, *edicion de Amsterdam de* 1658) *elógios que no nos atrevemos á insertar aquí. Véanse, sin embargo, algunos de los rasgos con que pinta á los Jesuitas: "Sus costumbres, dice, son irreprensibles, sus maneras buenas, "su autoridad sobre el pueblo grande por la santidad de su vi- "da.... Mandan con grande prudencia, y obedecen con exac- "titud.... Siendo los últimos que se han fundado, han aventa- "jado en fama á las demas religiones, que por lo mismo los vén "con mal ojo. Ni son viciosos ni toleran que otros lo sean".* Mores inculpati, bonae artes, magna in vulgus auctoritas ob vitae sanctimoniam—Sapienter imperant, fideliter parent.—Novissimi omnium sectas priores fama vicere; hoc ipso caeteris invisi.—Nec ferunt vitia nec sequuntur. *Y Bacon en su libro* De augmentis scientiarum, *decia: "Siendo lo que sois "pluguiese á Dios que fueseis de los nuestros".*

Hagamos aquí una observacion. Si se lee el Judio Errante, *hallaremos reproducida en esa novela la idea, que el impostor y heresiarca Arnaldo quiso dar de la Compañia en el siglo XVI, llamándola "inquieta, ambiciosa, avara, llena de grandes de- "signios de grandeza y fortuna, á que camina por* fas *y* por "nefas *por toda suerte de medios.... está persuadida á que to- "do es permitido y á que nada es pecado.... donde los pocos "buenos que puede haber, están tan oprimidos que no se atreven "á respirar etc. etc". Si tal hubiera sido la verdadera imagen de los Jesuitas, por sin duda no se habrian merecido los enemios de los personages mas sábios de su época, aun entre los*

Pero dejemos ya de recordar estos tristes combates, en que nuestra Compañia puede aplaudirse, á lo menos, de haberse ganado la estimacion de sus mas ilustres adversarios.

---

protestantes, como acaba de verse; ni el filósofo De-Alembert en el siglo pasado á pesar de la parte tan activa que tuvo en su destruccion, se hubiera avanzado á confesar, que su corporacion habia sido la mas edificante de las que han existido, y la que ha dado los mayores hombres á las ciencias y á las artes; ni Ranké, otro de sus adversarios, hubiera asegurado que ella fué infinitamente útil para la humanidad, sobre todo, cuando se reflexiona que los Jesuitas enseñaban con tanto zelo como fruto, ni hubiera atribuido á una particular providencia el que cuando la reforma sublevaba tantos paises contra el papa, se consagrara espontaneamente á servirlo y obedecerlo una Compañia llena de zelo; ni Villers..... ¿pero donde vamos á parar? En vano ha sido oponer testimonios intachables á calumnias, descubrir la falsedad de los hechos con los documentos mas auténticos, refutar las alteraciones mas groseras con el testo mismo de los escritos que se adulteraban; los enemigos de los Jesuitas no son unos acusadores, á quienes la vergüenza es capáz de contener, habiendo sido una vez convencidos de embusteros, sino como esos insectos importunos, que tanto mas se obstinan en perseguirnos, cuanto mas esfuerzo se hace por ahuyentarlos. Apenas se ha contestado una de sus sátiras, cuando tienen otras seis dispuestas para publicarlas; poseen almacenes repletos de ellas; enviánselas de todas las partes de la tierra; las que fueron refutadas ciento ó doscientos años há, ó aquellas que el mundo vió con risa sin refutarlas, vuelven á sacarlas hoy con la misma animosidad que si fueran otras nuevas ó hubieran quedado sin réplica, y de aquí algunos años harán lo mismo de las inventadas en nuestros dias, por menospreciadas y menospreciables que sean. ¿Pero qué nos admiramos de ésto teniendo la persecucion de los Jesuitas tanta semejanza con la de la iglesia? Cuando Eugenio Sue ha vuelto á presentar como flamantes, los añejos y pulverizados argumentos contra el catolicismo de los Wiclefs y Calvinos, de los Dupuis y Voltaires, de los Holbachs y Diderot; ¿deberá estrañarse ocurra á rejuvenecer los libelos del Teatro jesuítico, Monita secreta, Moral práctica, *etc etc. escapados en su tiempo de infames llamas, y en* 1768 *de la polilla de las bibliotecas? ¡Con cuanta propiedad puede, pues, apropiarse á ese impío y embustero novelista, lo que del impostor Jurieu, decia el Illmo. obispo de Málaga! «Ninguno hay mas desvergonzado, ni tampoco ninguno mas pernicioso para la iglesia que él, maltrata el nombre católico con palabras y escritos, por la facilidad y locuacidad que ha adquirido de palabras persua-*

¡Pluguiese al cielo, lo digo con toda sinceridad, que las desgraciadas divisiones que han desgarrado el seno de la iglesia, no nos hubiesen condenado á esta guerra permanente contra hermanos estraviados, siempre muy amables para los que tenemos un espíritu apostólico! ¡Doloroso deber, pero que debia cumplirse!

¡Pluguiese al cielo, que solo entre los pueblos idólatras y las hordas salvages hubiesemos tenido que recoger los frutos amargos, ó los venturosos sucesos de la contradiccion!

Desde su origen, la Compañia de Jesus, sin abandonar el foco de la civilizacion y la lucha europea, se lanza en todas las direcciones, para traer al divino redil esos innumerables rebaños de ovejas errantes. Era tal el ardor por estas conquistas lejanas, que se debió temer, accediendo á ellas, el ver las casas de Europa destituidas de los obreros evangélicos, que le eran tan necesarios. En vano los intereses mas ejecutivos del catolicismo exigian entónces á los Jesuitas de todas las naciones, que no abandonasen el campo de batalla á la heregia siempre armada; en vano los colegios y las universidades, el púlpito y el confesonario reclamaban por todas partes en la envejecida Europa atletas valerosos y decididos, y aun les ofrecian el atractivo del peligro: otro mas poderoso se apegaba á las misiones de mas allá de los mares, y en todos los rangos de la Compañia dominaba un increible empeño, en ir á llevar la luz de la fé á prójimos desconocidos, que no habian escuchado jamás el evangelio.

En esos dias del siglo XVI. en que la Compañia de Jesus acababa de nacer, cuando la reforma arrancaba á la unidad con una parte de la Alemania y de los Paises-Bajos la Inglaterra, la Dinamarca, la Suecia, é intentaba aun invadir tan violentamente á nuestra Francia, Dios daba un grande espectáculo á la tierra y una grande reparacion á su iglesia. Dejaré hablar un momento á Fenelon: „Regiones inmensas "se abren todas de un golpe, un nuevo mundo desconocido al "antiguo.... Guardaos bien de creer, quo un tan prodigioso "descubrimiento no sea debido sino á la audacia de los hom-"bres. Dios no dá á las pasiones, aun cuando ellas parecen "decidir de todo, sino lo que les es necesario para ser los ins-"trumentos de sus designios; *así el hombre se agita, pero Dios "lo conduce.* La fé plantada en la América entre tantas tem-"pestades, no deja de recoger allí los frutos.

"sivas de sabiduria humana, como las llama S. Pablo, y por su "libertinage se ha hecho estimable entre los suyos, y digno de "desprecio entre los que miran con la debida execracion la "impiedad y la calumnia".—T.

"¿Qué restá pues? Pueblos de las estremidades del orien-
"te, vuestra hora es llegada. Alejandro, ese rápido conquis-
"tador, á quien pinta Daniel como no tocando la tierra con
"sus pies, el que fué tan zeloso de subyugar al mundo entero,
"se queda muy atrás de vosotros: pero la caridad vá mas allá
"que el orgullo. Ni las arenas abrasadoras, ni los desiertos,
"ni las montañas, ni la distancia de los lugares, ni las tempes-
"tades, ni los escollos de tantos mares...... ni las armadas
"enemigas, ni las playas bárbaras pueden detener á los que
"Dios envia. ¿Quienes son estos que vuelan como las nubes?
"Vientos, llevadlos sobre vuestras alas.... Vedlos ahí á estos
"nuevos conquistadores, que vienen sin armas, excepto la
"cruz del Salvador... ¿A quién se debe, hermanos mios, es-
"ta gloria y esta bendicion de nuestros dias? A la Compa-
"ñia de Jesus, que desde su nacimiento abrió con el auxilio de
"los portugueses un nuevo camino al evangelio en las In-
"dias"......" (*).

Ciertamente Fenelon hubiera podido añadir, como yo tengo el placer de hacerlo: entónces se vieron lanzar á la santa conquista de las almas, sobre todos los puntos los mas remotos del globo, á las grandes y venerables familias de Santo Domingo y S. Francisco, con las cuales tantas veces nosotros hemos mezclado sobre la tierra infiel nuestros sudores y nuestra sangre. Mas tarde vinieron los dignos y decididos hijos de S. Vicente de Paul, y esta sociedad fraternal de las misiones estrangeras, á las que nos ligan los lazos mas sagrados y la comunicacion de los mas caros recuerdos.

¡Cuán bella, pues, es esta obra del apostolado sobre las costas inhospitalarias y lejanas! El alma tan fuerte y tan tierna de Fenelon la habia ambicionado; y yo mismo, ¡ó Dios mio! ¿me será permitido recordarlo? yó he pronunciado este voto sagrado que hace el religioso profeso de la Compañia, de ir á todos los lugares, entre toda clase de infieles, á la menor señal de la voluntad del sumo pontífice, y de partir sin pedir el dinero necesario para el viage ¡Ay de mí! otros han sido juzgados mas dignos de esta mision bienaventurada. Y vuestros designios sobre mí, ó Señor, han sido el mantenerme sobre esta vieja tierra de mi pátria, en el seno de una civilizacion enferma, por haber abusado de todos los bienes, entre hermanos que han olvidado el lenguaje que yo debia hablarles. ¡Vos me habeis dado por herencia el sostener la lucha contra la mentira y la calumnia! A lo menos en las misiones se muere y todo concluye de una vez. Mas aquí cada dia parece que se muere, y esperimentando las angustias de la muer-

[*] *Fenelon*, sermon para el dia de la Epifania.

te, se está siempre en la vida. ¡Cruz pesada, pero cruz bendita, como todas las que vienen de la mano del Señor; yo os llevaré con resignacion y con amor, todo el tiempo que agrade al cielo imponeros sobre mi debilidad!

Francisco Xavier, el compañero, el discípulo de Ignacio, es quien abre en las Indias, en las Molucas y en el Japon, los nuevos caminos del evangelio. A este hombre estraordinario se le concedió renovar todos los mas asombrosos prodigios del establecimiento primitivo del cristianismo, y presentar así al mundo mil pruebas nuevas de su divinidad. El tuvo la singular dicha de traer á la unidad católica mas pueblos é imperios, que la reforma le arrancó jamás. El convierte cincuenta y dos reinos; enarbola el estandarte de la cruz sobre una estension de tres mil leguas; él bautiza con su propia mano cerca de un millon de mahometanos ó de idólatras; y todo esto en diez años. La imaginacion se horroriza á la relacion de todos los obstáculos que él encuentra; y para vencerlos ¿qué medios emplea? La pobreza, la dulzura, la paciencia, las austeridades, la oracion, en una palabra, el invencible ardor de la caridad. A todo esto se sirvió Dios de agregar todos los dones del poder sobrenatural y milagroso. Su vida, en un tiempo, al que casi tocamos todavia, por decirlo así, está escrita segun los testimonios mas averiguados, que no dejan dudar las maravillas de que está llena. Los mismos historiadores protestantes lo confiesan de un modo muy positivo.

"Si la religion de Xavier conviniese con la nuestra, dice "Baldeo en su *Historia de las Indias* (pág. 78), nosotros lo "deberiamos estimar y honrar *como á otro S. Pablo*. Pero á "pesar de esta diferencia de religion, su zelo, su vigilancia y "la santidad de sus costumbres deben excitar á todos los hom- "bres de bien, á no hacer la obra de Dios negligentemente, "porque los dones que Xavier habia recibido para ejercitar el "cargo de ministro y de embajador de Jesucristo, fueron tan "eminentes, que mi entendimiento no es capáz de compren- "derlos. Si considero la paciencia y la dulzura con que él "ha presentado á los grandes y á los pequeños las aguas san- "tas y vivas del evangelio; si miro el valor con el cual ha su- "frido las injurias y las afrentas, me veo obligado á gritar "con el apóstol: *¿Quien es capáz como él, de estas cosas ma- "ravillosas?*" Y Baldeo ha terminado el elogio del Santo, repitiendo la palabra de un antiguo que ya Bacon habia aplicado á la Compañia: ¡Siendo, ó Xavier, el que sois, ojalá fueseis nuestro!

Las Indias, el Japon se cubrieron luego de iglesias florecientes. La Compañia de Jesus alimentaba sin cesar por numerosas remesas estas misiones fundadas y sostenidas al

precio de la sangre y de los padecimientos de sus hijos.

¡Que recuerdos no nos ha legado, principalmente aquella tierra que tanto amó su grande apostol; tierra que apénas ilustrada con las primeras luces del evangelio, debia brillar con la mas ilustre gloria que Jesucristo concede á su iglesia, la del heroismo en medio de las persecuciones; y que por un misterioso destino, despues de haber dado mas de un millon de martires, debia cerrarse como un túmulo y aguardar el dia fijado para la resurreccion!

Cruel Japon, islas desafortunadas, vosotras no podreis apartar para siempre de vuestras riveras la verdad y la caridad católica, que insisten en rogaros con sus beneficios. Sobre las playas opuestas, velan ahora los hermanos de Xavier, para aprovechar el instante favorable, que abatirá delante de ellos las puertas de esas regiones desoladas, y les concederá la dicha de anunciar allí á Jesucristo, ó de morir por él.

Xavier habia suspirado ardientemente por la conquista de la China; él se dirige allá; él muere lleno de vida y de gloria á la vista de sus playas en una cavaña abandonada de la isla de Sancian. Marchando sobre sus huellas el P. Ricci de la Compañia de Jesus, afronta el primero el suelo inhospitalario de ese vasto imperio, y despues de infinitas penas llegá á abrir la entrada á los predicadores del evangelio.

Se olvida el dia de hoy quienes fueron los primeros que penetraron en esa region, diré mejor en ese mundo tan largo tiempo desconocido, y lo hicieron conocer á la Europa sábia. Allí en presencia de una civilizacion orgullosa de sí misma, y armada contra el estrangero de una zelosa desconfianza, fué necesario emplear todos los prestigios del arte y de la ciencia, para hacerse perdonar la enseñanza evangélica. Saliendo del palacio del emperador ó de la cátedra de matemáticas, el Jesuita á quien su saber habia amuistiado, iba á esplicar el catecismo á los niños, visitar á los pobres, é instruir al pueblo.

Numerosas cristiandades se formaron en la China, como en las Indias, edificadas por las manos de la Compañia; y si otros operarios, entrando mas tarde en la mies, vinieron á asociarse á sus trabajos; si el mismo zelo consagrado á la misma obra, ha dado lugar á fatales disensiones; si en fin, la autoridad suprema de la santa sede decide que los Jesuitas se habian equivocado, dejando mezclar á las prácticas del culto cristiano ceremonias locales, que ellos no habian creido contrarias al espíritu de la religion; á lo menos aquellos cuya prudencia se habia alucinado, dieron entónces un edificante ejemplo de humilde y filial obediencia. Despues de haber sostenido su opinion sobre un punto óscuro y disputado, por-

que la juzgaban útil y verdadera; luego que habló Roma, se les vió inclinarse silenciosamente y conformarse á su decision. Importa aquí mucho el recordarlo.

Tal fué exactamente la conducta de los Jesuitas en la cuestion de las ceremonias chinas y de los ritos malavares.

Ellos murieron; y sus hermanos al cabo de sesenta años tienen la dicha de recoger su herencia, mediante los trabajos que de nuevo van á emprender.

El resto de la Asia ofreciá tambien á esta generacion de apóstoles inmensos paises, entregados á las espesas tinieblas de la idolatria. Así al mismo tiempo que ella cubria con sus misiones la China, el Japon y las Indias, la Compañia trabajaba incesantemente en conquistar al cristianismo las islas de la Sonda, el Thibet, el Mogol, la Tartária, la Cochinchina, el pais de Malaça, Sian, el Tunkin, la Siria, la Persia y otras naciones; lo que formaba una reunion de ciento cuarenta y cinco establecimientos de misioneros Jesuitas sobre la superficie del Asia. Y en ninguna parte la antorcha del evangelio difundia su claridad, sin hacer lucir la de la civilizacion. Las conquistas de la ciencia marchaban al mismo paso que las de la fé.

Se formaria una biblioteca muy numerosa con las obras de los Jesuitas, sobre los diversos pueblos de la Asia, sobre sus orígenes, sus lenguas, sus costumbres, su historia, sus artes é instituciones. La biblioteca real posee en este género mil riquezas inéditas, que pudieran tener aun el dia de hoy su valor. El comercio, la industria, la medicina, así como la astronomia y la fisica, han debido á estos Jesuitas tan desacreditados, útiles descubrimientos. Pero la posteridad olvida pronto; el cielo que no olvida jamás, ha dado á estos pobres religiosos la sola recompensa que ellos ambicionaban: trescientos ó cuatrocientos pueblos diversos evangelizados por su zelo; millones de mártires que ellos formaron, mezclando su sangre con la de sus discípulos; multitud innumerable de infieles convertidos en el espacio de dos siglos; véase cuales fueron sus obras; para las de este género solo el cielo tiene coronas.

Se ha hablado de la ambicion de los Jesuitas; mas yo digo con toda verdad, que ellos jamás tuvieron otra que esa hambre y esa sed de la salvacion de las almas, cuyos insaciables ardores no los conoce el mundo por su ignorancia, así como por su injusticia no quiere escusar algunas debilidades, que pueden introducirse en medio de tareas tan multiplicadas, estensas y dificiles: *como si fuera cosa admirable, que entre hombres se encuentren algunas faltas humanas*, que es la espresion oportuna y exacta de Bossuet.

Obedecian, pues, los Jesuitas á ese impulso sobrenatural, cuando desde el origen de la Compañia se dirigieron á plantar la cruz en las arenas abrasadoras de la Africa. Las misiones de Abisinia, de Congo, de Angola, de Mozambique, han durado en su mayor parte hasta la supresion de la Compañia en el siglo pasado.

Perdóneseme si muestro una especie de predileccion por los trabajos de la Compañia en el nuevo mundo. A poco tiempo de haberse este descubierto y franqueado al espíritu de empresa de la Europa, S. Ignacio y sus compañeros se consagraron á la grande obra de las misiones estrangeras. Era pues imposible, que esa tierra nuevamente revelada al genio europeo, no viniese á ser para los Jesuitas un vasto teatro de esfuerzos apostólicos. Así se les vió dirigirse allá en colonias numerosas, y derramarse en toda la estension de estas inmensas regiones. Los sufrimientos que ellos tuvieron que padecer, lo que emprendieron de útil y de generoso para suavizar las costumbres de la conquista, para templar el orgullo de una dominacion feroz, y para arrancar las hordas bárbaras á sus supersticiones y barbarie, no podrán descubrirse: así me contentaré con hacer algunas breves indicaciones.

Sin contar los noviciados y los colegios, habia en América, cuando la supresion, ciento veinte y ocho misiones (*), de las cuales eran treinta y cinco para el Brasil, treinta para el Marañon, diez para el Chile, tres para la nueva Granadá, diez para México, comprendiendose en ella la California, Guatemala, etc. doce para el Paraguay. el Vruguay y la provincia de Quito; ocho misiones francesas en la América Septentrional, entre los Hurones, los Algonkinos, en la nueva Orleans, etc, y otras ocho en la Martinica, la Guadalupe, Cayena, etc. El campo era muy vasto; él ofrecia todos los peligros, todas las variaciones del estado civilizado y del salvage.

---

[*] ***Parece que el autor entiende aquí por misiones, los paises ó regiones diversas en que habia misioneros Jesuitas, cualquiera que fuera el número de sus establecimientos, contando v. g. por una mision la baja California, por otra la Tarahumara, por otra cada una de las Pimerias, alta y baja, etc; pues solo así podrán atribuirsele á la provincia de México diez misiones, cuando solo en Californias habia trece, y en las demas partes se contaban otras noventa y una en el catálogo de la Compañia de 1749 que tenemos á la vista, las que acaso se habian aumentado hasta el año de 1767 en que fué la espulsion. Hoy dia vuelve á haber muchas en los Estados-Unidos del Norte, en Buenos-Aires, Chile, Jamaica y Paraguay.—T.***

¡Cuántas ocasiones el misionero encontraba los restos sangrientos de su compañero de apostolado, que los dientes de las bestias, ó el furor no menos mortífero de los caníbales habia devorado! El daba á su amigo el adios fúnebre, y despues se avanzaba mas seguro de la suerte que lo esperaba.

¡Cuantas luchas tambien que sostener contra el poder frecuentemente ciego y opresor de los europeos! Nada empero se perdonaba; y á lo menos el indio vencido, el esclavo comprado encontraba en ellos un defensor, un padre, un consolador, un apoyo, y en esta noble empresa multitud de obispos, de sacerdotes, de religiosos concurrieron gloriosamente al mismo objetó. El nombre de Bartolomé de las Casas, de la órden de Santo Domingo, á pesar de injustos ataques, permanece eterno entre los bienhechores de la humanidad.

En cuanto á la Compañia, sus anales nos ofrecen entre otros á un P. Claver, denominado en Cartagena el *apostol de los negros*. Si se quiere conocer todo el heroismo que puede inspirar el zelo por la salvacion de las almas mas degradadas, es necesario leer la vida de este hombre estraordinario; pero tambien debe aguardarse gemir mas de una vez de asombro y de espanto, al aspecto de las horribles asperezas que se imponia libremente este nuevo mártir, yendo á asociarse al destino de los mas desgraciados esclavos, para calmar sus angustias y traerlos á las virtudes de la cruz. Brebeuf, Lallemand, Acevedo, Anchieta, Vieira, Salvatierra, vuestros nombres serán para siempre entre nosotros amables y venerados, y el poder de vuestros sufrimientos y de vuestros ejemplos hablará siempre elocuentemente á nuestros corazones.

Las misiones del Canadá, las que llevaban la palabra evangélica á las poblaciones indias mas apartadas ácia el norte, produjeron en particular frutos admirables, y dieron á la cruz numerosos mártires. Hasta el dia de hoy estas tribus salvages conservan y reverencian la memoria de nuestros antiguos padres; ellas vuelven á pedir con empeño los *padres prietos*.... La Compañia se ha dejado ver ya sobre algunos puntos á satisfacer sus votos. ¡Cosa estraña! ¿será por ventura en las vastas soledades del Oregon, y entre las *Cabezas chatas* (la tribu de los *Rockymountains* en los Estados-Unidos) donde tendrémos que ir á buscar la libertad de enseñar, un asilo para vivir ó morir, que en Francia se nos disputa?

Al mismo tiempo, ó poco despues de suprimida la Compañia, debia perecer tambien una de las mas bellas instituciones que fué dado á la religion realizar sobre la tierra, *ese Cristianismo feliz*, como lo llama con tanta propiedad Muratori, que habia convertido tribus embrutecidas y feroces en pueblos de hermanos.

A menos de no haberse abandonado enteramente á las inspiraciones del odio, prohibiendose bajo esta fatal influencia todo sentimiento de justicia y todo pensamiento noble, no se podrá pronunciar sin conmoverse el nombre del Paraguay. Yo no me detendré aquí en refutar imputaciones miserables: los testimonios de Montesquieu, de Haller, de Robertson y de otra multitud, no permiten examinarlos, mucho menos el responderles.

Para tributar un homenage, fiel á estos gloriosos recuerdos, yo me valdré de la voz elocuente que resonó al principio de este siglo con tanto poder y lustre; esa voz que supo restituir tan noblemente al honor entre nosotros, la lengua y la poesia de la fé, y vengar al génio del cristianismo de las mentiras, del ódio y de los desdenes de la ignorancia. Un católico, un sacerdote, un religioso de la Compañia de Jesus, no puede olvidar el nombre del que elevándose valerosamente sobre todas las detracciones inconsideradas, consagra la primera muestra de un talento sublime, á defender la gloria de las verdades y de las instituciones religiosas. Debil combatiente en el llano, humilde bijo de una familia de apóstoles, encorvado tambien el dia de hoy bajo el peso de un siglo de calumnias, me es cosa dulce satisfacer aquí la deuda legítima del reconocimiento, ácia un defensor siempre ilustre: y me tengo por venturoso en mezclar á este tributo que yo ofrezco á nombre de mis hermanos, el fiel recuerdo de una benevolencia, cuyos testimonios aunque antiguos, no se borrarán jamás de mi corazon.

„Maravilloso culto por cierto, clama Mr. de Chateau"briand en su inmortal obra del *Genio del cristianismo* (*), el "que reune, cuando quiere, las fuerzas políticas á las morales, "y que por una superabundancia de medios crea gobiernos "tan sábios, como los de Minos y Licurgo. Aun no poseia la "Europa mas que constituciones bárbaras, formadas por el "tiempo y la casualidad, y la religion cristiana hacia revivir "en el nuevo mundo los milagros de las legislaciones anti"guas. Las cuadrillas errantes de los salvages del Paraguay "se fijaban, y á la palabra de Dios salia una república evan"gélica de lo mas profundo de los desiertos.

„¿Y cuales eran los grandes génios que reproducian es"tas maravillas? Unos humildes Jesuitas, impedidos frecuen"temente en sus designios por la avaricia de sus compa"triotas".

Es necesario leer en las páginas siguientes, la admirable

---

[*] *Cuarta parte lib.* 4. *cap.* 4.*y* 5.—*La historia del Paraguay ha sido escrita por el P. de Charlevoix.*

descripcion del régimen interior, patriarcal y libre de las *Reducciones:* ningun poema tiene mas encantos que esta verdadera historia. Solo su estension me impide trascribirla por entero; así es que me limitaré á presentar el elocuente cuadro que resume y termina el capítulo 5. ° del 4. ° libro.

„No se estrañará, pues, que con un gobierno tan pater- "nal y tan conforme al carácter sencillo y pomposo del sal- "vage, fuesen los nuevos cristianos los mas puros y venturo- "sos de todos los hombres. La mudanza de sus costumbres "era un milagro obrado á la vista de todo el nuevo mundo. "Aquel espíritu de crueldad y de venganza, aqeul abandono "á los vicios mas groseros que caracterizan á las tribus in- "dias, se habian trocado en un espíritu de mansedumbre, de "paciencia y de castidad. Júzguese si no de sus virtudes por "la espresion sencilla del obispo de Buenos-Ayres:—Señor, "escribia á Felipe V, en estas numerosas poblaciones, com- "puestas de indios naturalmente inclinados á toda suerte de "vicios, reina una inocencia tan grande, que no creo se co- "meta en ellas un solo pecado mortal.

„Entre aquellos salvages cristianos no se veian pleitos "ni querellas, ni se conocian el *tuyo* ni el *mio;* pues como ob- "serva Charlevoix, el estar siempre dispuesto á partir lo poco "que se tiene con los que lo necesitan, es no tener nada suyo. "Provistos abundantemente de las cosas necesarias á la vida; "gobernados por aquellos mismos hombres que los habian sa- "cado de la barbárie, y á quienes miraban con razon como á "unas divinidades; gozando en sus familias y en su pátria de "los sentimientos mas dulces de la naturaleza; conociendo las "ventajas de la vida civil sin haber salido del desierto, y las "maravillas de la sociedad sin haber perdido los de la sole- "dad, aquellos indios podian alabarse de que gozaban una fe- "licidad que no tenia ejemplar en la tierra. La hospitalidad, "la amistad, la justicia, y las tiernas virtudes corrian natural- "mente de sus corazones á la voz de la religion, así como los "olivos dejan caer sus maduros frutos al soplo de los apaci- "bles vientos del mediodia..... Estoy viendo á mis lectores "con la narracion de esta historia, concebir el deseo de atra- "vesar los mares y alejarse de la turbacion y revoluciones, "para ir á buscar una vida oscura en las cabañas de los sal- "vages y un apacible sepulcro á la sombra de las palmeras de "sus cementerios. Mas ¡ah! que ni los desiertos son bastante "profundos, ni harto vastos los mares para librar al hombre "de los dolores que le persiguen. Siempre que se refiere la "historia de la felicidad de un pueblo, es forzoso acabarla "con su catástrofe. En medio de las mas alhagüeñas pintu- "ras se vé comprimido el corazon del que la escribe con esta

"triste reflexion que se le ofrece sin cesar: *¡Nada de todo es-*
"to existe ya! Las misiones del Paraguay se deshicieron; los "salvages reunidos á costa de tantas fatigas andan de nuevo "errantes por los bosques, ó se ven sepultados vivos en las "entrañas de la tierra. Se ha aplaudido la destruccion de la "obra mas bella que ha podido salir de la mano de los hom- "bres......" (*).

CONCLUSION.

O yo me equivoco, ó despues de todo lo que he espuesto, el lector de buena fé concebirá, cómo un magistrado, un francés, un hombre del siglo XIX, ha podido libremente y con toda conciencia, hacerse Jesuita, sin renunciar por esto á su razon, ni á su siglo, ni á su pátria.

El no ha renunciado á su razon, porque la ha puesto en el puerto al abrigo de las tempestades, y bajo la segura custodia del principio tutelar de la autoridad. Cuando el testimonio interior no lo gritase muy alto esta verdad, multitud de ejemplos le darian el derecho de proclamarla. No le faltarian ciertamente muchos de estos que exhibir, para probar que la inteligencia humana, no solo pierde su dignidad y fuerza sujetandose al yugo protector de la regla, sino que las adquiere mayores; mucho menos le faltarán para demostrar como, aun bajo el hábito del sacerdocio, la razon entregada á sí misma

---

[*] *Iguales pinturas pueden hacerse de las demas misiones de la Compañia:* «*Los Jesuitas, habla Chateaubriand, obede-* »*ciendo á aquel Maestro que les habia dicho: Id y enseñad,* »Docete omnes gentes, *sobre la fé de este precepto, abandona-* »*ban con una sencilléz estremada las delicias de su pátria, para* »*ir á costa de su misma sangre, á revelar á un bárbaro á quien* »*no habian visto jamás.... ¿Y qué era? nada, segun el mundo,* "*casi nada:* La existencia de Dios y la inmortalidad del al- »ma." *¿Y limitaban á esto sus trabajos? No, responde Vol- taire:* «*ellos enseñaron las artes mas necesarias á los salvages,* »*y las mas realzadas á una nacion ingeniosa como la China*" *Concretandonos, finalmente, á las misiones de nuestra América, oigamos á un sábio escritor.* «*Se veian, dice, aquellas naciones* "*salvages, que pasaban la vida en el juego y en la embriaguez,* »*aprender diversos oficios, cultivar sus campos, cuidar de la* »*educacion de sus hijos, celebrar sus fiestas, vestirse honestamen-* »*te, fomentar su género de comercio con los vecinos españoles, y* »*guardarles la mas constante fidelidad*" *Véase la* Historia de la Compañia de Jesus, en la provincia de N. E. *por el P. Francisco Xavier Alegre, publicada en México en* 1842.—T.

y estraviándose en su orgullo, cae de error en error, y termina por dar al mundo el triste espectáculo de una verdadera renuncia.

El no ha renunciado á su pátria.... es muy cierto que la caridad católica, abrazando en su ardiente efusion la humanidad toda entera, pone en el corazon de sus apóstoles una dedicacion mas estensa que la del patriotismo; es cierto tambien que el misionero, yendo á llevar la luz de la fé á sus hermanos idólatras de la Asia y de las soledades de la América, arriesga á veces, en presencia de estos intereses inmortales, el olvidar los intereses de un dia, que se agitan en el seno de su pátria. ¿Pero á ella la olvidará por esto? ¿deja de llevar su dulce imágen en su corazon? ¿deja de orar por su felicidad? ¿deja de invocar las bendiciones del Altísimo sobre los que llevan el enorme peso del gobierno de los pueblos?

¡Ah! esos hombres que niegan á los Jesuitas el amor á su pais, no saben cuan deliciosa emocion de alegria esperimentan estos, hallando entre las tribus salvages del nuevo mundo, algunos de los sonidos de su lengua natal, ó escuchando en los mares de la China y del Japon el eco lejano de la gloria de nuestras armas! ¡Y la Francia no será menos querida á los que no la hemos dejado! ¡Nosotros no seremos entusiastas de sus triunfos en la paz como en la guerra, de su genio por las letras y por las artes, de sus atrevidas conquistas en el dominio de las ciencias, y en las regiones nuevamente abiertas á la industria! ¡Nosotros no amarémos en ella el foco verdadero de la civilizacion cristiana! ¡Nosotros no serémos dichosos con los inefables consuelos que aun el dia de hoy ella dá á la iglesia!

El no ha renunciado á su siglo..... es muy cierto que nosotros no damos el nombre de mejoramiento y de progreso á todo lo que la sabiduria moderna en su orgullo, honra con estos titulos pomposos; es muy cierto que nosotros no aguardamos para lo porvenir una religion mas perfecta que la de nuestro Señor Jesucristo; así como tampoco que la humanidad, fecundada con solos los sistemas, logre una era indefinida de virtud y de felicidad.

Pero bajo esta autoridad inmutable de la fé, nosotros no pertenecemos menos á nuestro tiempo por nuestras ideas y por nuestros corazones, y sobre todo, nosotros lo conocemos mejor que lo que se cree.

Así por ejemplo, jamás nos ha venido al pensamiento que doscientos pobres operarios evangélicos, distribuidos sobre la vasta estension del territorio de la Francia, se pudiesen proponer en dias como estos, el establecer lo que no se tiene vergüenza de llamar su dominacion.

Este anacronismo no es el nuestro; es el de nuestros adversarios. ¡Porque hace dos siglos que la Compañía de Jesus pudo emprender sobre una tierra virgen, entre pueblos que nacian á la civilizacion, realizar el reino del evangelio, se nos supone hoy dia el absurdo proyecto de reinar sobre la Francia! Este seria un delirio de insensatos.... y yo contestaria en dos palabras, que no es el nuestro, y solo existe en las cabezas enfermas de nuestros enemigos.

A creerlos, una parte de esta empresa estaria ya cumplida, y la iglesia de Francia habiendo abjurado sus antiguas tradiciones, sufriria enteramente el yugo de las influencias ultramontanas.

¿Nos veremos obligados á remitir á las lecciones de la historia á los que tanto se sirven de su autoridad en nuestra contra? Luego ellos olvidan lo que ha pasado hace sesenta años: olvidan el triste camino que hizo el jansenismo en la segunda mitad del último siglo, bajo el manto cómodo de una oposicion muy fácil á la corte de Roma; olvidan como el cisma oculto en las entrañas de esta funesta doctrina se manifestó en todo su esplendor en las discusiones de la asamblea constituyente, de donde pasó á ser ley, y ensangrentó el seno desgarrado de la iglesia por espantosas persecuciones. Ellos olvidan los altares trastornados, y todo lo que mi pluma se rehusa trazar aquí......

Gracias á Dios, el episcopado francés ha conservado mejor memoria; él ha comprendido que despues de semejantes pruebas no era necesario, por controversias ya sin objeto, esponer la unidad católica á nuevos peligros; él se ha reunido; se ha estrechado enteramente, confundido en un solo cuerpo y en una sola alma al rededor de la cátedra de S. Pedro, y él ha repetido con una voz unánime las inmortales palabras de Bossuet.

"¡Santa Romana Iglesia, madre de las iglesias y madre "de todos los fieles, Iglesia escogida de Dios para unir á sus "hijos en la misma fé y en la misma caridad, nosotros nos di"rigirémos siempre á tu unidad de lo íntimo de nuestras entra"ñas, *si yo te olvidare*, Iglesia Romana, *pueda yo olvidarme de "mi mismo! ¡Que mi lengua se seque y permanezca inmovil en "mi boca, si tú no eres siempre la primera en mi recuerdo, si yo "no te pongo al principio de todos mis cánticos de alegria!*"

Y yo tambien, humilde soldado de la unidad católica, para entregarle si fuere posible, mas íntima y completamente mi alma, y consagrarle mi existencia toda entera, me he dirigido á solicitar una plaza oscura en las filas de la Compañía de Jesus.

En el estado en que yo veía la santa religion de mi Se-

flor en este mundo, despues de la gran guerra declarada á Jesucristo, por la incredulidad del siglo XVIII, el catolicismo se me representaba como un ejército colocado en batalla sobre una vasta llanura, para hacer frente por todas partes á la impiedad y al error, y llevar auxilio á la sociedad en peligro. Ya no habia allí campos diversos, ni banderas distintas.

En el centro, veía la cátedra de S. Pedro en su magestuosa inmobilidad, y cerca de ella, en el primer rango de la fidelidad y denuedo mas valeroso, la iglesia de Francia con sus obispos y sacerdotes, bella y fuerte todavia, á pesar de los dias de desgracia.

Ciertamente, al alistarme de simple combatiente bajo la bandera del santo fundador de la Compañia de Jesus, yo no he pretendido separarme de la sagrada milicia de mi pátria; sino que solo he tomado otro puesto en el mismo ejército.

Permítaseme aun dos palabras ántes de concluir.

Hace mas de ochenta años, que un decreto de proscricion pesa en Francia sobre la Compañia de Jesus. Nuestros jueces, como todo el mundo sabe, eran entónces parte contra nosotros, y ántes de instruir el proceso ya habian pronunciado la sentencia. Todo lo que se dijo, todo lo que se escribió en esa época, se amontona el dia de hoy, sin tener cuenta de veinte refutaciones victoriosas, y se arroja para que sirva de pasto á la credulidad del pueblo.

En ciertos dias señalados (*), la Francia entera se nutre de ellos; á las calumnias antiguas se agregan nuevas; se nos imputan las faltas y las desgracias de tiempos que ya no existen, como si las pasiones de los hombres no bastasen á esplicar la historia; y cuando á nosotros cada hora de la vida nos llama á la contemplacion esclusiva y única de la eternidad, se nos acusa de unir inseparablemente en nuestros pensamientos los intereses inmortales de la religion, á los inconstantes del siglo y al destino pasagero de las cosas de la tierra. Se nos acusa de solicitar, de mantener, de cultivar con cuidado en nuestras almas todo lo que irrita y divide, cuando la filosofia mas vulgar inspira pensamientos mas prudentes á los mismos actores de la escena política, desencantados por tantos disgustos (†).

Entre tanto, no se respeta ni el buen sentido ni la buena fé, ni se repara en las mas estrañas contradicciones. Se nos hace cargo de lo que otros han dicho, y al mismo tiempo se nos echa en cara el silencio. Se exagera hasta el estremo,

---

[*] *Los de la publicacion de los periódicos.*

[†] *Todo esto se hallará reunido en el* Judio Errante; *¿y con cuanta verdad y justicia? Ya lo hemos visto.*—T.

Dios sabe con qué objeto, lo que se llama nuestra habilidad, y al mismo tiempo se nos atribuye la mas loca temeridad en las circunstancias mas críticas.

A la noticia del menor derecho atacado, de la menor libertad amenazada en el mas abatido ciudadano, mil voces se levantan é invocan la carta y las leyes, y estas mismas voces no saben invocar contra nosotros, sino la proscricion y la arbitrariedad de los golpes de estado. En las columnas de los periódicos, en los talleres, sobre los bancos de las escuelas, hasta en la enseñanza distribuida á la juventud; por todas partes somos señalados al ódio, y como ofrecidos en holocausto á los furores de la opinion estraviada.

Tal es, en fin, nuestra situacion, que algunos hombres tienen la incalificable potencia de hacerse creer, proclamando por todos los caminos de la publicidad, lo que ellos se avergonzarian de decir en su cara á uno de entre nosotros; y que se vé aun á buenos talentos sumir á nuestro nombre bajo el yugo de un temor estúpido.

Es necesario que todo esto tenga un término.

Un sugeto, cuyo nombre se ha hecho célebre, se presentó á fines del último siglo ante los tribunales, no ciertamente á demandar ni reclamar nada por su persona; sino estimulado y urgido por un interés mas sagrado á su corazon. Su padre habia sido condenado, en su concepto con injusticia, y herido este noble hijo con tal sentencia en sus mas caras afecciones, desentendiéndose de la autoridad de aquel fallo, reclama una rehabilitacion solemne. La perseverancia de sus esfuerzos y la valerosa decision de su bello talento, le hizo adquirir en fin, no menos el triunfo de su piedad filial, que una ilustre fama.

Yo me presento tambien como él á demandar la rehabilitacion de mis padres, como un hijo cuya alma ha sido herida por las dilatadas desgracias de su familia, y por la dolorosa iniquidad de la sentencia, que pesa sobre ella; no ambiciono ningun renombre, no poseo ningun talento, no tengo sino una inmobil conviccion: no demando sino justicia y verdad; ni necesito de otra cosa.

Solo pido la revision de un grande é injusto proceso; la pido por mis padres que ya no existen; la pido por mí mismo. Tengo la mas segura conciencia de que ellos fueron inocentes, de qeu nosotros lo somos. No hemos sido juzgados ni oidos; que se nos oiga en fin, y se nos juzgue el dia de hoy.

Bien sé que este género de rehabilitacion judicial ya no existe en nuestras leyes; pero la rehabilitacion moral estará siempre en la justicia de la Francia: yo la demando á nombre de la pátria misma, que no puede ver por mas tiempo con indiferencia, que se lastime y se ultrage, con desprecio de todos

los derechos, el honor de los que no han cesado de ser sus hijos. Yo la demando por millones de católicos á quienes se pretende insultar, dándoles un nombre que no es el suyo sino el nuestro, y que no debe ser por mas tiempo una injuria.

Yo la demando por todas las comunidades religiosas, que han fundado sus tiendas de campaña en el suelo protector de la Francia, y sobre las cuales, á pesar nuestro, se hace gravitar todo el peso de las animosidades que nos persiguen.

Yo la demando á nombre de esos obispos venerables, cuya voz se ha hecho escuchar solemnemente por tres veces contra la injusta proscricion de toda una familia de religiosos, fieles á Dios, à la iglesia, á las leyes, á la pátria.

Yo la demando á nombre de mas de veinte papas que todos aprobaron, confirmaron y alabaron el instituto proscrito; yo la demando á nombre del santo pontífice que dos veces bendijo el suelo francés, y que en medio de los largos dolores de su destierro, descansó con el pensamiento de haber dado gloria á Dios restableciendo la Compañia de Jesus. Este ilustre anciano que fué para todos un tan dulce y valeroso reparador; ¿habrá perdido en la tumba todos los derechos de la virtud y todo el poder de sus recuerdos?

Yo la demando á nombre de la iglesia universal, que por la voz del concilio inmortal de Trento, pronuncia desde entónces una indestructible aprobacion: *pium institutum.*

Yo la demando, y al demandarla no hago sino reclamar para mí y para mis hermanos lo que pertenece á todos, el aire de la pátria, el derecho de vivir y trabajar en ella, el derecho de consagrarnos al público, la libertad en el órden, la libertad en la justicia.

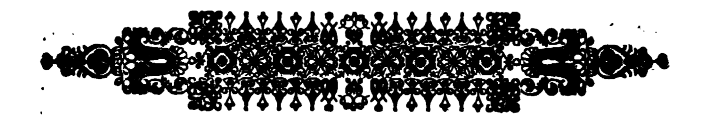
Mas ya he concluido; ahora me reconcentro en el pensamiento de Dios y de mi pátria, y siento en lo mas íntimo de mi alma la importancia y solemnidad de lo que acabo de hacer.

Pero si debiere sucumbir en la lucha, ántes de sacudir sobre el suelo que me ha visto nacer el polvo de mi calzado, iré á sentarme por última vez á los pies del púlpito de la catedral. Y llevando allí en mí mismo el eterno testimonio de que la Francia ha desconocido toda equidad, lloraré sobre ella y le diré con tristeza.

¡O amada pátria mia! hubo un dia en que se te anunció la verdad, y sin embargo, no quisiste hacer justicia, ó á lo menos, no tuviste bastante resolucion y energia para hacerla. En pós de nosotros dejarémos la carta violada, la libertad de conciencia oprimida, la justicia ultrajada y una grande iniquidad de mas; con lo que nuestros contrarios ciertamente no se hallarán mejor. Pero vendrá un dia mas feliz; y yo leo en

mi alma una infalible seguridad; este dia no se hará aguardar mucho tiempo. La historia no callará los reclamos que acabo de hacer. Ella dejará caer sobre un siglo injusto, todo el peso de sus inexorables juicios. Señor, no permitireis vos siempre, que la iniquidad triunfe sin obstáculo aquí abajo, y ordenareis que la justicia del tiempo preceda á la de la eternidad.





APÉNDICE.

Para completar lo que parece omitió por prudencia en su anterior opúsculo el **P. X.** *Ravignan, creemos oportuna la publicacion del siguiente artículo, que con el título,* **Los Jesuitas**, *se lee en el periódico „Francia Cristiana" número* **256**, *donde se dá una idea del establecimiento de la Compañía en ese reino, y de su destruccion á fines del siglo pasado. Dice así:*

UNA de las mas astutas invenciones de los revolucionarios, es la de haber imaginado palabras de tal virtud, que sirvan de acusacion y juicio contra los que quieren proscribir. Con este medio ya no se necesita escuchar la defensa de los acusados; todas las fórmulas son inútiles; los hombres de la revolucion no se meten en raciocinar. Ellos mismos conocen lo fácil que es el confundir sus mentiras y calumnias; pero una sola palabra les basta para echar por tierra á sus adversarios. La mas antigua de estas palabras exterminadoras, y cuyo uso aun no se ha perdido completamente, es la de *aristócrata.* Otras veces se entendia por ella, un hombre que gozaba alguna superioridad en el orden social por su nacimiento, su rango, su autoridad, sus riquezas; los revolucionarios la generalizaron para todas las clases: un miserable, que en su cabaña habia conservado la fé ácia su Dios y la fidelidad para

con su soberano, era un aristócrata, lo mismo que el que habitaba los palacios y antiguos castillos, y proscrito como tal. Seria fastidioso recordar todas las calificaciones de este género, empleadas en el discurso de la revolucion: los mismos jacobinos se las imaginaron para proscribirse entre sí, cuando llegaban á dividirse, lo que sucedia con frecuencia. Parecia que este manejo deberia cesar en la restauracion. Pero no ha sido así: el entusiasmo que manifestó la gran mayoria de la nacion, á la vista de su rey y de su augusta familia, desconcertó á los facciosos, y les quitó las esperanzas que jamás habian perdido, de establecer su imperio. Erales indispensable contener este impulso de afecto; pero no atreviéndose ellos mas, á hacer manifiestamente un delito de ser realista, quisieron que se fuese con cierta medida; y en consecuencia, aquellos, cuyo realismo era muy sincero y ardiente, fueron llamados los *ultra*. Esta nueva palabra, segun se dice, fué de la invencion de Fouché, que estaba bien seguro de que no se le aplicaria jamás. Sus adjuntos de la policia, que aparentemente tenian la misma seguridad, llegados al poder, tomaron la palabra *ultra* en todo su rigor; y no vieron mas realistas, sino en los que habian seguido con complacencia todas las fases de la revolucion, y conservaban las mismas disposiciones en medio de su adhesion hipócrita por la monarquia renaciente. Estos eran los apoyos que ellos la consagraban. La palabra *ultra* ha pasado sin haber hecho mayor mal, con los que la habian inventado y puesto en práctica. Ya no es de buen tono servirse de ella; se trata de buscar otra que la reemplaze; y todo hace presumir que la de Jesuitas, ó *jesuitismo* está destinada á succederla. Mucho tiempo há que los periódicos revolucionarios designan á esos padres, como los hombres mas dañosos y temibles á su faccion. Como tales se han presentado con frecuencia en la tribuna de la cámara de diputados, y especialmente en las primeras sesiones del periodo que acaba de terminar; y si en las siguientes ya no se ha hablado de ellos, es porque los que quisieron acreditar su nombre como un espantajo revolucionario, se han condenado á un silencio, cuyo motivo no se podrá esplicar. Todos los liberales de la Europa se entienden por otra parte sobre este punto como sobre tantos otros: los de la Suiza suscitan en este momento todas suertes de bellaquerias contra el obispo de Fribourg, por haber acogido á los Jesuitas en su diócesi; una de las primeras operaciones de los *descamisados* de España, fué el dispersar á los Jesuitas que el rey habia restablecido; los *carbonarios* de Nápoles hicieron lo mismo durante la corta duracion de su reinado. En la sesion de 6 de marzo último, de la cámara de los comunes del parlamento de

Inglaterra, se leyó una peticion de un radical de Irlanda, que atribuia á los Jesuitas las turbaciones de ese reino; un miembro de la cámara, pregunta con esta ocasion, que se le presentase un esuita *para ver*, decia, *de cerca este estraordinario animal histórico*. Esta ocurrencia radical excitó á la vez la risa y la indignacion de la asamblea. Mr. Hutchinson declaró que él ignoraba si existian Jesuitas en Irlanda, pero que si era el clero católico de este pais, á quien queria calificarse así, él no conocia cosa mas respetable en el mundo. Y véase precisamente la sustancia del negocio: todo lo que el universo reverencia es antipático con el liberalismo.

¿De donde viene, pues, esta grande cólera de los liberales contra los Jesuitas, que han desaparecido de en medio de nosotros hace tantos años, y cuyo solo nombre espanta, sin embargo, á hombres tan poco medrosos por su naturaleza? Pocas gentes están en estado de comprender los motivos, por que ignoran lo que eran los Jesuitas, de que apenas se ha conservado el nombre; no nos pareco, por lo tanto, fuera de propósito recordar aquí algunas particularidades de su história. Los Jesuitas formaban una comunidad por mucho tiempo famosa, por el crédito de que ella gozaba con los pontífices y los reyes, y por los eminentes servicios que prestaba á la religion y á las letras. Ella ha sido tan célebre por sus desgracias como por sus sucesos; el ilustre autor de la história de Fenelon, ha trazado el cuadro moral al principio de su obra. Seria sin duda temeridad, emprender despues de él otro nuevo, así es que no tenemos tal intencion: únicamente nos hemos propuesto hacer conocer las vicisitudes que este cuerpo ha experimentado, las contradicciones sin número de que ha sido objeto, y como del apogeo de la gloria, llegó á caer bajo los tiros del ódio mas envenenado. Ignacio de Loyola, noble español, fué el fundador. Siendo en sus principios militar, una herida lo obligó á separarse del servicio del mundo, y se consagra enteramente al de la religion: él manifiesta en esta carrera, como en la otra, aquel entusiasmo y aquellas ideas caballerescas tan dominantes entónces en su pais, y que inspirando al alma tan nobles designios, le daban la fuerza y la energia necesarias para realizarlos. La reforma de Lutero y de Calvino habia puesto á casi toda la Europa en combustion; sacudiendo el edificio de la iglesia, ella puso igualmente en peligro á todas las instituciones políticas. Ignacio concibió el proyecto de una Compañia que seria su apoyo, consagrándose á la predicacion y á la instruccion de la juventud. Aun no se conocia en la iglesia sino un clero secular y otro regular, en que se habia introducido no poca relajacion y corrupcion. S. Ignacio quiso que su órden no fuese ni uno ni

otro, sino solamente una asociacion de hombres religiosos siguiendo todos una regla particular. Alejó de su instituto la mayor parte de las observancias monásticas: los Jesuitas no tenian coro; todo su tiempo debia ser empleado en trabajos útiles á la religion y al estado. Ellos hacian sin embargo, los votos ordinarios de pobreza, castidad y obediencia, pero á una edad madura y á ciertos intervalos. La Compañía no quedaba jamás ligada á ellos, y podia siempre despedir á los sugetos si le daban motivo de descontento. Su general tenia una entera autoridad sobre ellos: él podia, lo mismo que el papa, enviarlos á todas partes donde los creyese necesarios á la salvacion de las almas. Esto era á lo que se reducia este voto particular de obediencia, que ellos hacian á estas dos autoridades, y que tanto se les ha echado en cara. Las sendas de la ambicion les estaban cerradas: ellos se comprometian á no solicitar jamás las dignidades eclesiásticas, y aun á rehusarlas si les eran ofrecidas, á menos que el papa no los obligase á aceptar.

El instituto de los Jesuitas, de que Ignacio habia echado los primeros fundamentos, fué perfeccionado por Lainez, su succesor en el generalato de la órden, hombre muy piadoso y de una gran capacidad, sea lo qne fuere lo que se haya querido decir. Este instituto es una de las mas bellas concepciones del espíritu humano. El cardenal de Richelieu, que debia entenderlo, lo alababa como una obra maestra de gobierno. Mientras que la mayor parte de las órdenes religiosas habian degenerado casi al nacer, y ha sido necesario reformarlas casi continuamente, la Compañia de Jesus estaba constituida con tanta firmeza, que ella ha sido constantemente lo que fué en su principio, y como ha dicho muy bien el cardenal de Beasset, no ha tenido infancia ni vejéz. Por el efecto de sus instituciones, ella era perfectamente una; un mismo espíritu animaba á todos los miembros; jamás se ha visto entre ellos ni cisma ni querellas, aun se habria dicho que sus maneras les estaban descritas: se reconocia un Jesuita solo al verlo.

El grande arte de los Jesuitas era el de conocer bien á los hombres, y discernir para lo que cada uno podia ser propio: este es el secreto de toda buena administracion. Por tal medio, ó se pasaria casi sin leyes, ó á lo menos no se necesitarian sino de un pequeño número: las mejores leyes tienen siempre necesidad del concurso de los hombres para su ejecucion, y en manos inhabiles ellas pierden toda su fuerza, y faltan enteramente á su objeto. El método de enseñanza de los Jesuitas, contenido en ese libro tan famoso y tan calumniado que tiene por título, *Ratio studiorum*, prueba con cuanto acier-

tó ellos habian comprendido el caracter de la juventud y la manera de educarla. Bacon miraba, en su tiempo, su método como lo que habia de mas perfecto en su género (*). El padre Juvencio lo perfeccionó en seguida, y Rollin y Gibert, miembros ilustres de la universidad, han dado los mayores elógios á su obra, que no se han desdeñado copiar. La-Chalotáis no obstante, llamó *bárbara* la educacion de los Jesuitas, la que habia formado á casi todos los hombres ilustres que han hecho el honór y la gloria de la Francia durante dos siglos; si alguna cosa merece ser llamada *bárbara*, son esas rapsódias ó planes de educacion que han aparecido durante la revolucion, y cuyo resultado debe ser, que corrompiendo las costumbres de las gentes jóvenes y estraviando su espíritu, hagan hombres vanos y presuntuosos, y málos ciudadanos.

Pero principalmente en sus misiones ha sido donde han manifestado los Jesuitas su habilidad en manejar el corazon humano: sus trabajos en esta carrera son tan inmensos como maravillosos. No hay parte ninguna del globo adonde no se les haya visto llevar la luz del evangelio, y á veces el conocimiento de las ciencias y de las artes: los lugares los mas salvages no retrajeron su zelo: ellos penetraron entre las mas rudas fatigas, desafiando todos los peligros, y con frecuencia aun á riesgo de su vida. Apenas su instituto habia obtenido la aprobacion del papa, cuando los portugueses, ocupados en establecer su dominio en las Indias orientales, y los españoles en conquistar el Nuevo-Mundo, llamaron á los primeros discípulos de Ignacio para afirmar, por la saludable influencia de la religion, la obra que la fuerza habia comenzado: ellos fueron muy útiles á los primeros para consolidar un poder aun mal asegurado; é hicieron todavia mas por los otros. El establecimiento del Paraguay ha excitado la admiracion de Montesquieu; el sábio Maffei ha escrito su historia: ¡y este prodigio de virtud humana ha podido encontrar calumniadores! Los soberanos, en cuyas ventajas los Jesuitas habian trasformado en súbditos dulces y pacíficos á hombres indomables, y en quienes la ferocidad de los primeros conquistadores habia hecho otros tantos implacables enemigos, han desconocido un servicio tan señalado: la obra de los Jesuitas ha perecido con ellos (†). Pero por un justo castigo de la Providencia, los habitantes del Paraguay, privados de sus maestros,

---

[*] *Bacon*, De dignit. et augment. scientiarum, l. 6. c. 4.

[†] *Al estar traduciendo este artículo, ha llegado á nuestra noticia, que los nuevos Jesuitas se han presentado en esas sus famosas misiones, siendo recibidos por sus antiguos neófitos, con un amor y entusiasmo bastantes para resarcirlos de las lá-*

vueltos ya semibárbaros, han sido arrastrados en la revolucion de Buenos-Aires, primer ejemplo de la defeccion de las colonias, que hacian la riqueza y la gloria de la monarquía española. Así era como los Jesuitas civilizaban á los pueblos bárbaros, mientras que los artífices de las revoluciones hacen salvages á las naciones civilizadas. Las otras misiones de los Jesuitas en las colonias españolas habian sido formadas bajo el mismo modelo que las del Paraguay; aunque no con un suceso tan brillante. Ellos no se servian de la influencia que la religion les daba sobre los pueblos que habian convertido, sino para mantener el órden y la paz entre estos, y la sumision ácia su soberano. Pagés, en su viage al rededor del mundo, se hallaba en una isla cerca de las Filipinas, cuando llegó allí la nueva de la destruccion de los Jesuitas, y la órden de reunir á los que se hallaban en esos parages para enviarlos al destierro. „Ellos soportaron, dice él, á mi vista este acae-"cimiento con sumision y firmeza, aunque se encontraban en "un pais, donde hubieran podido causar revoluciones, por el "amor que los indios les tenian".

La admision de los Jesuitas en Francia fué mas tardía y experimentó mayores obstáculos que en los otros paises, bien que Ignacio y algunos de sus otros compañeros hubiesen hecho sus primeros votos en la capilla subterránea del monte de los mártires. La Francia aun no tenia colonias en que los trabajos de los Jesuitas pudiesen serle útiles: su zelo no podia ejercitarse sino en su interior: el terreno que ellos tenian que esplotar se hallaba ocupado por otros. La carrera de la instruccion, á que su instituto los destinaba especialmente, estaba con esclusion desempeñada por la universidad, cuerpo poderoso y temible, que no vió al principio en los Jesuitas sino rivales perniciosos á su gloria y dañosos á sus intereses. Se pagaba una retribucion en las escuelas de la universidad, los Jesuitas enseñaban gratuitamente en las suyas. Este *gratis*, dice Mezerai en sus memorias, arruinó á la universidad; el clero secular acusó á los Jesuitas de atacar sus derechos, mezclándose en la predicacion y administracion de los sacramentos; los monges se indignaron de que los Jesuitas parecian avergonzarse de ser colocados en su clase. Todas estas resistencias reunidas, no eran fáciles de vencer: la paciencia era una virtud familiar á los Jesuitas; si ellos encontraron obstáculos, dejaron tambien al tiempo el cuidado de removerlos: él ha engañado rara vez sus esperanzas.

---

grimas y pesares que costó su abandono á sus predecesores. ¡Ah! ¿cuando lograrán igual dicha nuestros Nayaritas, Californios, Tarahumares y demas tribus bárbaras de nuestra América?—T.

El gobierno que veia las cosas de mas alto, y que no pensaba que el bien público debiese ceder á intereses privados, fué siempre favorable á los Jesuitas. Desde el reinado de Enrique II. en 1550, ellos obtuvieron una declaracion de este príncipe, en que les permitia establecer una casa y un colegio solamente en la ciudad de París: la oposicion de la universidad impidió su verificativo. Bajo el de Francisco II. y el de Carlos IX. fueron dadas nuevas declaraciones á su favor, la universidad intentó de nuevo impedir su efecto; la conferencia de Poissi, especie de concilio nacional que se habia formado para tratar de conciliar las opiniones religiosas, estaba entónces reunido, y se le remite el exámen del instituto de los Jesuitas. El dictamen de la conferencia fué que se admitiese, bajo la promesa que ellos hicieron de renunciar á todo lo que sus reglas y estatutos pudiesen contener, contrario *al derecho comun del reino* y á las libertades de la iglesia galicana. El parlamento adoptó el juicio de la conferencia bajo las mismas condiciones á las cuales suscribieron los Jesuitas.

El sufragio de la corte de Catarina de Médicis, regente entónces del reino, no parecerá á primera vista bastante decisivo á favor de los Jesuitas; pero el que tenia en esa época la principal influencia en los negocios, era el canciller de Le-Hopital, magistrado que siempre será célebre en nuestros anales, hombre eminentemente religioso, aunque los filósofos modernos hayan querido contarlo entre los suyos, y que manifiesta con constancia la mas firme adhesion á las instituciones de su pais y á las libertades de su iglesia. El estaba tan distante de creer que la introduccion de los Jesuitas debiese causarles algun perjuicio, que en el mandato real dirigido al parlamento á 22 de febrero de 1560, y que es produccion de su pluma, le dice: *que su Compañia no podia dejar de traer gran provecho á la religion, utilidad al cristianismo, y un sumo bien al reino.*

Le-Hopital aun apoyó con su crédito á los Jesuitas, en la famosa litis que ellos tuvieron con la universidad en 1564. Ellos querian ser adjuntos á este cuerpo para gozar de sus privilegios: esta pretension no hizo otra cosa, que envenenar los rencores que ya existian en su contra. El obispo, los curas de Paris, los mendicantes, etc. se unieron á la universidad para hacer desechar la solicitud de los Jesuitas; en el proceso que fué remitido al parlamento, se vieron presentarse hasta diez abogados. Estevan Pasquier, uno de ellos, todavia joven y obscuro, creyó adquirir alguna celebridad encargándose de la causa de la universidad. El mismo nos ha conservado su alegato, monumento de la elocuencia gótica; dice en él mas injurias que palabras contra los Jesuitas. Los trata de

hereges, de cismáticos: los compara hasta con los luteranos, que unian sus esfuerzos á los de la universidad y de los otros enemigos de los Jesuitas, para hacerlos expulsar de la Francia. El cargo sobre que mas insiste, es que los Jesuitas admitian en sus escuelas á los hijos de las personas pobres, que él llama en su lenguage *aviones y chancletas*. Este hombre no era partidario de la propagacion de las luces. Esta causa fué vista en estrados por la recomendacion del canciller, lo que la hizo en cierta manera interminable.

Si se debiese dar crédito á los enemigos de los Jesuitas, se miraria á estos como la causa primera de los desórdenes de la liga. No es imposible que en un tiempo, en que todas las cabezas estaban en fermentacion, en que los cuerpos mas célebres participaron mas ó menos del delirio general, algunos Jesuitas se hayan dejado arrastrar de él; pero jamás debe hacerse responsable á un cuerpo de los errores de algunos de sus miembros. El atentado de un perverso, que habia estudiado con ellos, contra Enrique IV. los hizo expulsar de la Francia en 1594, por un decreto del parlamento de París: este decreto no tuvo, sin embargo, verificativo en todas partes. Se estaba tan satisfecho de los cuidados de los Jesuitas en la educacion de la juventud, en los distritos de los parlamentos de Tolosa y de Burdeos, que ellos no fueron allí molestados: el foco del ódio que se habia suscitado en su contra estaba concentrado en París. El rey volvió á llamarlos en 1603; la persecucion que habian sufrido los hizo solicitar con empeño: se pedia á los Jesuitas de todas las partes del reino, y desde esa época la instruccion pública pasó casi enteramente á sus manos.

Las tempestades que se les habian suscitado con tanta pertinacia, parecian calmadas, cuando las querellas del jansenismo les dieron nuevos adversarios que combatir. Antonio Arnaldo, que habia alegado en su contra en otro proceso promovida por la universidad en 1594, aun con mayor actitud y violéncia, que Estéban Pasquier en el de 1564, legó á su numerosa posteridad su ódio á los Jesuitas. Este rencor vino á ser en alguna manera el alma de la sociedad de Puerto-Real, de que los hijos de Antonio Arnaldo fueron los fundadores y el ornato. Los Jesuitas todavia no habian encontrado rivales mas dignos de ellos, pero ni tampoco mas temibles; ellos se han resentido por mucho tiempo de las heridas que les hicieron los dardos que les lanzaron. *Las Cartas provinciales* les causaron una de las mas profundas. Los Jesuitas probaron facilmente que ellas no eran sino una produccion del ódio y la calumnia. Pero Pascal habia escrito una obra maligna, satírica, llena de talento y gracejo, y en que la lengua

francesa se espresaba con una elegancia desconocida hasta entónces, la mentira así embellecida debió, atendida la ligereza de los hombres, sobreponerse á la verdad. „Pascal, ha dicho "Chateaubriand, no es mas que un calumniador de génio: él "nos ha dejado, empero, una mentira inmortal". Los jansenistas, herederos de la animosidad, aunque no de los talentos de Puerto-Real, no cesaron de despedazar á los Jesuitas hasta su destruccion. Pero su gazeta eclesiástica no estaba escrita por los Arnaldos y Pascales, y los convulsionarios atrajeron un gran ridículo sobre el partido.

Una faccion mas formidable, de que él no fué mas que el instrumento, vino á su socorro; la conspiracion que se proponia, destruyendo la religion, trastornar el órden social, estaba en la mayor actividad. Multitud de gentes están persuadidas de que si los Jesuitas no hubieran sido destruidos, todos los complots se habrian frustrado, y la revolucion no habria tenido lugar: debe creerse que los filósofos lo juzgaron así, por el empeñoso ardor que pusieron en secundar los esfuerzos de los jansenistas en procurar su ruina, como se vé por la correspondencia de De-Alembert y Voltaire. La primera requisitoria que apareció contra ellos, la de La-Chalotais, procurador general en el parlamento de Rennes, ha pasado siempre por obra de De-Alembert: se percibe en ella en efecto, la sutileza de talento y el arte de ocultar la calumnia bajo una fingida imparcialidad, que caracterizan á este escritor. El duque de Choisseul, ministro omnipotente, que despreciando á los filósofos, favorecia los progresos de sus principios, era el enemigo declarado de los Jesuitas, contra quienes tenia quejas particulares. Las relaciones mas que de intimidad con la Pompadour, que los aduladores de Voltaire habian hecho favorable á la secta de que él era corifeo, le hicieron participar sus resentimientos. Aunque estos eran los únicos enemigos conocidos que los Jesuitas tenian en la corte; pero por desgracia eran ellos los que disponian del poder. En vano el delfin, este príncipe tan ilustrado y virtuoso, y cuya muerte prematura ha sido tan funesta á la Francia, la reina, la delfina, las hijas del rey, elevaron su voz en favor de los Jesuitas; sufragios tan respetables sucumbieron bajo el crédito de un ministro altanero y vengativo, y bajo una muger cubierta del desprecio público.

Los parlamentos influidos por el poder dominante, participaron de todas sus pasiones. En los procesos que promovieron contra los Jesuitas, se omitieron todas las fórmulas que se observan aun con los mayores criminales. No se tenia ninguna reconvencion que hacérseles ni en su conducta, ni en su doctrina actual; la pureza de sus costumbres tampo.

co era atacada: la fuerza de la verdad obligó aun á hacérseles justicia sobre todos estos puntos. Para encontrarles crímenes, fué necesario remontarse á mayor altura, y buscarlos en libros sepultados en el polvo y condenados al olvido mas profundo. Los Jesuitas, en su primera institucion, habian, como todas las órdenes religiosas, obtenido de la corte de Roma grandes previlegios que no se conformaban siempre con los principios de la iglesia galicana. Ellos los renunciaron desde el tiempo de su admision por la conferencia de Poissi, en todo cuanto tuviesen de contrario al *derecho comun* del reino. Estos privilegios que jamás habian reclamado, fueron uno de los principales capítulos de acusacion en su contra: se compiló una reunion de aserciones que se pretendian ser sacadas de los escritores de la Compañia. y de que se hubieran encontrado semejantes en los acuerdos de los parlamentos. Esta compilacion, hecha sin citacion ni contradiccion de la parte de aquellos á quienes se imputaban tales máximas, este amontonamiento informe é indigesto, no era sino el fruto de la mala fé, de la precipitacion y de un ódio tan ciego, como implacable. Se suprimen y condenan al fuego, obras compuestas en su mayoria por Jesuitas estrangeros, y que los de Francia no leian mas que sus acusadores; y al mismo tiempo, una culpable tolerancia dejaba un libre curso á esos escritores licenciosos é impíos, que preparaban la ruina de la religion y de la monarquía. La mayor parte de los jueces de los Jesuitas, que habian recibido su educacion en sus casas, podian, consultando á su propia conciencia, atestiguar la indignidad de esas maniobras. Cerutti, en su apologia del instituto de los Jesuitas, obra llena de energia y de elocuencia, ha puesto su inocencia en la mas clara luz. ¿Pero qué importaba á sus enemigos haber hablado verdad ó mentira? el golpe estaba dado y su venganza satisfecha. No, ella no lo habia quedado: un enemigo vencido inspira alguna piedad á vencedores generosos: pero no eran tales los de los Jesuitas. Ellos emplearon á su respecto aquél medio de torturar á los hombres, tan bien imitado despues por los revolucionarios, poniendo á sus conciencias en pugna con la necesidad. Se quiso obligarlos, só pena de perder la reducida pension que se les habia asignado, y aun la de ser desterrados del reino. á difamar por un juramento impío un instituto que ellos habian abrazado como santo, y que miraban como tal. Un número muy reducido de esos hombres, que se habian pintado como de una conciencia versátil y de una moral que variaba con sus intereses, se sometió á este último exceso de la tiranía.

La mayor y mas sana parte de la nacion, lloró á los Jesuitas. La gratitud era la que excitaba este sentimiento de

pesar; pues toda la generacion de entónces habia sido educada por ellos, y conocia todo el precio de las lecciones que habia recibido. La desorganizacion completa de la instruccion pública que estaba casi enteramente entre sus manos, excitó vivas alarmas en todos los verdaderos amigos de su pais; esta era la mayor calamidad que podia suceder á la nacion; los acaecimientos lo han probado bastante.

Es raro que una grande injusticia no atraiga otras en su seguimiento, y no llegue á ser tambien funesta á los que la han originado: aun no habian transcurrido diez años de la destruccion de los Jesuitas, cuando los mismos parlamentos cayeron víctimas de las intrigas del ministerio, cuyas venganzas habian tan bien secundado. Restablecidos por algunos instantes, ellos no aparecieron en la escena, sino para acelerar la caida de la monarquia, pidiendo estados-generales, y renunciando á las prerrogativas de que un dilatado uso los habia investido, y que no les era lícito abolir sin la sancion del soberano.

Se han comparado los destinos de los Jesuitas con los de los pitagóricos, los filósofos mas ilustres y mas distinguidos de la antigüedad. Salieron de su seno hombres célebres en todos géneros; su instituto ha sido lo que la filosofia ha imaginado de mas firme y de mas perfecto. Sus miembros profesaban el respeto mas profundo y la mas entera sumision á su gefe: ellos tenian el arte de civilizar á los pueblos mas bárbaros, y de reformar á aquellos, cuyas costumbres habian degenerado: ellos dieron instituciones admirables á las ciudades de la gran-Grecia, y este pais brilla algun tiempo con las mas resplandecientes luces. Pero las grandes superioridades se hacen á la larga insoportables á los hombres, condenados acaso á ser siempre injustos y viciosos. La envidia, este vicio comun á los grandes como á los pequeños estados, segun el dicho de un antiguo, se subleva contra los pitagóricos; la calumnia viene en su apoyo: Pitágoras, desterrado, no pudo hallar asilo en los pueblos que le debian su felicidad; la mayor parte de sus discípulos sufrieron la misma suerte, algunos aun fueron asesinados inhumanamente; los que escaparon se dispersaron en diferentes paises.

Tal ha sido, á poco mas, la suerte de los Jesuitas. Su inocencia está el dia de hoy averiguada: el crédito y la consideracion que ellos disfrutaban, hé aquí sus delitos. Ellos debian atraer sobre sí, el golpe fatal, en un siglo en que todo lo que tocaba á la religion estaba destinado á sufrir las mas terribles pruebas. Todos sus servicios fueron olvidados ó desconocidos; pero no se tardó en percibir el vacio que ellos habian dejado. Los papas Pio VI, y Pio VII, han derogado ya

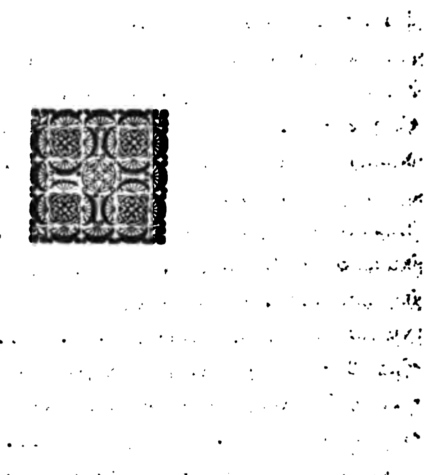
ese breve de supresion, que las importunidades de algunos gabinetes de la Europa habian arrancado á la condescendencia, sin prevision de Clemente XIV. En multitud de paises, el restablecimiento de los Jesuitas es mirado como el remedio mas eficáz que se pueda aplicar á la enfermedad moral que los atormenta; así es que la sola idea de su vuelta, trasporta de furor á los trastornadores del órden público, y este solo es su mas completa justificacion.

„Hay otros paises como la Francia, añade el *Memorial* "*Católico* (julio de 1826), en que los Jesuitas solamente están "tolerados en virtud de la libertad de conciencia; y ellos no "deben pretender otro modo de existir en el estado: ¿porque "qué bien se les seguiria de una existencia, que no está en "consonancia con las costumbres de un siglo todavia corrom-"pido en un todo, y que el capricho de un dia, podia destruir "como otro capricho la habria establecido? Si no estamos "destinados á ver desaparecer la sociedad, llegará, por el pe-"so mismo de las cosas, un tiempo, en el que todo lo que "tendrá accion sobre las costumbres y sobre los espíritus se "hallará anticipadamente establecido en las necesidades de "los pueblos, antes de serlo en su constitucion política. Los "Jesuitas, como particulares, sometidos á una regla de con-"ciencia sobre todas las violaciones, pueden contribuir en "mucho en dirigir á la sociedad ácia este estado de mejoria, "en que los buenos principios serán establecidos por si mis-"mos en las naciones. Es necesario, por tanto, que haya *po-"liticamente* Jesuitas cuando los pueblos se hayan acostum-"brado á disfrutar de sus beneficios y de sus luces, y la ley "no podrá dispensarse de reconocer lo que está grabado en la "conciencia. Es necesario esperar tiempos semejantes, para "desear á los Jesuitas una existencia pública. Ellos mismos "deben comprenderlo así; y bien que sean desinteresados en "sus trabajos, no deben perder de vista los medios de que se "pueden servir para atraer los ánimos á considerar á su Com-"pañia como una necesidad politica, ántes que el estado la "haya consagrado como una constitucion legal."

En conclusion: como el vértigo revolucionario aun dura en otras naciones, á pesar de los dolorosos remedios de que para curarlo se vale la experiencia, nada tiene de particular que el espíritu del siglo, empeñado en mantener su tenebroso imperio, que mira decaer en otros paises, haga los mayores esfuerzos por desacreditar á los Jesuitas, haciéndolos odiosos con cuantas imputaciones, calumnias y sarcasmos se han vomitado en su contra por espacio de tres siglos, sin que, segun parece, nada sea capaz de conjurar esta horrorosa tempestad que por todas partes truena y lanza mil abrasadores rayos.

Y en tales circunstancias: ¿qué recurso queda á los Jesuitas? ¿cual será el medio de que deben servirse para que la multitud cierre los oidos á esas sirenas, mas peligrosas que las de la fábula, que ocultas desde el lodo que las alimenta, procuran atraer á los incautos haciendo oir su canto desagradable, ó aterrar á los tímidos con los gritos horribles que salen de la cueva del delito? No otro, sino el que siempre ha formado su mas victoriosa apologia: una vida inocente, unas costumbres puras, un zelo ardiente y desinteresado por la gloria de Dios y la utilidad pública, una paciencia inalterable entre tantos denuestos y difamaciones, para que obrando bien, segun el consejo de S. Pedro, hagan enmudecer la ignorancia de los hombres sin prudencia: *Ut benefacientes, obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam.*

Ad majorem Dei gloriam.



ÍNDICE
DE LAS MATERIAS.







